

CASA

D. LA

CVETVRA

E CVATORIANA

7

REVISTA

01

# CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA

## SUMARIO:

### HOMENAJE AL SABIO PEDRO VICENTE MALDONADO

	<u>Págs.</u>
Documentos sobre Pedro Vicente Maldonado .....	9
Pío Jaramillo Alvarado: Don Pedro Vicente Maldonado .....	31
Isaac J. Barrera: Pedro Vicente Maldonado .....	40
Jorge Casares: Homenaje a Pedro Vicente Maldonado .....	67
Antonio Santiana: Maldonado, síntesis de la voluntad creadora .....	79

### OTROS ENSAYOS

Gustavo Adolfo Otero: El pensamiento histórico de González Suárez.....	104
Fernando della Rocca: Civilización Latinoamericana .....	125
Vicente Sácnz: Actualidad y elogio de Don Juan Montalvo .....	142
Gabriel Pino Icaza: El Muy Magnífico Señor Don Gonzalo Pizarro.....	173

### POESIA

Carlos Drummond de Andrade: Canto al hombre del pueblo, Charlie Chaplin .....	199
Nuestro tiempo .....	208

### NUESTRA MESA DE LIBROS

Joaquín Gutiérrez: Manglar.—Bartolomé Galíndez: Poesías Emeterio E. Santovenia: Lincoln.—Alain: Conceptos sobre Educación....	217
---	-----

CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA  
REVISTA  
TOMO III

# CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA.

REVISTA

TOMO III

Agosto-Diciembre de 1948

No. 7

Fundador:

*Benjamín Carrión.*

Director:

*Pío Jaramillo Alvarado.*

Jefe de Redacción:

*Jorge Escudero*

Redactores:

*Jorge Icaza*

*Alejandro Carrión*

*Juan Morales y Eloy S.S.*

*Jorge Casares*

*Jorge Bolívar Flor*

*Ángel Modesto Paredes*

Editor:

*Hugo Alemán*

Secretario de Redacción:

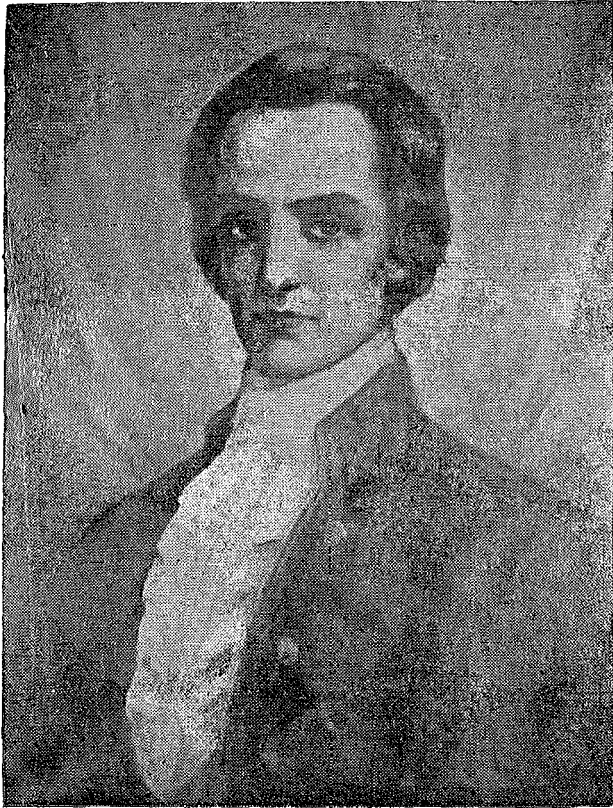
*Humberto Mata Martínez*

DIRECCION:

QUITO, Av. MARIANO AGUILERA 332. APARTADO 67

HOMENAJE AL SABIO

PEDRO VICENTE MALDONADO



PEDRO VICENTE MALDONADO

## DOCUMENTOS SOBRE PEDRO VICENTE MALDONADO

La vida de Maldonado no podrá escribirse sino con el auxilio de los documentos que se recojan en los archivos, que nos hagan saber lo que hizo y lo que pensaba hacer el sabio riobambeño. Hasta ahora esa historia no ha podido ser escrita; pero creemos que la tarea se facilitará grandemente cuando las publicaciones que se anuncian se completen. Por lo pronto se encuentra en circulación el volumen que ha editado el Sr. José Rumazo con los documentos correspondientes al camino de Quito a Esmeraldas, abierto por Maldonado. El Sr. Rumazo ofrece completar esa colección, como un aporte para la historia de la Audiencia de Quito, con los papeles encontrados en los archivos españoles.

Otro estudioso ecuatoriano, el Sr. Neptalí Zúñiga, actualmente en España y conocido por su acuciosidad investigadora, se ha dedicado también a coleccionar documentos relacionados con Maldonado, y después de un afanoso empeño y de haber consultado los papeles existentes en Sevilla y en otras ciudades españolas, ha formado un plan de publicaciones, cuyo prolijo sumario da a conocer la importancia de sus investigaciones. La colección constaría de 10 volúmenes, y el Índice que publicamos a continuación nos hace ver el valor y la importancia que tendrán

para el cabal conocimiento de todo cuanto corresponde a la vida del preclaro ecuatoriano, de quien ha conmemorado el Ecuador el segundo centenario de su muerte y a cuya ilustre memoria dedica la Casa de la Cultura Ecuatoriana este número especial de su Revista.

He aquí el Índice:

## VOLUMEN PRIMERO

### Genealogía de Don Pedro Vicente Maldonado

Informaciones de las calidades de Nobleza y Limpieza de D. Pedro Maldonado que pretende ser Caballero de la Orden de Alcántara. Lima año de 1674.

Padres —Abuelos paternos —Abuelos maternos— Real Cédula que nombra a D. Fernando de Soto y Vaca para hacer Información del Hábito de Caballero de la Orden de Alcántara que pretende D. Pedro Maldonado. Madrid 7 de Mayo de 1764. Interrogatorio para hacer Información del Hábito de Caballero de la Orden de Alcántara.—Real Cédula que recomienda todo cuidado y prudencia en las Informaciones para, conceder Hábitos de las Ordenes Militares de Alcántara, Calatrava y Santiago.—Madrid 21 de Marzo de 1629.—Declaración de 18 testigos sobre nobleza y méritos de D. Pedro Maldonado. Auto de entrega de la fé de Bautismo de Pedro Maldonado y Carta Ejecutoria que litigó D. Gonzalo de Maldonado. Madrid 16 de Junio de 1674. Declaración de 19 testigos en Salvatierra de Tormes. Auto para dejar Aldeavieja, arrabal de Salvatierra de Tormes. Auto de Armas del apellido de Flores. Auto de Armas del apellido de Arias. Auto de entrega de la Fé de Bautismo de D. Sebastián Maldonado. Fé de Bautismo: 20 de Mayo de 1592. Fé de Bautismo de Doña Elena Flores: 24 de Noviembre de 1597. Fé de Bautismo de Antonio Flores, abuelo materno del pretendiente: 18 de Enero de



1578. Fé de Bautismo de Doña María Arias abuela materna del pretendiente: 11 de Febrero de 1578. Auto de Matrimonio de D. Sebastián Maldonado y de Doña Elena Flores padres del pretendiente: 26 de Abril de 1613.—Para comprobar y legalizar el testamento de D. Gonzalo Maldonado.—Auto en que hallamos las capitulaciones matrimoniales de D. Sebastián Maldonado y Doña Elena Flores de Cabrera. Auto para comprobar y legalizar el Testamento de Doña Sebastiana de Montalvo.—Auto en que hallamos el libro en el cual se empadronó D. Gonzalo Maldonado, tildado después por su ejecutoria que litigó.—Auto de haber hallado el libro de distinción de hijosdalgo.—Auto en que se nos entregan los libros del Ayuntamiento. Partida de la Villa de Sobredillo. Declaración de 12 testigos. Fé de Bautismo de D. Gonzalo Maldonado, Abuelo paterno del pretendiente; 12 de Mayo de 1551. Armas de D. Gonzalo Maldonado. Auto para pedir los padrones del repartimiento de la villa de Sobradillo. Viaje a Valladolid. Auto para comprobar la Ejecutoria de D. Gonzalo Maldonado. Informe General acerca de la nobleza, méritos y servicios de D. Pedro Maldonado por Fernando de Soto y Vaca y D. Francisco de Ovando, Valladolid, 24 de Julio de 1674.

Ordenes Militares.—Alcántara —Pruebas de Caballero— Pedro Maldonado Angulo y Aramburu (padre de D. Pedro Vicente Maldonado). Arequipa año de 1676.

Informaciones de D. Pedro Maldonado pretendiente del Hábito de la Orden de Alcántara.—Padres —Abuelos paternos— abuelos maternos— bisabuelos— padres de la abuela materna. Ordinaria para hacer información del Hábito de Alcántara que pretende D. Pedro Maldonado —Juramento de Fray Alonso de Arias Valdivia y D. Fernando de Soto, designados por el Presidente del Real Consejo de Indias, Duque de Osuna. Declaración de 24 testigos. Reconocimiento de papeles y Fé de Bautismo. Fé de Bautismo de D. Pedro Maldonado, padre del pretendiente.—Fé de Bautismo de la madre del pretendiente.—Testamento de D. Sebastián Maldonado, abuelo paterno del pretendiente.—Fé de Bautismo de la abuela del pretendiente. Testamento de D. Juan

de Angulo, bisabuelo del pretendiente.—Testamento de D. Juan de Aramburu padre de D. Juan de Aramburu abuelo materno del pretendiente.—Comprobación de los papeles en la Secretaría de Indias.—Examen de testigos.—Certificación de los papeles en la Secretaría de Indias.—De Madrid a Salvatierra de Tormes.—Examen de testigos.—Diligencias de padrones.—Goce de privilegios como Hijodalgo de D. Gonzalo Maldonado, padre de D. Sebastián Maldonado, abuelo del pretendiente.—Privilegios de D. Antonio Flores.—Abuelos paternos de Doña Elena Flores, abuela paterna del pretendiente.—Privilegios de D. Antonio Flores Jirón, padres de Doña Elena Flores.—De Salvatierra de Tormes a Aguera.—Examen de testigos.—Fé de bautismo de D. Juan de Angulo, bisabuelo del pretendiente.—Velaciones de D. Juan de Angulo y de Doña Isabel de Ballesteros, bisabuelos del pretendiente.—Testamento de D. Pedro Ruíz de Ballesteros, padres de Doña Isabel, bisabuela del pretendiente.—Testamento de D. Juan de Angulo, padre de D. Juan de Angulo bisabuelo del pretendiente.—Armas de los Ballesteros.—Armas de los Angulo.—De Aguera a Azcoitia.—Examen de testigos.—Cláusula del testamento de D. Nicolás Sanz de Aramburu cuarto abuelo del pretendiente.—Cláusula del Testamento de D. Sebastián Sanz de Aramburu.—Escudo de Armas de los Aramburu.—De Azcoitia a Fuenterrabía.—Declaración de testigos.—Cláusula del Testamento de Doña Catalina de Alquiza, madre de Doña Luisa de Alcega, bisabuela del pretendiente.—Capitulaciones matrimoniales de D. Juan de Aramburu y Doña Luisa de Alcega, bisabuelos del pretendiente.—Armas de los Alcega.—Auto de conclusión de pruebas.—Informe general sobre D. Pedro Maldonado pretendiente del Hábito de Alcántara, Fuenterrabía, 7 de Septiembre de 1676.

Ordenes Militares.— Alcántara.— Pruebas de Caballeros.— Juan Gervasio Maldonado y Aramburu (tío de Pedro Vicente Maldonado).—Arequipa año de 1676.—Informe general sobre su nobleza, méritos y servicios, Fuenterrabía 3 de Septiembre de 1676.

Ordenes Militares.— Alcántara.— Pruebas de Caballeros.—

Domingo Maldonado y Aramburu (tío de Pedro Vicente Maldonado).—Arequipa año de 1676.—Reconocimiento de papeles.

Ordenes Militares —de Santiago— Pruebas de Caballeros— D. Juan Saez de Aramburu y Alcega, natural de Quito, y originario de Azcoitia en Guipuzcoa.—Año de 1643.

Genealogía: padres —Abuelos paternos —Abuelos maternos— Actos positivos y testimonio de las Secretarías de Ordenes.—Testimonio del Hábito de Santiago de D. Luis de Elizalde, D. Diego de Elizalde, D. Nicolás de Larrázpuru, D. Juan de Larrázpuru y D. Diego de Alcega.—Testimonio del Hábito de Alcántara de D. Luis de Alcega.—Arbol genealógico de la ascendencia y descendencia de D. Juan Saez de Aramburu, pretendiente del Hábito de Santiago.—Aprobación del Real Supremo Consejo de Indias. Madrid, 13 de Abril de 1643.

Carta Ejecutoria de Hidalguía litigada en la Real Audiencia y Cancillería de Granada, 13 de Agosto de 1639, por D. Antonio Palomino de León y Doña Juana Flores y Valdés.—Información de filiación de D. Antonio Palomino Flores (abuelo materno de D. Vicente Maldonado). Granada 23 de Julio de 1670.—Escudo de Armas de los Palomino.

Los Villavicencio: Escudo de Armas.—Arbol genealógico de las ascendencia y descendencia de los Villavicencio en España, en América y la Audiencia de Quito.

## VOLUMEN SEGUNDO

### Don Pedro Vicente Maldonado en la Presidencia de Quito

Partida de bautismo de D. Pedro Vicente Maldonado.—Matrículas de los estudiantes del curso de Artes en la Universidad de San Gregorio Magno de Quito, que comenzó en 23 de Octubre de 1708.—Matrículas de los estudiantes teólogos que comenzó en

19 de Octubre de 1715.—Grados de maestros en la Real Pontificia Universidad de San Gregorio Magno, Quito, 29 de Junio de 1715.—Matrículas de D. Pedro Vicente Maldonado en el Curso de Artes de la Universidad de San Gregorio Magno, Quito 19 de Octubre de 1718; 19 de Octubre de 1719 y 19 de Octubre de 1720.—Grado de Maestro de D. Pedro Vicente Maldonado en la Universidad de San Gregorio Magno, Quito 19 de Mayo de 1721.—Grado Bachiller de D. Pedro Vicente Maldonado en la Universidad de San Gregorio Magno. Quito, 7 de Abril de 1720.—Relación de Méritos y Servicios de D. Pedro Vicente Maldonado, sus padres y ascendientes, que se formó el 16 de Diciembre de 1744, en el Real Consejo de Indias:—El Cabildo de la Ciudad de Quito informa de los Méritos y Servicios de D. Pedro Vicente Maldonado. 12 de Abril de 1743.—El Cabildo de la Villa de Riobamba informa de los Méritos y Servicios de D. Pedro Vicente Maldonado. 5 de Marzo de 1743.—Relación de Méritos y Servicios de D. Pedro Vicente Maldonado y sus hermanos D. Ramón Joaquín y Dr. José Antonio Maldonado. Madrid, 1744.—El Presidente de Quito da cuenta del matrimonio de Doña Petronila de Zárate con D. Ramón Joaquín Maldonado.—Información para justificar si el Fiscal había tenido conocimiento en el matrimonio de su hija. Quito, 15 de Julio de 1729.—Expediente de D. Ramón Joaquín Maldonado sobre el Oficio del Cabildo de Quito en calidad de Regidor, 13 de Noviembre de 1741; Solicitud, Título de Regidor, Real Cédula inserta en Provisión.—D. Pedro Vicente Maldonado solicita el Corregimiento de Quito para su hermano D. Ramón Joaquín Maldonado.—Minuta.—S. M. hace merced del Corregimiento de Quito con las calidades que se expresan. Buen Retiro, 14 de Julio de 1744. Certificación de la Contaduría Mayor de Indias.—Real Cédula a la Real Audiencia de Quito. San Ildefonso 14 de Agosto de 1744.—Real Cédula sobre lo que debe observar D. Ramón Joaquín Maldonado en el ejercicio del Corregimiento. San Ildefonso, 14 de Agosto de 1744.—Real Cédula al Virrey de Nueva Granada. San Ildefonso, 14 de Agosto de 1744.—D. Fermín de Casamora en representación de D. Ramón Joa-

quín Maldonado solicita prórroga para la confirmación de Regidor del Cabildo de Quito: Vista Fiscal en el Real Consejo de Indias. Real Cédula concediendo la gracia solicitada. San Ildefonso, 25 de Setiembre de 1744.—Título de Marqués de Lises a D. Ramón Joaquín Maldonado. San Ildefonso, 26 de Setiembre de 1745.

Testimonio de Autos obrados en virtud de Censuras generales por Manuel Rubio de Arévalo, Oidor de la Audiencia de Quito, sobre contrabando en los Puertos de Palma Real, Atacames y pueblo de Cayapas: Censuras generales para el Asiento de Latacunga. Carta al Vicario D. José Antonio Maldonado.—Declaración de Testigos. Agosto de 1725. Nómbrase Juez de Testamentos de la ciudad de Quito y sus cinco leguas al Dr. José Antonio Maldonado. 11 de Febrero de 1745.—Sujetos que se hacen presentes para la provisión de la Tesorería de la Catedral de Quito. Madrid, 1746.—El Presidente de Quito informa a S. M. sobre las oposiciones hechas a la Canongía Doctoral de la Catedral de Quito. Marzo, 10 de 1755.

### VOLUMEN TERCERO

#### **Obra de Don Pedro Vicente Maldonado en la Presidencia de Quito**

D. Pedro Vicente Maldonado solicita a la Real Audiencia de Quito estrados para sus negocios. Quito, Junio de 1728.—D. Pedro Vicente Maldonado solicita a la Real Audiencia de Quito se le reciba. Información de las calidades de sus padres y antepasados. Quito, Junio de 1728.—Información de testigos.—D. Antonio de Palomino, abuelo materno de D. Pedro Vicente Maldonado, pasa al Perú con D. Diego de Benavides y de la Cueva, Conde de Santisteban, Virrey de estos Reynos y Doña Ana de Silva Manrique hijos y criados. Cádiz, 1660.—Que con atención a los méritos de D. Pedro Maldonado Sotomayor y a lo que ha escrito en

19 de Octubre de 1715.—Grados de maestros en la Real Pontificia Universidad de San Gregorio Magno, Quito, 29 de Junio de 1715.—Matrículas de D. Pedro Vicente Maldonado en el Curso de Artes de la Universidad de San Gregorio Magno, Quito 19 de Octubre de 1718; 19 de Octubre de 1719 y 19 de Octubre de 1720.—Grado de Maestro de D. Pedro Vicente Maldonado en la Universidad de San Gregorio Magno, Quito 19 de Mayo de 1721.—Grado Bachiller de D. Pedro Vicente Maldonado en la Universidad de San Gregorio Magno. Quito, 7 de Abril de 1720.—Relación de Méritos y Servicios de D. Pedro Vicente Maldonado, sus padres y ascendientes, que se formó el 16 de Diciembre de 1744, en el Real Consejo de Indias:—El Cabildo de la Ciudad de Quito informa de los Méritos y Servicios de D. Pedro Vicente Maldonado. 12 de Abril de 1743.—El Cabildo de la Villa de Riobamba informa de los Méritos y Servicios de D. Pedro Vicente Maldonado. 5 de Marzo de 1743.—Relación de Méritos y Servicios de D. Pedro Vicente Maldonado y sus hermanos D. Ramón Joaquín y Dr. José Antonio Maldonado. Madrid, 1744.—El Presidente de Quito da cuenta del matrimonio de Doña Petronila de Zárate con D. Ramón Joaquín Maldonado.—Información para justificar si el Fiscal había tenido conocimiento en el matrimonio de su hija. Quito, 15 de Julio de 1729.—Expediente de D. Ramón Joaquín Maldonado sobre el Oficio del Cabildo de Quito en calidad de Regidor, 13 de Noviembre de 1741; Solicitud, Título de Regidor, Real Cédula inserta en Provisión.—D. Pedro Vicente Maldonado solicita el Corregimiento de Quito para su hermano D. Ramón Joaquín Maldonado.—Minuta.—S. M. hace merced del Corregimiento de Quito con las calidades que se expresan. Buen Retiro, 14 de Julio de 1744. Certificación de la Contaduría Mayor de Indias.—Real Cédula a la Real Audiencia de Quito. San Ildefonso 14 de Agosto de 1744.—Real Cédula sobre lo que debe observar D. Ramón Joaquín Maldonado en el ejercicio del Corregimiento. San Ildefonso, 14 de Agosto de 1744.—Real Cédula al Virrey de Nueva Granada. San Ildefonso, 14 de Agosto de 1744.—D. Fermín de Casamora en representación de D. Ramón Joa-

quín Maldonado solicita prórroga para la confirmación de Regidor del Cabildo de Quito: Vista Fiscal en el Real Consejo de Indias. Real Cédula concediendo la gracia solicitada. San Ildefonso, 25 de Setiembre de 1744.—Título de Marqués de Lises a D. Ramón Joaquín Maldonado. San Ildefonso, 26 de Setiembre de 1745.

Testimonio de Autos obrados en virtud de Censuras generales por Manuel Rubio de Arévalo, Oidor de la Audiencia de Quito, sobre contrabando en los Puertos de Palma Real, Atacames y pueblo de Cayapas: Censuras generales para el Asiento de Latacunga. Carta al Vicario D. José Antonio Maldonado.—Declaración de Testigos. Agosto de 1725. Nómbrase Juez de Testamentos de la ciudad de Quito y sus cinco leguas al Dr. José Antonio Maldonado. 11 de Febrero de 1745.—Sujetos que se hacen presentes para la provisión de la Tesorería de la Catedral de Quito. Madrid, 1746.—El Presidente de Quito informa a S. M. sobre las oposiciones hechas a la Canongía Doctoral de la Catedral de Quito. Marzo, 10 de 1755.

### VOLUMEN TERCERO

#### **Obra de Don Pedro Vicente Maldonado en la Presidencia de Quito**

D. Pedro Vicente Maldonado solicita a la Real Audiencia de Quito estrados para sus negocios. Quito, Junio de 1728.—D. Pedro Vicente Maldonado solicita a la Real Audiencia de Quito se le reciba. Información de las calidades de sus padres y antepasados. Quito, Junio de 1728.—Información de testigos.—D. Antonio de Palomino, abuelo materno de D. Pedro Vicente Maldonado, pasa al Perú con D. Diego de Benavides y de la Cueva, Conde de Santisteban, Virrey de estos Reynos y Doña Ana de Silva Manrique hijos y criados. Cádiz, 1660.—Que con atención a los méritos de D. Pedro Maldonado Sotomayor y a lo que ha escrito en

su aprobación el Virrey Conde de Lemos podría S. M. hacerle merced de las gracias que solicita. Madrid, 20 de Agosto de 1671.—Nueva representación de los servicios y partes de D. Pedro Vicente Maldonado y Sotomayor para lograr mercedes de S. M. Cámara de Indias, 7 de Diciembre de 1671.—Certificación de los Oficios del General D. Antonio Palomino en la Villa de Riobamba.—Certificación de los Oficios del General D. Pedro Maldonado y Sotomayor en la Villa de Riobamba.—Real Cédula que nombra al General Antonio Palomino Regidor y Alférez Real de la Villa de Riobamba.—Título de Regidor de la Villa de Riobamba para D. José de Villavicencio.—Informe de D. Juan Gutiérrez Pelayo, Corregidor de Quito, al Virrey del Perú, con actuación de D. Pedro Maldonado sobre el amparo hecho al Comercio de la Ciudad. Madrid, 14 de Julio de 1711.—Testamento de Doña Magdalena Tello de Rivera y Sandoval.—18 de Setiembre de 1721.—Testamento de Doña María de Villavicencio y Rivera, abuela materna de D. Pedro Vicente Maldonado, 18 de Abril de 1698.—Testamento de D. José de Villavicencio, 4 de Enero de 1649.—Testamento de D. Pedro Maldonado, padre de Vicente Maldonado. Quito, 15 de Octubre de 1724.—Título de Corregidor de la ciudad de Chimbo para D. Juan de Villavicencio. Madrid, 25 de Octubre de 1715.—D. José Villavicencio reclama el Oficio de Alférez Real de la Villa de Riobamba; aprobación en el Real Consejo de Indias. Madrid, 14 de Setiembre de 1746.—D. José Anselmo de Villavicencio y Torres ocurrió el año de 1747 a expresar las diligencias que había practicado en solicitud de Real confirmación del oficio de Regidor de la Villa de Riobamba. Madrid, 6 de Agosto de 1755.—Relación de los Méritos y Servicios de D. José Anselmo Villavicencio Torres y Maldonado. Madrid, 10 de Diciembre de 1744.—D. Juan de Villavicencio y Maldonado hace presente el mérito de sus antepasados y ofrece ocho mil pesos fuertes por la plaza de Oficial Real de las Cajas de Quito. San Lorenzo, 29 de Octubre de 1750.—Título de Oficial Supernumerario. San Lorenzo, 29 de Octubre de 1750.—Real Cédula que concede licencia a D. Juan de Villavicencio para pasar a las In-



lias. Buen Retiro, 5 de Diciembre de 1750.—Memorial reservado de D. Juan Villavicencio. Cádiz, 9 de Mayo de 1763.—D. José Anselmo de Villavicencio se le concede merced de título de Castilla: Conde del Real Agrado. 29 de Setiembre de 1769.—Título de Conde del Real Agrado.—San Ildefonso, 20 de Agosto de 1771.—D. José Anselmo de Villavicencio, Corregidor de Piura, solicita el grado de Coronel de Ejército. Madrid, 14 de Marzo de 1771.—D. Manuel de Villavicencio, Cadete de Reales Guardias de Infantería Española, ofrece levantar un Batallón de Milicias en la Provincia de Quito. El Pardo, 20 de Marzo de 1776.—El Conde de O'Reilly niega la petición.—Título de Gobernador interino de la ciudad de San Francisco de Borja y su Provincia de Maynas en D. Antonio de la Peña (nieto de D. Pedro Vicente Maldonado). Santa Fé, 23 de Febrero de 1764.—El Virrey del Nuevo Reino de Granada a D. Julián de Arriaga se libre Real Despacho de Gobernador de la ciudad de Borja y su provincia de Maynas, en favor de D. Antonio de la Peña. Santa Fé, 23 de Febrero de 1764.—Real Cédula concediendo al Gobierno de San Francisco de Borja, y la Provincia de Maynas, Jurisdicción de la Audiencia de Quito a D. Antonio de la Peña. El Pardo, 20 de Febrero de 1765.—D. Antonio de la Peña remite para el Museo Natural de Madrid pájaros raros del Gobierno de Maynas y suplica se le traslade a lugar de temperamento más benigno. Maynas, 10 de Noviembre de 1768.—El Marqués de Almodovar a D. Julián de Arriaga remite el envío de D. Antonio de la Peña. Lisboa, 16 de Mayo de 1769.—Pies de listas de los individuos del segundo piquete de Milicias Urbanas de la Ciudad de Quito que están en Guayaquil, con motivo de la presente guerra a cargo de su Capitán D. Nicolás de la Peña. Año de 1781.

Real Hacienda de Quito: Años de 1727, 28, 29, 30, 31.—Cargo de mesadas eclesiásticas al Dr. José Antonio Maldonado, cura de Latacunga.—Cargo de Composición de Pulperías a D. Ramón Joaquín Maldonado.—Cargo de Hacienda Real a D. Julián Mancheno marido de Doña Rosa Maldonado por remate del obraje de la Comunidad de Quimía.—Cargo de mesadas, tributos pertenecien-

tes a S. M., de Depósitos, de Salario de Protector de Indias, a D. Ramón Joaquín Maldonado, Corregidor del Asiento de Latacunga.—Remate del Molino de Pólvora en Latacunga a favor de D. Ramón Joaquín Maldonado.

Real Hacienda de Quito: Año de 1732.—Cargo a D. Pedro Vicente Maldonado por las tercias partes del arrendamiento de la Encomienda de la Marquesa de Osuna, en indios de Angamarca, por tiempo de seis años; Real Hacienda de Quito, año de 1735.—Cargo de Pólvora por el arrendamiento de su Molino en Latacunga y del Estanco Real, hecho en D. Pedro Vicente Maldonado.—Cargo de las tercias a D. Pedro Vicente Maldonado por el arrendamiento que hizo de la Encomienda del Conde de Aguilar, situada en tributos de indios de los pueblos de Lito, Chambo, Quimía, Mitimas, Siciebes, jurisdicción de la Villa de Riobamba por cinco años.

Real Hacienda de Quito: 1737:—D. José Antonio Maldonado y D. Pedro Vicente Maldonado: Cargo de mesoda por el curato de Sangolquí.—Doña Rosa Maldonado: Cargo de pulperías de Guaranda.—El Duque de Osuna y Uceda reclama Real Cédula en favor de los indios de sus Encomiendas de la provincia de Quito. Madrid, Real Consejo de Indias. Setiembre 14 de 1665.—Sobre las Encomiendas del Conde de Aguilar. 13 de Agosto de 1720.

Memorial de los gastos que necesita hacer el Gobernador D. Pedro Vicente Maldonado en el puerto de Atacames, y en el río de Esmeraldas así para impedir por éste la entrada del enemigo inglés como para providenciar los transportes y avisos que pueden ofrecerse para la ciudad de Panamá prescindiendo de los gastos que debieron hacerse para la defensa de los puertos de Cabo Pasado, y Tumaco para impedir en ellos las hostilidades que pueden hacer los enemigos y el que éstos se abastezcan y refaccionen. Quito, 14 de Diciembre de 1741.—Gastos de los hermanos Maldonado en el Camino de Quito a la Mar del Sur.

## VOLUMEN CUARTO

**Don Pedro Vicente Maldonado y el progreso de la Presidencia de Quito**

D. Pedro Vicente Maldonado y la apertura del Camino de la Provincia de Esmeraldas y Puerto de Atacames; Petición.—Vista del Fiscal de Lima.—Auto del Virrey del Perú.—Vista Fiscal en la Real Audiencia de Quito.—Auto de la Real Audiencia autorizando la apertura del Camino.—El Cabildo de Quito reclama la jurisdicción sobre Nono.—Nombramiento de Teniente de Capitán General de la Provincia de Esmeraldas.—Exploración de la Provincia de Esmeraldas por D. Pedro Vicente Maldonado.—Trabajos de apertura.—Fundación de pueblos en la montaña y de puertos en la Costa de Esmeraldas.—Inspección del Camino por D. José de Astorga Ovalle, comisionado de la Real Audiencia de Quito de la Obra de D. Pedro Vicente Maldonado.

D. Pedro Vicente Maldonado y la apertura del Camino de la Villa de Ibarra a la Mar del Sur.—Capitulaciones y trabajos de Pablo Durango Delgadillo, Francisco Pérez Menacho, Juan Vincencio Justiniani y Francisco de Soto Calderón.—Cédulas Reales despachadas al Presidente de Quito D. Antonio de Morga, ordenando se continúe en la apertura del Camino de Ibarra a la Mar del Sur.—D. Pedro Vicente Maldonado solicita a la Real Audiencia de Quito autorización para abrir el Camino de la Villa de Ibarra a la Mar del Sur.—Apruébase la solicitud y se delimita la Provincia de Esmeraldas.—Capitulaciones de D. Pedro Vicente Maldonado con Francisco y Santiago Rosero para los trabajos.—Terminación de la obra.

D. Pedro Vicente Maldonado y la apertura del Camino de Ambato a Canelos: Itinerario del sendero de tierra y de la navegación por el río Pastaza y Bobonaza.

Testimonio de los Autos obrados en el Gobierno de esta Real

Audiencia de Quito sobre la llegada, recibimiento y operaciones de la Real Academia de las Ciencias de París, con licencia de S. M., y despachos de la vía reservada y del Consejo. Quito, 29 de Mayo de 1736.—El Presidente D. José de Araujo y Río da cuenta con testimonio de la pública introducción y venta que hizo de ropa de ilícito comercio D. Carlos María de La Condamine. Quito, 17 de Agosto de 1737.—D. Pedro Vicente Maldonado entrega en préstamo algunas partidas de pesos a D. Luis Godin, Carlos María de La Condamine, D. Jorge Juan y D. Antonio de Ulloa.

## VOLUMEN QUINTO

### **Don Pedro Vicente Maldonado en España**

Memorial del Caudal que llegó a los Reinos de España.—Memorial de las personas y cantidades que están debiendo al Gobernador D. Pedro Maldonado y Palomino.—Inventario de sus bienes, joyas, libros, vestidos, haciendas y obrages.—D. Pedro Vicente Maldonado expresa que el año pasado de 1745 hizo presente ser la Villa de Riobamba la más recomendable de la provincia de Quito, la más necesaria, y útil al Real Servicio suplicando se le confiriese el Título de Ciudad: Solicitud de D. Pedro Vicente Maldonado para que expidan los Títulos a expensas de sus propios recursos.—Vista Fiscal en el Real Consejo de Indias. Madrid, 13 de Setiembre de 1745.—La Villa de Riobamba de la Provincia de Quito expresa con Autos su antigüedad, nobleza, y lealtad, y ser muy populosa, abundante de frutos y de fábricas, suplica se le conceda el Título de Ciudad. Vista Fiscal en el Real Consejo de Indias. Madrid, 16 de Noviembre de 1745.—Poder del Cabildo de Riobamba al Gobernador D. Pedro Vicente Maldonado. Riobamba, 23 de Abril de 1743. Sustitución de poder de D. Pedro Vicente Maldonado por D. Antonio Camuñas, D. Antonio Pérez

y D. Antonio Rama Palomino. Madrid, 17 de Marzo de 1745.—Instrucciones sobre declaración.—Información de los testigos D. Nicolás Sánchez de Orellana, D. Diego de Rivas, Arcediano de la Iglesia de Guatemala, D. Pedro Felipe García, D. Francisco Orozco y Pinel y Fray Gregorio de la Peña. Madrid, 30 de Marzo de 1745.

El Real Consejo de Indias con motivo de la instancia que hace Pedro Ignacio Altamirano, Procurador de Indias de la Compañía de Jesús, sobre que se le conceda licencia para la fundación de un Colegio en la Ciudad de Ambato, Jurisdicción de Quito, representa a V. M. lo que se le ofrece. Información de D. Pedro Vicente Maldonado, Dr. Diego de Río Frío y Peralta, D. Nicolás Sánchez de Orellana y Felipe García. Madrid, 21 y 22 de Junio de 1746.

## VOLUMEN SEXTO

### Don Pedro Vicente Maldonado en España

El Presidente de Quito D. José de Araujo y Río, da cuenta a S. M. de las utilidades del Camino de Quito a Esmeraldas y asienta a que se le concedan mercedes a D. Pedro Vicente Maldonado, para que subsista tan importante obra. Quito, 7 de Noviembre de 1741.—Respuesta del Fiscal en el Real Consejo de Indias sobre la apertura del Camino de Quito a Esmeraldas, Obra de D. Pedro Vicente Maldonado. Madrid, 31 de Marzo de 1745.—Reales Cédulas: Confirmación de los Títulos de Gobernador y Teniente de Capitán General de la Provincia de Esmeraldas en la de Quito a D. Pedro Maldonado Sotomayor, por dos vidas, y con las facultades que se expresan. San Lorenzo, 23 de Octubre de 1747.—Al Virrey del Nuevo Reino de Granada y Audiencia de Santa Fé con noticia de haberse aprobado el Proyecto que ha presentado D. Pedro Vicente Maldonado sobre la apertura y conservación del Camino de la Provincia de Esmeraldas y habersele con-

ferido el Gobierno de ella, por su vida, y la de su hijo, con las facultades que se expresan. San Lorenzo, 23 de Octubre de 1747.—Lo que vos D. Pedro Vicente Maldonado, y vuestro hijo, habeis de observar, y guardar en el uso y ejercicio del Gobierno de la Provincia de Esmeraldas en la de Quito que os he confiado. San Lorenzo, 23 de Octubre de 1747.—Presidente y Oidores de Quito no proveais Jueces de Comisión para la Provincia de Esmeraldas. San Lorenzo, 23 de Octubre de 1747.—Presidente y Oidores de Quito que en caso que el Virrey de Nueva Granada no le dé la posesión a D. Pedro Vicente Maldonado dispongais se la tome. San Lorenzo, 23 de Octubre de 1747.—Oficiales de mi Real Hacienda de Quito aboneis en cada un año de los que sirviere en la Gobernación de Esmeraldas cuatro mil y seiscientos ducados. San Lorenzo, 23 de Octubre de 1747.—Al Protector General de Indios de la Audiencia de Quito sobre que delegue sus facultades en persona de su confianza que defienda los indios de la provincia de Esmeraldas. San Lorenzo, 23 de Octubre de 1747. Al Corregidor de San Francisco de Quito sobre que dé el auxilio que necesitare el Gobernador de la Provincia de Esmeraldas y le remita familias o delincuentes para las poblaciones. San Lorenzo, 23 de Octubre de 1747.—Al Gobernador de Popayán con noticia de haberse agregado al Gobierno de la provincia de Esmeraldas el territorio y lugares, que se expresan. San Lorenzo, 23 de Octubre de 1747.—Al Virrey del Perú con noticia de haber concedido al Gobernador de la provincia de Esmeraldas, en la de Quito, la facultad de que por tiempo de veinte años puede nombrar todos los empleos militares. San Lorenzo, 23 de Octubre de 1747.—A los Oficiales Reales de Popayán sobre que glosen la cantidad anual que el cura de Iscuandé pagaba al Teniente que ponía en Tumaco respecto de haberse de pagar en adelante por las Cajas de Quito. San Lorenzo, 23 de Octubre de 1747.—Al Gobernador de Guayaquil con noticia de haberse agregado al Gobierno de Esmeraldas, el territorio y lugares que se expresan. San Lorenzo, 23 de Octubre de 1747.—Al Obispo de Quito con noticia de lo resuelto en los puntos que se expresan

para el mejor establecimiento de la provincia de Esmeraldas. San Lorenzo, 23 de Octubre de 1747.—Al Virrey del Nuevo Reino de Granada sobre que haga dar posesión del Gobierno de Esmeraldas a D. Pedro Vicente Maldonado. San Lorenzo, 23 de Octubre de 1747.—El Virrey de Santa Fé avisa el recibo de la Real Cédula. 19 de Julio de 1748.—El Cörregidor de Cali avisa recibo de la Real Cédula. 28 de Enero de 1749.—Al Virrey del nuevo Reino de Granada sobre que esté a la mira de lo que ocurra, acerca del Proyecto que hizo D. Pedro Maldonado, en la forma que se le previene. Buen Retiro, 10 de Agosto de 1745.—A D. Sebastián de Eslava para que informe sobre la pretensión de D. Manuel Diez de la Peña en punto de que la concesión del Gobierno de Esmeraldas por dos vidas a D. Pedro Vicente Maldonado, se extienda con él. Madrid, 18 de Marzo de 1751.—Poder del Dr. José Antonio Maldonado al Padre Ignacio Altamirano, General Nicolás Sánchez de Orellana, Francisco de la Peña y Marqués de Valdelirios, para lograr Real despacho concediéndole los derechos de D. Pedro Vicente Maldonado a D. Manuel Diez de la Peña, como a marido de Doña Juana Maldonado. Quito, 10 de Febrero de 1750.—Instrumentos de D. Manuel Diez de la Peña: Informes de D. Esteban Recalde y Sola, Fr. Gregorio Porres, Fr. Agustín de Herrería, Fr. Juan de Andrade, Fr. Juan de Solórzano, Dr. Juan Santiago de Morales. Ibarra, Junio de 1750.—Certificación. El Virrey de Santa Fé remite testimonios de la Audiencia de Quito sobre el Camino de Pedro Vicente Maldonado. Santa Fé, 16 de Julio de 1754.—Consulta de 8 de Octubre de 1755 publicada en 19 de Noviembre siguiente: Imponer perpetuo silencio sobre el Camino de Esmeraldas y se recojan los despachos concedidos a D. Pedro Vicente Maldonado.—Título de Corregidor de la Villa de San Miguel de Ibarra de la provincia de Quito, a D. Manuel Diez de la Peña. Buen Retiro, 14 de Diciembre de 1755.—D. Francisco de la Peña, solicita caso de no concedérsele el Gobierno de Esmeraldas y la apertura del Camino, se señalen dos mil pesos anuales a Doña Juana Maldonado, o se le conceda El Corregimiento de Ibarra, por diez años. Madrid, 13 de Mayo

de 1755.—Real Cédula sobre la División y erección de nuevos Curatos en Esmeraldas, por proposición de D. Pedro Vicente Maldonado, y lo que debe observar el Obispo de Quito después de su visita.—Autos obrados por el Obispo de Quito Juan Nieto Polo del Aguila, sobre el establecimiento del Gobierno de Esmeraldas. Conforme la proposición de D. Pedro Vicente Maldonado.—Auto de visita de la ciudad de Santa María de Barbacoas.—Auto de visita al puerto de Tumaco.—Certificación del Teniente de Gobernador de Tumaco sobre la población.—Padrón de los pobladores de Tumaco, Octubre de 1749.—Erección del Curato de Tumaco.—Auto de visita de La Tola.—Certificación de Fr. Joaquín de Velasco sobre la población de La Tola.—Padrón y Memoria de los habitantes de Atacames.—Declaraciones de D. Esteban Jurado, Jerónimo Oñapa, Gobernador de Cayapas, y José Enrique Patas, Gobernador de Indios de la Esmeraldas sobre la población de Atacames.—Auto de Erección de los Curatos de Atacames, La Tola, Limones y Palma Real.—Visita del pueblo de Lachas.—Razón del Cura Miguel Castelo sobre su población.—Padrón del Distrito de Lachas.—Traslado del Cura de Lachas a La Tola y Limones.—Auto de visita a Iscuandé.—Informe del Cabildo de Iscuandé sobre fundación, ríos, parajes y vecinos.—Solicitud de Pedro Murillo de Portocarrero en favor de su encomienda en Barbacoas.—Padrón de los Indios Sindaguas, y de las encomiendas de Agustín Estupiñán y Pedro Murillo.—Padrón General de Santa Bárbara.—El Procurador General defiende a sus vecinos para no pasar a poblar el río de Santiago.—Auto sobre la visita a Iscuandé, pueblos de costa y tierra firme de la provincia de Esmeraldas.—Petición de Fr. Tomás Vaquero sobre el servicio de Lachas y La Tola.—Informe de D. José Arboleda de Salazar y D. Tomás de Barba Figueroa sobre el Camino de Ibarra acerca del Camino al río de Santiago desde la fundación de la Villa de Ibarra acerca del Camino al río de Santiago desde la fundación de la villa hasta el año de 1749.—Juan Gregorio Freyre apoderado del Obispo de Quito Juan Nieto Polo del Aguila, al rey de España; Madrid, 22 de Diciembre de 1753.—Informe sin-



tético del Obispo Juan Nieto Polo del Aguila al Virrey de Santa Fé.—Quito, 4 de Marzo de 1750.—El Marqués del Villar al Obispo Juan Nieto Polo del Aguila. Santa Fé, 23 de Junio de 1750.—Vista Fiscal en el Real Consejo de Indias. Madrid, 14 de Septiembre de 1755.—Real Cédula sobre Curatos en Esmeraldas dirigida al Virrey de San Fé. Buen Retiro, 14 de Diciembre de 1755.

### VOLUMEN SEPTIMO

“Representación que hace a S. M. el Gobernador de la Provincia de las Esmeraldas D. Pedro Vicente Maldonado sobre la apertura del nuevo camino que ha descubierto a su costa y a expensas, y sin gasto alguno de la Real Hacienda, empresa no conseguida hasta ahora, aunque con el mayor anhelo se ha solicitado de orden de S. M. por el espacio de más de un siglo para facilitar por este medio las considerables utilidades y favorables efectos, que no dejarán de resultar en el frecuente y recíproco comercio entre la provincia de Quito, y Reyno de Tierra Firme. Dase noticia de la situación, distancias, pueblos, Vasallos, Doctrinas, Ríos, Frutos, Puertos y Costa de la referida Provincia de las Esmeraldas, y demás que ha observado este Gobernador en el dilatado tiempo que estuvo ocupado en la apertura, y descubrimiento de dicho camino: Y últimamente se proponen varias providencias para el establecimiento, subsistencia, así en lo espiritual como en lo temporal de dicho Gobierno y provincia de las Esmeraldas”. Madrid, 1744. Impreso: 110 páginas.

### VOLUMEN OCTAVO

#### **Epistolario de Don Pedro Vicente Maldonado**

D. Pedro Vicente Maldonado al Presidente de Quito, Mayo 31 de 1728.—D. Pedro Vicente Maldonado al Presidente de Qui-

to, Junio 3 de 1728.—D. Pedro Vicente Maldonado al Presidente de Quito, Febrero 14 de 1734.—D. Ramón Joaquín Maldonado al Presidente de Quito, Abril 7 de 1736.—D. Pedro Vicente Maldonado al Presidente de Quito, Abril 30 de 1736.—D. Pedro Vicente Maldonado al Presidente de Quito, Abril 15 de 1738.—D. Pedro Vicente Maldonado al Presidente de Quito, Octubre 12 de 1739.—El Maestro de Campo D. Pedro Gaspasio de Estasio Amara a D. Pedro Vicente Maldonado, Enero 23 de 1738.—D. Miguel de Portocarrero a D. Pedro Vicente Maldonado, Tumaco, 26 de Abril de 1736.—D. Pedro Vicente Maldonado al Presidente de Quito, Octubre 3 de 1738.—D. Pedro Vicente Maldonado al Presidente de Quito, Agosto 2 de 1738.—D. Pedro Vicente Maldonado al Presidente de Quito.—D. Pedro Vicente Maldonado al Presidente de Quito, Enero 19 de 1739.—D. Pedro Vicente Maldonado al Presidente de Quito, Agosto 26 de 1739.—D. Pedro Vicente Maldonado al Presidente de Quito, 5 de Diciembre de 1739.—D. Pedro Vicente Maldonado al Presidente de Quito, Mayo 13 de 1740.—D. Ramón Joaquín Maldonado al Presidente de Quito, en representación de D. Pedro Vicente, Julio 21 de 1740.—D. Pedro Vicente Maldonado al Presidente de Quito, Agosto 9 de 1740.—D. Ramón Joaquín Maldonado en representación de D. Pedro Vicente al Presidente de Quito, Noviembre 7 de 1740.—D. Nicolás Ramírez y Salcedo, D. Juan Simón Fernández de Briones, D. Sebastián Portocarrero y D. Juan Palacio y Pompeyo a D. Pedro Vicente Maldonado. Tumaco, Setiembre 20 de 1740.

D. Pedro Vicente Maldonado al Presidente de Quito, Julio 20 de 1741.—D. Pedro Vicente Maldonado al Presidente de Quito, Agosto 21 de 1741.—D. Pedro Vicente Maldonado al Presidente de Quito, Setiembre 9 de 1741.—D. Pedro Vicente Maldonado al Presidente de Quito, Octubre 24 de 1741.—D. Pedro Vicente Maldonado al Presidente de Quito, Setiembre 18 de 1741.—D. Pedro Vicente Maldonado al Presidente de Quito, Setiembre 19 de 1741.—D. Pedro Vicente Maldonado al Presidente de Quito, Diciembre 14 de 1741.—El Presidente de Quito, D. José Araujo y Río, a D. Pedro Vicente Maldonado, Marzo 29 de 1740.

—El Presidente de Panamá, D. Dionisio Martínez de la Vega, a D. Pedro Vicente Maldonado, Noviembre 3 de 1740.—D. Ramón Joaquín Maldonado, en representación de D. Pedro Vicente, al Presidente de Quito, Setiembre 2 de 1740.—D. Lázaro de Molledo a D. Pedro Vicente Maldonado. Atacames, Diciembre 24 de 1741.—D. Carlos Maldonado de Segura a D. Pedro Vicente Maldonado. Atacames, Diciembre 24 de 1741.—D. Pedro Vicente Maldonado al Presidente de Quito. Nono, Enero 6 de 1742.—D. Pedro Vicente Maldonado al Presidente de Quito. Nono, Abril 25 de 1742.—El Presidente de Panamá D. Dionisio Martínez de la Vega, al Gobernador de Esmeraldas, D. Pedro Vicente Maldonado. Panamá, Marzo 14 de 1742.—D. Pedro Vicente Maldonado al Presidente de Quito, Febrero 28 de 1742.—D. Pedro Vicente Maldonado al Presidente de Quito, Febrero 23 de 1743.—Correspondencia de D. Pedro Vicente Maldonado, con D. Carlos María de La Condamine.—D. Pedro Vicente Maldonado suplicó a S. M. se sirva conferirle licencia para pasar al Reino de Francia u a otro cualquiera de los extranjeros para adquirir máquinas, instrumentos, plantas y drogas útiles al comercio para el establecimiento de la Provincia de Esmeraldas.—El Duque de Huéscar al Embajador de España en París para que permita a D. Pedro Vicente Maldonado pasar a aquella Corte o a otros Reinos Aliados o neutrales, en solicitud de las máquinas e instrumentos que necesita.—Madrid, Octubre de 1746.—Título de Académico correspondiente de la Real Academia de las Ciencias de París. Marzo 24 de 1747.—**Testamento** a D. Pedro Vicente Maldonado.—Documentos varios sobre el Mapa de la Presidencia de Quito, de la Provincia de Esmeraldas y del Camino de Ambato a Canelos.

## VOLUMEN NOVENO

### Continuación de la obra de Don Pedro Vicente Maldonado

D. Manuel Diez de la Peña marido y conjunta persona de Doña Juana Maldonado y Sotomayor, suplica se expida nueva Real

Cédula declarando a su favor la gracia de dos vidas concedida a D. Pedro Vicente Maldonado. Madrid, 27 de Abril de 1751.—El Consejo de Indias suplica a S. M. se mande al Virrey de Santa Fé informe sobre el estado en que se halla el Camino de Esmeraldas. Madrid, 7 de Junio de 1751.—Al Virrey de Nueva Granada para que informe del asunto de un Camino, que desde Quito a Panamá ofreció abrir a su costa D. Pedro Maldonado. San Lorenzo, 12 de Noviembre de 1751. Consulta del Marqués del Villar para que se recojan y retengan los Reales Despachos concedidos a D. Pedro Vicente Maldonado. Santa Fé, 8 de Enero de 1753.—El Virrey de Santa Fé da cuenta de haber mandado a la Audiencia de Quito, haga recoger los Reales Despachos. Santa Fé, 8 de Enero de 1753.—El Virrey del Nuevo Reino de Granada remite testimonio de lo practicado por el Presidente de Quito sobre el estado del Camino que se obligó a abrir a D. Pedro Vicente Maldonado desde Quito a la Mar del Sur por la provincia de Esmeraldas. Santa Fé, 16 de Julio de 1754.—Testimonio de la Sumaria Secreta fecha en la ciudad de Quito, de orden del señor Virrey de estos Reinos, sobre el Camino del Río de Santiago a aquella ciudad en la provincia que llaman de Yumbos y Esmeraldas. Quito, 17 de Julio de 1754.—Vista Fiscal del Memorial dado a nombre de D. Manuel Diez de la Peña como marido de Doña Juana Maldonado Sotomayor. Madrid, Junio 4 de 1755.—El Real Consejo de Indias expone a S. M. que no haya tal camino. 8 de Octubre de 1755.—A D. Manuel Diez de la Peña ha concedido S. M. el Corregimiento de la Villa de Ibarra, por los derechos concedidos a D. Pedro Vicente Maldonado. Diciembre de 1755.—D. Manuel Diez de la Peña y su hijo D. Nicolás de la Peña y Maldonado solicitan la Gobernación de Esmeraldas.—Quito, Agosto 3 de 1777.—Vista Fiscal de la Real Audiencia de Santa Fé. Setiembre 6 de 1777.—Testimonio de Méritos de D. Nicolás de la Peña y Maldonado. Quito, Julio 21 de 1777.—Partida de Bautismo.—Título de la Universidad.—Información de Testigos.—El Virrey de Santa Fé informa a España se le conceda el Gobierno de Esmeraldas. Santa Fé, Setiembre 15 de 1777.—Vista

Fiscal. Santa Fé, Octubre 11 de 1777.—D. José de Gálvez a D. Miguel de San Martín Cueto. El Pardo, 18 de Marzo de 1777.—Informe del Fiscal en el Real Consejo de Indias. Madrid, 18 de Mayo de 1778.—Relación de méritos y servicios de D. Manuel Diez de la Peña. Madrid, 8 de Marzo de 1779.—A la Audiencia de Quito sobre la apertura de un Camino de la provincia de Esmeraldas a la Costa del Mar del Sur. Madrid, Abril 9 de 1781.—Consulta en el Consejo de Indias. 10 de Febrero de 1781.—Expediente informando la Contaduría General y respuesta del señor Fiscal sobre el Camino de Esmeraldas que ofreció abrir D. Pedro Vicente Maldonado, mercedes que le concedieron, y remuneración que pide D. Nicolás de la Peña. Madrid, 1781.—Real Cédula en que ordena pase el Ingeniero Francisco de Requena a reconocer el Camino. 9 de Abril de 1781.—Proyecto del Camino de las Esmeraldas, de D. Antonio Fernández Juárez. Quito, Octubre 8 de 1785.—Informe de D. José de León y Pizarro sobre el proyecto del Subteniente Antonio Fernández Juárez, Madrid, 22 de Setiembre de 1787.—D. Manuel Diez de la Peña al Marqués de Sonora, se le prefiera en la apertura del Camino a Esmeraldas como heredero de los derechos de D. Pedro Vicente Maldonado. Quito, Octubre 17 de 1787.—D. Antonio Porlier a D. Francisco Monino sobre la solicitud de D. Manuel Diez de la Peña y su hijo D. Nicolás. Aranjuez, Mayo 11 de 1778.—Respuesta del Fiscal. Madrid, Marzo 19 de 1789.—Consulta del Consejo de Indias sobre que se lleve a efecto la imposición de silencio resuelta en el año de 1755 acerca del camino de Esmeraldas y no se admita el Proyecto de D. Antonio Fernández Juárez. Aranjuez, Mayo 4 de 1793.—El Virrey de Santa Fé evacua el Informe que se le pidió por Real Orden acerca del Camino de las Esmeraldas que cita D. Nicolás de la Peña a que se le confiera por su mérito una compañía veterana. Santa Fé, 14 de Julio de 1795.—El Virrey de Santa Fé da curso a una instancia de D. Nicolás de la Peña en solicitud de que se le tenga presente para el Corregimiento de Loja o de Ibarra. Santa Fé, Julio 19 de 1796.—D. Luis de Espinosa sobre su instancia a que se restablezcan las fiestas de toros para

costear la obra del camino de Malbucho. Madrid, Agosto 12 de 1797.—Informes del Virrey de Santa Fé, y Audiencia de Quito, de 19 de Febrero, 21 de Junio y 19 de Octubre de 1798, sobre apertura de Caminos.—El Gobernador de Panamá da cuenta de la primera expedición desde el puerto de La Tola. Abril 24 de 1805.—El Gobernador de Panamá D. Juan Antonio de La Mata informa sobre la importancia del puerto de La Tola.—10 de Febrero de 1806.—D. Vicente Aguirre va de La Tola a Panamá. Noviembre 30 de 1806.—Expedientes sobre la apertura del Camino de Malbucho; Actuación de la Audiencia de Quito desde 1793 hasta 1805.—El Presidente de Quito da cuenta de la terminación del Camino de Malbucho.—Quito, Diciembre de 1805.

## VOLUMEN DECIMO

### **Vida y Obra de Don Pedro Vicente Maldonado**

Madrid, Agosto 2 de 1948.

# DON PEDRO VICENTE MALDONADO

**DISCURSO del Sr. Dr. Pío Jaramillo Alvarado en la conmemoración del Segundo Centenario del fallecimiento de Pedro Vicente Maldonado, en el acto de entrega de una placa de bronce, fijada al pie del monumento erigido a su memoria en la ciudad de Riobamba.**

Señores:

Considero como el más singular honor que la vida me ha concedido, este de representar a la Casa de la 'Cultura Ecuatoriana', por ser su Presidente, en la gran solemnidad de este día, señalado en los fastos de nuestra historia, para conmemorar el tránsito del espíritu esclarecido de Don Pedro Vicente Maldonado, a la vida inmortal. ¡Cómo se confirma ante el espectáculo grandioso de la apoteosis de Maldonado, la certidumbre de que lo real no existe en este mundo de las formas, sino más allá, en la conciencia cósmica, en la que perdura vibrante, eternamente, la quinta esencia de lo que pudimos hacer en bien de la humanidad. El concepto de lo inmortal, se expresa en nuestro sentimiento, con la claridad absoluta de las verdades que no se definen, sino como emoción que

nos conmueve profundamente, cuando rendimos pleitesía a los grandes y luminosos espíritus que han encarnado una época.

Don Pedro Vicente Maldonado, más que un verdadero sabio, fué sobre todo, en mi concepto, una poderosa voluntad creadora, puesta al servicio de su Patria, para afirmar la existencia indestructible de la Nación quiteña, y a este propósito dedicó toda su existencia, todo lo que el destino puso en sus manos: linaje, confortable hogar, riqueza, gloria, es decir, todo aquello que para otros constituye un fin en su vida, para Maldonado, fué un medio para realizar una concepción de Patria grande, íntegra territorialmente, y luego, orgánicamente constituida para su propia defensa, y para producir la riqueza pública, por la prosperidad de todos los ciudadanos.

La Nación quiteña de edad milenaria, en sus primeros orígenes, y que sólo hace algo más de un siglo se la llama "Ecuador", fué poseedora en el siglo de Maldonado, de una rica heredad territorial, pero carecía de un título gráfico, de un gran mapa que exprese su total fisonomía: sus montañas y sus ríos, sus páramos y sus sabanas, sus pueblos y sus ciudades. Un mapa por el que se pueda grabar en la memoria de las generaciones, la epopeya de la culturización española en América; y también la conquista, ésta sí, la conquista por la Audiencia de Quito, del Marañón y Amazonas, de sus ríos afluentes y de sus tierras alledañas infinitas. La heroica empresa quiteña conquistadora y misionera del Amazonas, no se había autenticado geográficamente, y Maldonado concibió su realización, con la tenacidad serena del sabio, y la pulcritud de su vida de acción, congruente con este gran propósito.

Desde sus haciendas de Baños, se internó siguiendo el curso del Pastaza, hacia el Oriente; y por Mindo y Gualea, exploró la Región Occidental hasta los confines de la Provincia de Atacames, nuestra Esmeraldas de hoy, y en este ámbito territorial, trazó las bases científicas de su futuro mapa de la Audiencia de Quito.

Faltaba la oportunidad imprevista para completar su obra, y ésta se realizó en su justo momento. El destino tejía los hilos



invisibles de su tela en un país entonces remoto, en Francia, con la intervención de una Academia Científica, que discutía un problema, que sólo bajo la Línea del ecuador geográfico, podía encontrarse la respuesta.

En el año de gracia de 1735, a principios del siglo XVIII, se celebraba en París una sesión académica, que sería de repercusión inmortal.

Mr. de Fontenelle, Secretario Perpetuo de la Academia de Ciencias, dirigía la discusión de un tema singular, que sintetizó así: "La Academia, con el gracioso consentimiento de nuestro Soberano, el Rey Luis XV de Francia —que quiera Dios conservárnoslo— y con el permiso generoso del Rey Felipe de España, envía dos expediciones para averiguar la verdadera forma de la tierra. Una expedición va a Laponia y la otra al ecuador. (Entonces no existía la República de este nombre). La Academia participa de un problema que ha ocupado la mente del hombre desde los tiempos más remotos".

"Hemos oído, añadió el Secretario, a Mr. Maupertuis, que dirigirá la expedición a Laponia, oiremos ahora, señores, a uno de los caballeros que irán en la otra expedición —al ecuador—".

La figura alta, delgada, juvenil de Charles-Marie de La Condamine se irguió y dijo: "Señores, todo está listo. Nuestros instrumentos han sido enviados a La Rochelle, punto desde el cual pensamos embarcar". Y después de enumerar el personal que iría en la expedición, concluyó: "En América, desembarcaremos en Cartagena y seguiremos hasta la Provincia de Quito, en el Virreynato del Perú. Allí comenzaremos nuestros trabajos".

Y la razón para haber elegido la Audiencia de Quito, y a la ciudad de este nombre, como lugar para el estudio, fué por la de que, el único punto accesible del ecuador geográfico, al rodear la tierra, está en Quito. Pues el Africa ecuatorial se encontraba todavía sin explotar ni colonizar; Borneo estaba aún sin abrirse al mundo; y el Bajo Amazonas era una masa de pantanos sin fondo y de indios hostiles. Sólo en la Audiencia de Quito podían los fi-

sicos de entonces completar sus proyectos: la medición del Arco del meridiano del ecuador, y los experimentos sobre la fuerza de gravedad en el mismo. Existía una fuerte polémica entre los cartógrafos sobre la longitud de un grado, y la expedición esperaba poder establecer una medida universal de la misma, pues hasta entonces los mapas eran imprecisos.

La disputa empezó con Isaac Newton, o, más bien sobre las teorías de Newton, el cual sostenía que la tierra era un globo achatado en sus polos; que la atracción de la Luna y del Sol, sobre esta comba ecuatorial de la tierra, era la causa de que el Planeta se bamboleara como un trompo. Esto hizo que los **casinistas**, que eran para Francia lo que era Newton para Inglaterra, expresaran su indignación, y afirmaban que el mundo es una esferoidal fusi-forme, alargado en la dirección de los Polos, y estrechado en el ecuador. Lo cierto es que los capitanes de los buques se quejaban de la inexactitud de las cartas geográficas, que fallaban según la latitud en que se hacían los viajes. Las misiones científicas iban a comprobar en el terreno, en qué consistía esta inexactitud cartográfica.

Y el señor La Condamine llegó a América, y en las costas ecuatoriales acampó en las montañas de Esmeraldas. Cierta noche, cuando observaba el tránsito de las estrellas por su telescopio, se oyó en la montaña un ruido semejante al retumbar de la resaca del mar. Luego creció el volumen como el golpe de un tambor. "Los indios, dice **von Hagen**, en su libro "Exploraciones de los Grandes Naturalistas", sugirieron que eran ladrones, o, peor aún, los negros cimarrones de Esmeraldas. La Condamine cebó con cuidado sus pistolas y esperó. Entonces surgieron en la obscuridad de la montaña, para penetrar en la luz de la luna, tres figuras a caballo. Dos se quedaron atrás, una sola avanzó. La Condamine levantó su pistola y luego la bajó con igual rapidez. No la necesitaba; el que tenía al frente era un caballero. Y ante el extranjero se inclinó y dijo: "Pedro Vicente Maldonado, Gobernador de Esmeraldas, para servirle".

Y así nació una gran amistad que sólo podría interrumpir la muerte.

Se afirma que después del año 1492, del descubrimiento de América por Cristóbal Colón, en la historia de América sólo se puede señalar el año de 1735, de la llegada de la Misión Francesa, como una fecha decisiva en los destinos científicos de este Continente. Con la expedición que tuvo a La Condamine por Adelantado, se inician ótras asimismo de gran importancia, como la de Humboldt, Darwin y Spruce, que revelaron al mundo la verdad científica de las tierras americanas, que el egoísmo del Gobernador colonial español había mantenido cerradas al comercio internacional y aún a la investigación científica.

Y desde el día memorable del encuentro de La Condamine y Maldonado en las montañas de Esmeraldas, que constituye también un episodio trascendental en nuestra historia, Maldonado se consagró por entero a las investigaciones científicas, integró la Misión Francesa en todo el tiempo de su permanencia en el ecuador geográfico, para luego viajar con La Condamine a Europa, cooperando siempre con sus luces y con el conocimiento del territorio.

Había llegado el día en el que, la Carta Geográfica de Maldonado, iba a tener la más feliz realización.

## II

No es este el lugar ni la ocasión para tratar largamente acerca de los servicios eminentes que prestó Don Pedro Vicente Maldonado a la solución del problema que planteó y resolvió la Academia de París; ni el de la relación de las vicisitudes de esta expedición bajo la línea del ecuador, pues lo que interesa en este momento es encontrar el nexo entre la gran empresa científica europea, y la realización del ideal acariciado por el sabio riobambeño en orden a los intereses nacionales.

Prácticamente el propósito de Maldonado fué el de dar a Quito una salida al mar por Esmeraldas; y por otra parte, consolidar el dominio del Amazonas, por los ríos afluentes navegables más próximos a Quito. Para esto era indispensable conocer geográficamente y en forma científica el territorio nacional. Sus expediciones por el Pastaza y el ejercicio de la Gobernación de Esmeraldas, le pusieron en el terreno de las exploraciones prácticas, y éstas fueron el fundamento para realizar el Mapa de la Audiencia de Quito, que mereció el más alto elogio de los científicos franceses, así como el de Humboldt, con lo que alcanzó Maldonado la autoridad indiscutible para llevar a cabo la más formidable empresa en bien de la defensa nacional y del porvenir de la Patria.

Es interesante, desde el punto de vista histórico, conocer los documentos inéditos archivados en España, pertenecientes a Maldonado, y cuya publicación está ya iniciada; mas, para su prestigio, que se destaca no sólo en su época, sino en el presente momento de la vida nacional, la documentación demostrará los detalles de su obra insuperable, y servirá también, como el más formidable alegato acusatorio a las generaciones que se han sucedido en el Gobierno de la Nación, y a la ciudadanía en general, por el abandono que se ha hecho de las iniciativas de Don Pedro Vicente, hasta el punto de que se dejó perder el camino que ya existía, bueno o malo, desde Quito al Litoral de Esmeraldas, según consta en el itinerario de viaje de La Condamine.

La importancia de este camino fué reconocida en todo su valor por Eugenio Espejo, quien en su inmortal Discurso a la Nación Quiteña, dice: "...y que todo el país quiteño emprenda en la apertura de los caminos, y en especial hacia el Norte, el de Malbucho, para facilitar desde muy poca distancia navegar en el Mar del Sur, y, si se quiere, internar al Puerto de Cartagena en muy pocos días. ¡Oh que espectáculo tan brillante y feliz! Lo de menos es lograr el vino y el aceite en abundancia, tener el pescado fresco, vario y delicado; todos los frutos de Europa, con comodidad; lo más es, señores, decía Espejo, y (ya lo estoy viendo) resucitar Iba-

rra, poblar Cotacachi, fomentar colonias en Lita y Malbucho, apres-  
tar embarcaciones en Limones y Tumaco, llevar, en fin, un contin-  
gente de innumerables brazos para el Estado, de corazones para la  
humanidad, de cabezas para las ciencias útiles, de almas para  
Dios”.

Y al recordar al constructor del camino de Malbucho, le lla-  
ma “el insigne Don Pedro Maldonado, que por sus méritos singu-  
lares, consiguió el aplauso y la admiración de las naciones extran-  
jeras”.

Maldonado, como se ve, no fué el sabio concentrado en las  
teorías científicas, sino el constructor, el hombre práctico, a la vez  
que el idealista.

Maldonado proyectó fundar un puerto en Esmeraldas que pu-  
siera a la Nación quiteña en contacto con el mundo, e impulsar a  
la vez la agricultura y la industria, para lo que compró en su via-  
je a Europa la maquinaria que creyó convendría a los propósitos  
de su gran plan colonizador. Esmeraldas, la tierra más fértil de  
cuantas existen en la zona del Litoral, cruzada por ríos para la irri-  
gación y la industria, fué la elegida por Maldonado, y también lo  
es ahora, por los experimentos científicos que se han realizado y  
que acreditan la fertilidad de ese suelo, en un grado superior al de  
la Isla de Jaba, que se había considerado la tierra más fértil del  
mundo.

### III

Y llegamos al punto que podría llamarse de la imperdonable  
responsabilidad, por no haber continuado la obra efectiva del in-  
signe Maldonado reconstruyendo su camino al mar, y dominado  
con vías de comunicación, los ríos afluentes navegables del Ama-  
zonas.

Maldonado nos demostró con su camino de Malbucho, que la  
salida de Quito al mar es un hecho que tuvo ya realización; y con

las expediciones al Pastaza, nos señaló con precisión, que seguir el curso de este río hacia el Oriente, es lo racional, lo justo, y no intentar caminos por las cordilleras de más de tres o cuatro mil metros de altura, siempre impracticables, si son de herradura, y antieconómicos si fuesen aplicables a vehículos motorizados. Las puertas del Oriente están abiertas por la naturaleza en la parte central del Ecuador, en Baños, Provincia del Tungurahua. Y siguiendo el curso del río Zamora, que como el Pastaza, ha roto la cordillera oriental por su base, en la Provincia de Loja. Por el Pastaza salió a Ambato desde el Amazonas el famoso misionero ibarreño, el Padre Santa Cruz, y después de él muchos misioneros transitaron ese camino; y por el Zamora, se internó a la conquista de Mainas Don Juan de Salinas, y penetró hasta el Ucayale, y luego se fundaron cinco ciudades: Valladolid, Nieva, Santiago de las Montañas, Zamora y Borja. Si nos equivocamos hoy, es porque nos obstinamos en desconocer lo que se realizó en la época colonial por los misioneros y conquistadores, y por hombres de la envergadura de Don Pedro Vicente Maldonado.

Y en este día del grandioso homenaje a este hombre ilustre, creo yo que su mejor elogio será el de reconocer su prestancia como uno de los constructores máximos de nuestra nacionalidad, y reconocer también que la inepticia de las generaciones que le han sucedido en el tiempo debe terminar.

Porque es absurdo, inconcebible, que los caminos y las ciudades que se construyeron en la época de la colonia, los hayamos dejado desaparecer. Y que no hayamos sido capaces de fundar una sola ciudad más de las que fundaron los españoles de la conquista, y que aún hoy; lo único que podemos enseñar al turismo internacional, como digno de admiración, es los monumentales templos coloniales.

Y al fin, ¿cuál es la obra de la época republicana que puede equipararse con aquellas?

Sin embargo nos atrevemos a hablar del obscurantismo colo-

nial, del sangriento yugo español, de las abominaciones de esa época!

Pues son las universidades, los templos y el Palacio de la AUDIENCIA DE QUITO, los que contestan a nuestras inculpaciones, y siguen siendo nuestro orgullo, y en este último sigue funcionando el Gobierno de la Nación y la Legislatura, como en la época de los golillas!

Por lo menos, es preciso que nos demos exacta cuenta del plan histórico en que vivimos, y de la responsabilidad de nuestra generación.

#### IV

Creo en la necesidad del culto al héroe, significando con este nombre, no al espadón despojador de fronteras y matador de oficio, sino al héroe puro, al constructor de naciones, al sabio y al apóstol de la civilización.

Que el culto a nuestros héroes no se diluya solamente en los discursos de circunstancias, y que no se desvanezca en el humo de los fuegos artificiales, sino que el día del héroe máximo, como es el de hoy, en el que estamos glorificando a Don Pedro Vicente Maldonado, por su obra inmortal, sea también el día del recogimiento en lo íntimo de nuestro espíritu, para valorar nuestras responsabilidades.

Don Pedro Vicente Maldonado es la más alta expresión de la cultura nacional, y su vida ejemplar debe conducirnos a una superación en nuestras valías espirituales, para crear una Patria nueva.

Y ante la magnitud de la vida ejemplar de Don Pedro Vicente Maldonado, la Casa de la Cultura Ecuatoriana, que represento, deja constancia de su admiración en una placa de bronce, puesta al pie de su monumento, como respetuoso homenaje.

# PEDRO VICENTE MALDONADO

Por ISAAC J. BARRERA

## I

### QUITO EN EL SIGLO XVIII

El siglo XVIII quiteño, naturalmente, no es el de Versalles ni el de Aranjuez. Quito estaba a muchos cientos de leguas de la metrópoli española. Las comunicaciones eran tardías. De vez en cuando llegaban a las costas del Pacífico los galeones portadores del "cajón" de España, con cartas y noticias, con libros y otras publicaciones que se esperaban con avidez, que se comentaban con entusiasmo y que servían de motivo de preocupación hasta el arribo de un nuevo barco.

Consta que llegaban libros. Los hidalgos ricos y los encomenderos se complacían en la lectura de los clásicos y también de los literatos contemporáneos, de mayor novedad en la Península. Góngora hizo su cosecha en estas tierras de América; los libros del cordobés extraño e ilustre, se los encuentra todavía en las bibliotecas viejas o en los puestos de venta de libros antiguos, en las ediciones originales, con muestras de haber sido guardados celosamente; después de leídos con prolijidad.



La literatura de la Audiencia estaba contagiada de conceptismo y culteranismo; los oradores sagrados degeneraron en gerundianos; los poetas eran gongoristas. El equilibrio no se restablecería sino muy tarde, con la influencia de Feijóo, primero, y, después, al separarse las colonias de la metrópoli.

Mientras tanto, la vida colonial, de la ciudad y de la Audiencia, es decir, de lo que fué antes el Reino de Quito, se desenvolvía en un ambiente de rebuscada placidez, por lo mismo que los acontecimientos del mundo llegaban con informaciones atrasadas, que desfiguraban los hechos, empalideciéndolos o abultándolos exageradamente. Además, un suceso comentado diariamente, durante muchos meses, se deformaba al andar de los días, lo que daba como consecuencia que se concediera a los asuntos domésticos una atención desmesurada, que ponía en movimiento a las clases sociales en general.

En este siglo abundan noticias que se relacionan con la Audiencia de Quito. Muchos hombres de valía pasaron por el territorio y se detuvieron en la ciudad principal, que como tal fué considerada Quito en todos los tiempos, a pesar de existir centros urbanos de buena consideración en varias de las regiones en que la Audiencia se encontraba dividida, ya por la naturaleza de las funciones, como por las necesidades impuestas por la geografía de este país. Los viajeros de entonces o los funcionarios que pasaron por estas tierras, nos han dejado descripciones valiosas que permiten apreciar el estado cultural de la Audiencia, y conocer los usos y costumbres que alimentaron las preocupaciones sociales de ese tiempo y que han derivado en los usos y costumbres de hoy.

Uno de los principales cronistas de la ciudad de Quito en el siglo XVIII es Dionisio de Alsedo y Herrera, Presidente de la Real Audiencia por nombramiento extendido en 1728. Alsedo debe ser considerado como Presidente y como escritor. Como Presidente su actuación oficial fué la de un hombre de ciencia que se preocupó por el adelanto material de la ciudad, en la que erigió puentes y dirigió construcciones; pero su comportamiento social fué causa para

que se ahondaran divisiones ya existentes entre los elementos llegados de la Península y los criollos.

Como científico y escritor ha dejado una producción de la más alta importancia e interés: levantó el primer plano de Quito, trabajó un mapa de las Provincias, preparó un **Resumen de la Real Hacienda** de Quito y escribió varios libros, tales como el **Compendio histórico de la provincia de Guayaquil**, la **Descripción geográfica de la Real Audiencia de Quito** y el **Aviso Histórico, Político y Geográfico**, en que constan las principales excursiones piráticas de que fueron víctimas nuestras costas.

Pero el acontecimiento más importante que tuvo lugar durante el tiempo que se encontró Alsedo al frente de la Presidencia de Quito, fué la llegada de los Académicos Franceses, comisionados de medir los arcos del meridiano terrestre para resolver una cuestión científica suscitada por el principio de Newton y las observaciones de Cassini. Había que averiguar si nuestro planeta tenía la forma de un elipsoide achatado en los polos o alargado en el sentido de la línea de los polos. La solución estaría encomendada a comisiones enviadas al ecuador y al polo. Lapertius partió a la Laponia; a Quito se escogió como población civilizada que podía facilitar los trabajos en el ecuador. Los académicos escogidos para este efecto debían ser jóvenes que resistieran a las incomodidades y peligros del viaje, y al mismo tiempo, hombres de ciencia que garantizaran la exactitud de sus observaciones.

No hay para qué decir que los resultados de la llegada de estos hombres de ciencia no solamente tuvieron efectos sobre los estudios que se les encomendara, sino que, para Quito, fueron un aporte cultural de tanta importancia que la vida de la ciudad y aun de la nación se encontraría después influida poderosamente por esta visita, que duró años y que abundó en episodios que reflejaron la trascendencia de los estudios, la espiritualidad francesa y también su práctica manera de encarar los sucesos de la vida. Los Académicos no se contentarían con observar, calcular y estudiar, sino que buscarían también su provecho personal.

No hay que olvidar que junto con los Académicos franceses llegaron dos jóvenes marinos españoles, considerados como hombres capaces para desempeñar una doble comisión, la de vigilar a los franceses, tradicionalmente enemigos de los españoles, para que sus trabajos no menoscabaran la firmeza con que las colonias debían mantenerse agrupadas en torno de la metrópoli, sino también para que acompañaran a los franceses en sus estudios y sacaran el beneficio científico necesario que redundara en utilidad de su Patria. Y los jóvenes marinos cumplieron con su cometido satisfactoriamente.

Los Académicos llenaron su misión científica; pero además, escribieron la relación de sus viajes, que es el testimonio más fidedigno para conocer del estado cultural en que se encontraban las Provincias y la ciudad de Quito. La **Descripción** de Alsedo, las **Relaciones de Viaje** de los Académicos, la **Relación Histórica** y las **Noticias Secretas** de los marinos españoles forman la documentación más rica e inestimable para conocer lo que fué la Audiencia y la situación y marcha de sus instituciones, así como el estado de cultura de las diversas clases sociales de que se compone toda sociedad mestiza, con mestizaje que no ha ido fundiéndose sino muy despacio. El indio estaba en lo más bajo de la composición social, el cholo había subido de rodillas unos cuantos escalones, y aun el español tenía gradaciones que iban del simple criollo, al noble con títulos y sin riqueza y al que disponía de grandes recursos. A la postre, éstos, en la liquidación final, han quedado como los burgueses más contrapuestos a los adelantos sociales fundados en la igualdad y en la justicia.

La llegada de los Académicos Franceses fué un acontecimiento que marcó época. La sociedad, contándose en ella la población criolla y chapetona o española, estaba compuesta de gente cristiana y de religiosidad fanática. La Contrarreforma tuvo consecuencias diversas y más acentuadas en las colonias: el luterano, el hugonote, el hereje, no eran personas, sino monstruos salidos del averno a los que había que perseguir hasta la extinción. Y todo

extranjero corría el peligro de pertenecer a esa clase temible y perseguida.

Y fué en medio de esta superstición general como cayeron de pronto los sabios franceses, a quienes tenían que recibir, porque así lo quería su monarca. El francés fué el enemigo tradicional del español, por la contiguidad fronteriza, como por las guerras que habían mantenido las dos naciones. Hubo un tiempo en que España llevó sus tercios hasta las murallas de París. Y el español fanático, pero guerrero decidido, impuso terror y también admiración; era valeroso y cruel; caballeresco y despiadado. La paradoja española de siempre. España decayó en poder militar y cayó en las redes de la diplomacia de Luis XIV, quien impuso a su nieto para rey de los españoles. La fusión diplomática se efectuó aparentemente, aun cuando persistía el recuerdo del viejo rencor.

Y mucho más en América en que el **franchute**, era, además de enemigo de los españoles, el descreído, el de fe relaxa, el filosofante que gustaba de analizar los principios, para no entregarse completamente a lo desconocido y al misterio. La sociedad americana, en cambio, y principalmente ésta de Quito, era religiosa hasta el fanatismo. Ya se habían dado casos de luteranos sacrificados, no por la Inquisición, sino por el pueblo enfurecido por cualquier desacato religioso. La llegada de los franceses tenía, pues, inconvenientes de orden político y religioso. Para lo primero se había dispuesto que acompañaran a los franceses los marinos españoles; para lo segundo, las autoridades recibieron las más prolijas instrucciones respecto de las atenciones que habían de prestar a los huéspedes.

Los académicos prefirieron esta lejana colonia española, por estimar que encontrarían facilidades imposibles de hallar en las otras partes del globo por donde pasaba la línea ecuatorial. Por desconocida que fuera todavía América en las relaciones con los otros pueblos, había la confianza de que las colonias españolas tendrían, por lo menos, la porción de autoridades europeas que reconocería el valor de la ciencia y no se opondría a sus trabajos,

concediendo, por el contrario, todos los auxilios que necesitaren, y máxime si los abonaban en cada caso.

Con los Académicos llegaba la resonancia de las doctrinas filosóficas, de las discusiones literarias, de los descubrimientos científicos, de los principios de política que anunciaban la llegada de una nueva era para el mundo. En este tiempo trazaba su esplendorosa y temible curva de cometa anunciador de tempestades, el señor de Voltaire; Rousseau se preparaba a escribir el **Contrato Social**, mientras Diderot reunía el material que había de emplearse en la **Enciclopedia**. El siglo XVIII fué desde sus comienzos revolucionario. Impregnados de sentimientos e ideas de esta clase, llegaban a Quito los Académicos.

Con los Académicos Franceses vinieron también vestidos de París y libros de Francia; se esparcieron ideas y se discutieron doctrinas. La Condamine no descuidó de los negocios que podían reportarle utilidades, sin desatender las funciones técnicas que se le habían encomendado. Abrió un almacén en que se vendía paño grana para capas, chupas de raso de seda bordadas de oro y plata, medias de varias clases, géneros de seda para trajes de señora, galones de oro, gorros blancos, lienzos para sábanas, encajes, guantes, pañuelos finos de Holanda, pistolas, escopetas y joyas de oro y plata con piedras preciosas.

La moda se habrá modificado al influjo de las nuevas prendas, porque el lujo y el gusto por el vestido rico y elegante existieron en todo tiempo en las altas clases sociales de la Audiencia, en general. Para comprobarlo bastará copiar el inventario del ropero que perteneció a la primera esposa de don Pedro Vicente Maldonado, la señora doña Josefina Pérez Guerrero: un par de manillas de perlas; un cinto de oro y esmeraldas; un rosario de corales engarzado en oro; un faldellín de damasco verde con encaje de plata; un faldellín de brocato amarillo guarnecido de encajes blancos; una saya tornasol, otra de cobre batido y otra de saya de pico de oro; un vestido de tisú; un rebozo de brocato carmesí, guarnecido con franjas de oro y encajes blancos; otro de color de clavel de Casti-

lla, con franjas de cintas de tisú de oro; una saya de sayal de la Reina; jubones de encajes y cambray; sábanas de Bretaña; camisas con dos altos de encajes de pitiflor y agua y anís. Y la enumeración continúa.

Había riqueza; acaso faltaba el gusto, y los vestidos confeccionados en París lo darían a medida de la hábil propaganda de La Condamine, quien haría así un productivo negocio. La realidad no impidió, desde luego, que los Académicos y los marinos españoles cumplieran con su deber satisfactoriamente. El resultado de las investigaciones, tuvo en la ciencia consecuencias decisivas, y las operaciones llevadas a cabo por estos sabios sirvieron de base para las precisiones científicas que habían de imponerse luego en la concepción del mundo.

Los Académicos, en su recorrido por el territorio de la Audiencia encontraron interesantes muestras del estado de cultura a que habían llegado las clases acomodadas, que estudiaban, que adquirían libros, que fomentaban las representaciones teatrales y que cultivaban las bellas artes. La Condamine cita complacido a la familia de don José Dávalos, que residía en los Elenes, cerca de Riobamba, de gran cultivo intelectual: una niña de diez años traducía perfectamente del francés y la hermana mayor tocaba instrumentos de música y pintaba miniaturas. "En esta casa están domiciliadas las artes", escribió.

Otro día, La Condamine visitaba al cura del Quinche, población célebre en los anales religiosos del Ecuador, por venerarse la imagen milagrosa de la Virgen María, pero población de pocos habitantes, compuesta en su mayoría de campesinos indoctos. El cura leía a Malebranche y enfrascado en la **Recherche de la Verité** lo encontró el académico francés. El cura se llamaba José Maldonado y era hermano mayor del hombre que más alta celebridad encontraría en los anales científicos de este país.

Era hermano del Gobernador de Esmeraldas, Pedro Vicente Maldonado, que había emprendido en la ingente tarea de llevar un camino desde la sierra hasta el mar, a cuyo efecto alcanzó la Go-

beración de Esmeraldas y la autorización para construir el camino a costa suya. Se han publicado los documentos en los cuales consta la forma en que se llevaron a cabo esos trabajos, que pusieron a prueba la constancia del hombre y su capacidad de científico. Construyó el camino y levantó la carta geográfica de la Provincia, que después le serviría para trazar el mapa general de la Audiencia de Quito. La llegada de los Académicos fué para Maldonado un feliz acontecimiento, porque lo puso en contacto con la clase de estudios de su cultivo, encontrando en La Condamine un entusiasta animador, ya que también el francés había emprendido en el levantamiento de planos que le servirían para su propia carta, trabajo en que emprendiera como parte de los muchos que efectuaría a consecuencia de sus observaciones y viajes por estos territorios.

La amistad cultivada entre Maldonado y La Condamine fué estrecha y leal, sirviéndose mutuamente en sus anhelos científicos y ayudándose con los documentos y datos que cada uno podía aportar para el complemento de las obras en que se ocupaban. A La Condamine, al inquieto francés, que tantas discusiones mantuvo con el gobierno de Quito y tantas controversias mantendría con sus colegas europeos, lo encontraremos junto a Maldonado cuando la visita de este ecuatoriano a Francia, y cuidando de su memoria al fallecer Maldonado intempestiva y prematuramente en Londres.

## II

**PEDRO VICENTE MALDONADO,  
HOMBRE DE CIENCIA Y DE ACCION**

Pedro Vicente Maldonado es una de las figuras más notables del coloniaje, y su notoriedad se convierte en más ostensible al considerarse que sobresalió en una clase de conocimientos que no era de cultivo habitual entre los estudiosos de ese tiempo. Habíamos tenido teólogos y escritores tan famosos como Villarroel; los predicadores abundaron por su mérito y por su fama; los metafísicos eran innumerables, y también los poetas; pero pasará mucho tiempo hasta que las ciencias exactas y naturales tengan valiosos representantes. Por lo mismo es más admirable encontrar a un hombre como Maldonado, que tiene la contextura de un sabio.

Maldonado fué un matemático y un físico. Estudió la naturaleza; midió montañas; trazó caminos; escudriñó paralelos. Sería sumamente interesante averiguar los pasos que lo condujeron a la adquisición de tales conocimientos, saber de sus maestros, conocer los libros que consultó y la disciplina a la que se sujetó en sus trabajos. El historiador Cevallos afirma que Maldonado, después de cursar en el Seminario de San Luis de Quito, impulsado y conducido por su hermano José, muy entendido en astronomía y geometría, se dedicó a las matemáticas por su propia cuenta, llegando a ser profundo en esta ciencia. El valor de sus investigaciones y trabajos crece al saber que fueron el producto de su constancia en el estudio, y fruto de su disposición para la ciencia.

Se habían fijado varias fechas como la del nacimiento de Maldonado, hasta que uno de sus más fervorosos investigadores fué a dar con la partida de bautismo que señala el día 24 de noviembre



de 1704. Maldonado pertenecía a una noble familia de la Colonia, con cercanos e importantes parentescos en España y las más influyentes relaciones en América. Pertenecía a la nobleza de Riobamba, ciudad en la que se ha conservado la tradición de la casta y de la sangre, y que durante el tiempo que siguió a la conquista, fué la viva representación de los derechos de los conquistadores. De esa noble ciudad salieron varones esforzados y célebres en muchas actividades: era la estirpe castellana que perduraba gallarda y se imponía orgullosa.

Cuando Maldonado estimó terminada su formación científica, buscó el modo de emplearla útil y provechosamente, para él y para la nación a la que pertenecía, y lo consiguió, obteniendo la Gobernación de Esmeraldas y puerto de Atacames. ¿Qué móviles le indujeron a intentar tan difícil empresa? La Gobernación de Esmeraldas comprendía el litoral que quedaba al norte de la Audiencia y al que no se podía llegar sino por medio de una penosa travesía por mar o salvando obstáculos ingentes opuestos por la selva, si se trataba de llegar a ese territorio desde Quito, razones por las que ninguna autoridad representaba los derechos de la Corona o las atribuciones de la Audiencia. Las noticias que llegaban de esas abruptas regiones, no eran de ningún modo atrayentes. Los misioneros penetraban con gran dificultad hasta las tribus que residían en las selvas en que ya, alguna vez, un negro náufrago, se convirtiera en rey.

El territorio de Esmeraldas tenía una tradición que debía permanecer viva y constante en aquellos tiempos. Cuando en 1531 Francisco Pizarro avanzaba trabajosamente por el mar del Sur, en busca de las ricas tierras que iba a conquistar, tomó puerto en la bahía de San Mateo, y, siguiendo por la costa fué a dar con sus maltrechos soldados en el pueblo de Coaques en el que se encontró un rico botín; oro y esmeraldas, además de abundantes abastecimientos. Desde entonces ese territorio fué el de las esmeraldas, hasta que con ese nombre se nominó a la Provincia en la Colo-

nia y lo sería igualmente durante la República. ¿Era esa tradición la que atraía a Maldonado?

Creemos que no. Debió ser más bien el interés científico que se desprendía de sus estudios y que era materia de sus reflexiones progresistas. La ruta de Panamá estaba trazando la comunicación con España, es decir, con el mundo. El acercamiento al Chocó, a Panamá, a Cartagena; era el cálculo de un matemático, de un hombre de ciencia, llevado por la técnica a la práctica, y que resuelve las cuestiones por medio de números y cantidades. La Gobernación de Esmeraldas le serviría para abrir el camino que comunicara el litoral con la sierra, y el mar que quedaba al norte de la Audiencia con la ciudad de Quito, con la región ecuatoriana. Las ventajas serían numerosas, y, seguramente, buenas las ganancias, que compensarían el pesado trabajo que representaban.

Hombre de grandes iniciativas, no quiso permanecer estacionario dentro de las actividades conocidas como propias de los criollos nobles de ese tiempo, y aunque consintió en desempeñar cargos como el de Alcalde ordinario de su villa natal en 1734, su ambición era la de ocupar sus conocimientos, el vigor de su juventud, la fuerza de su inteligencia, en empresa de mayor trascendencia: había que abrirse paso al mar para vitalizar esas regiones y para poner a la sierra en contacto con el mundo. El proyecto no dejaba de ser extraño y extraordinario, tanto que, más tarde, uno de los Virreyes de Nueva Granada informaría en contra de una comunicación de esta clase que podía ser una facilidad para el contrabando. Además, luchar con la selva no era cuestión hacedera con facilidad.

A convencer de las ventajas y de las posibilidades se dedicó, seguramente, Maldonado, pues que en 1735 el tribunal de la Audiencia accedía al proyecto del camino de herradura a Esmeraldas, y en 1738 se posesionaba del cargo de Gobernador de esa Provincia. Los documentos que se han recogido hasta ahora sobre esta interesante concepción de Maldonado, son escasos y no permiten establecer toda la serie de dificultades que tuvo que vencer antes

de ponerse en obra, para lo que llevó peones de sus propiedades de la sierra y él mismo trabajó personalmente con la constancia que da la fe en el cumplimiento de un propósito convertido en ideal de vida. Construía el camino y edificaba pueblos, levantaba iglesias y recogía los datos científicos que habían de permitirle trazar la carta geográfica, que mayor prestigio científico daría a su nombre.

En medio de estos afanes se encontraba Maldonado cuando llegaron los Académicos Franceses. La Condamine y Bouguer tomaron tierra en Manta en 1736; Bouguer recorrió Manabí, mientras La Condamine pasó a Esmeraldas, y remontando el río aguas arriba, llegó a Quito por las selvas occidentales y por las poblaciones de Nono y de Calacalí. Es de suponer que desde los primeros momentos Maldonado estuvo en constante relación con La Condamine, a quien prestaría su cooperación mientras permaneció en Esmeraldas y con quien viajaría seguramente hasta Quito. Por su parte, no solamente La Condamine, sino los otros académicos recibirían a Maldonado con los brazos abiertos, en su trato y en su amistad, pues era una fuente de información preciosa sobre los varios territorios de la Audiencia que habían sido visitados y estudiados por el ecuatoriano, quien habría acopiado, por lo mismo, una vasta documentación de gran importancia en la empresa académica.

La amistad con los Académicos constituiría una colaboración importante para todos, y parece que, especialmente, Maldonado se ligó en amistad estrecha con La Condamine, espíritu abierto a la comunicación, lleno de euforia y cargado de simpatías. Maldonado tenía reunidos datos aprovechables comunmente, y los Académicos le darían sin reserva los que habían reunido hasta entonces, y de todos los cuales saldría completa la carta geográfica en que Maldonado se encontraba empeñado desde hace mucho tiempo. Además no hay que olvidar las vastas relaciones sociales de Maldonado, que serían también un aporte considerable para facilitar la gestión de los franceses en un territorio carente de los recursos de uso más inmediato y cuyos habitantes no estaban preparados

todos para comprender la significación de los trabajos que se llevaban a cabo.

Los franceses llegaron a Quito en 1736 y permanecieron en nuestro país hasta 1743. Como hemos visto durante este tiempo, Maldonado se encontró activo en las gestiones que llevó a cabo para obtener la Gobernación y la autorización para abrir la comunicación con Esmeraldas. Consta que construyó el camino a su costa, gastando en él una fuerte cantidad para ese tiempo; se sabe también que Maldonado trabajó personalmente en la apertura de la trocha, que llevó peones de la sierra, que sufrió las penalidades inherentes a una empresa de esta clase. Y se colige así mismo que no por eso abandonó la capital de la Audiencia a la que se trasladaba frecuentemente, ni descuidó de su hacienda y ni siquiera de los aspectos sentimentales de hombre. En Quito, además de su trato frecuente con los Académicos, se sabe que concedió en préstamo la cantidad que le solicitara Luis Godin para emplearla en la misión, que debió encontrarse apurada por falta de fondos, que no se giraban de Francia o que no llegaban oportunamente. El dinero dado a largo plazo no se lo cobró en Quito, y Maldonado extendió un poder para que lo hiciera en Francia La Condamine. ¿Llegaría a saldarse esa cuenta?

Maldonado, casado en primeras nupcias con doña Josefa Pérez Guerrero, contrajo un segundo matrimonio con doña Ventura Martínez de Arredondo en 1743, meses antes de su partida para España. Maldonado decidió trasladarse a la madre patria, para gestionar la concesión en regla de su gobierno de Esmeraldas, en vista de los magníficos resultados conseguidos con la apertura del camino, las ventajas obtenidas con esta obra y las labores que el Gobernador había efectuado en aquel territorio, al fundar pueblos y organizar una administración que no había existido antes. La Corte era el atrayente, por el favor que podía obtenerse y por la especie de retorno triunfante que implicaba una visita en las condiciones en que lo haría un hombre como Maldonado, que llevaba el abono de un

prestigio que había de abrirle muchas puertas, como en efecto sucedió.

Los Académicos, terminados sus trabajos, comenzaron el viaje de regreso, por diferentes rutas y en diversas fechas. La Condamine había resuelto hacerlo por el Amazonas y Maldonado convino en acompañarlo. El francés salió de Tarqui en mayo de 1743, atravesó Loja, Jaén y el Pongo en Manserriche; mientras Maldonado siguió por la vía de Baños y las regiones del Pastaza, Bobonaza, Canelos, hasta llegar al Marañón. Los dos amigos se reunieron en el sitio de Mainas, La Laguna, a donde había llegado Maldonado a principios de junio y a donde arribó La Condamine el 19 del mes siguiente. El 23 de julio dejaron La Laguna y continuaron la navegación por el Amazonas, hasta llegar al Pará el 3 de setiembre del propio año de 1743, según puede verse en la **Relación** que de sus viajes hizo La Condamine, en libro publicado en 1778 en Maestrich. Después del viaje largo y penoso los dos amigos se encontraban obligados a continuar a su destino separadamente. La Condamine porque debía pasar a Cayena para completar su Mapa, y Maldonado que no tenía objeto en el retardo, para llegar cuanto antes a los Reinos de España, principal objetivo de su viaje. El 3 de diciembre se separaron los dos amigos. Maldonado que recordaba que el P. Fritz, cincuenta años antes, había sido retenido por más de un año en el Pará, por el solo motivo de proceder de una colonia española, para eludir cualquier peligro de esta clase, tomó el arbitrio de inscribir su pasaporte como individuo de la comisión francesa, posición delicada que bien podía acarrear dificultades comprometidas para el académico francés.

No ocurrió nada de particular y Maldonado pudo seguir tranquilamente a Europa. En febrero de 1744 Maldonado se encontraba en Europa, pasando por Lisboa y llegando a Madrid sin ningún contratiempo. Iba a España a gestionar la legalización de los acuerdos concedidos en su favor por la Audiencia de Quito, que había hecho uso para este efecto de cuatro cédulas reales existentes, sobre apertura del camino y la Gobernación de Esmeraldas.

Sólo el Rey podía confirmar tales acuerdos de modo de asegurar el goce de ellos sin ningún contratiempo.

Una de sus primeras actividades en Madrid fué la de escribir e imprimir la **Relación** circunstanciada de lo que había hecho hasta entonces y de la razón que le asistía al solicitar le fueran reconocidos sus servicios y recompensados sus trabajos, confirmando los acuerdos de Quito y ampliándolos en cuanto fuera posible, de acuerdo con las exigencias de aquellos tiempos. En la **Relación** se hablaba de la importancia y riqueza de la Provincia de Esmeraldas y de los motivos que existían como ventajosos para mantener la comunicación entre Quito y su litoral. Anotaría las cantidades que gastó en la empresa, las dificultades que tuvo que vencer y los resultados obtenidos. La Corte apreció en debida forma la labor, confirmando el título de Gobernador concedido por el Virrey del Perú. Todo ello con vista de autos y de la opinión emitida por el Fiscal del Real Consejo. Con la confirmación del nombramiento se le extendió también el de Teniente de Capitán General de la Provincia de Esmeraldas y demás territorios agregados; se le hizo merced del título de Gentilhombre de Cámara y se le dieron las facilidades requeridas para extender su visita a otros países de Europa.

Llenado ampliamente el propósito que le guió a España, había que preocuparse de la impresión de la Carta Geográfica, y estimando que las facilidades para ello encontraría en París, mejor que en Madrid, partió con dirección a Francia, en donde se reuniría otra vez con su eminente amigo el Académico La Condamine, quien había regresado por fin a Francia; después de diez años de ausencia. Se sabe que La Condamine entró en París el 23 de febrero de 1745.

A fines de 1746 estaba Maldonado en París. El complemento de su viaje tenía que ser la publicación del mapa. Además, la llegada a París le abrió un mundo nuevo: el mundo de la ciencia, de los trabajos científicos, de la vida intelectual con una amplitud no sospechada en los territorios españoles. Antes de enredarse La

Condamine en las acres y violentas discusiones con varios de sus compañeros de trabajos en Quito, se ocupó en presentar a Maldonado en la Academia de Ciencias de París, ponderando los merecimientos del criollo. La Academia, previo informe de La Condamine, Bouguer y Jussieu, le concedió el nombramiento respectivo y le autorizó para asistir a las sesiones de la sabia corporación.

Sea porque encontró dificultades para su inmediato regreso o por la atracción sentida hacia aquellos países europeos de tan vieja cultura, es la verdad que el viaje que en Quito pensó efectuar sólo hasta Madrid, se alargó luego a París, para seguir después a otros lugares, hasta llegar a Londres que debía ser la última etapa de su gloria y también de su vida.

Se sabe que asistió a un episodio de la Guerra de Sucesión, y que en compañía del Embajador de España, Duque de Huéscar, presenció la batalla de Lawfeld y el sitio de Berch-op-zoom. Llegó a poder del historiador Cevallos una carta escrita por Maldonado en Tongres, el 8 de agosto de 1747, en que relata que estuvo cerca del Rey, y expresa su admiración por el espectáculo nuevo y extraño, para un hombre procedente de las provincias de Quito, "donde la vista de una sola gota de sangre puede producir desmayos". Terminada la guerra por los franceses, Maldonado pasó a Holanda, desde donde regresó otra vez a París para adquirir instrumentos, modelos de maquinarias, catálogos, libros e implementos que debía utilizar a su regreso a Quito. En este viaje haría las últimas gestiones para la impresión de la carta geográfica, de la que quedó recomendado su gran amigo La Condamine.

Estaba dispuesto por el destino que Maldonado no tuviera la satisfacción de ver impresa la obra de sus afanes y cuidados, que representaba toda una época de vida activa y útil, puesta al servicio de la ciencia y de su Patria. La carta geográfica circulará cuando ya Maldonado dejara de existir; pero ha sido la pregonera de su fama y la que mantuvo en todo tiempo vivo el recuerdo del ecuatoriano ilustre, que ni siquiera pudo ser olvidado por sus compatriotas, porque hubo sabios de fama universal que se cuidaron de

exaltar los merecimientos de Maldonado y la importancia que para la ciencia tenía la carta geográfica publicada.

Su último viaje fué el realizado a Londres, país que tenía que atraerle, sobre todo, por su enorme adelanto industrial, que había que ver de cerca, estudiarlo y aprender para volver a repetir la lección en medio de los suyos. Atravesó el Canal de la Mancha seguramente a mediados de 1748. Su presencia se señaló por los hombres de ciencia que en Londres trabajaban con asiduidad y que organizaron bajo la presidencia del sabio Newton, la Sociedad Real, de tanto prestigio en los anales de la ciencia. Maldonado encontró amigos franceses que estaban conectados con la institución y que le facilitaron tomar contacto con ella.

Maldonado debió llegar a Londres en agosto de 1748; es decir que pasó muy poco tiempo en aquella corte, escaso para que se llenaran con los requisitos reglamentarios que se exigían para conceder el título de Correspondientes a los científicos extranjeros. Se sabe que Maldonado fué presentado a la docta corporación, que tenía permiso para asistir a las sesiones, en tanto se cumplía el tiempo previsto en los Estatutos para la aceptación definitiva y el nombramiento. No alcanzó a obtenerlo nuestro compatriota porque falleció, víctima de violenta enfermedad, el 17 de noviembre del citado año de 1748.

La Academia de Ciencias de París señaló el infausto acontecimiento por medio de una sesión en la que La Condamine rindió un conmovido homenaje al talento de su amigo desaparecido tan prematuramente, y consignó en su discurso los únicos datos que han permitido después saber de los trabajos científicos efectuados por Maldonado y conocer de los pocos datos biográficos que han permitido apreciar la vida que llevó el distinguido y preclaro riobambenense, y los auténticos merecimientos de esa vida.

El Gobierno español, cuando supo del fallecimiento del ilustre americano, mandó a sus agentes diplomáticos recogieran las pertenencias de este súbdito, que consistieron en una caja con manuscritos y apuntamientos recogidos por nuestro compatriota, pla-



nos, proyectos industriales, maquinarias y útiles, y además las cuatro planchas grabadas ya del mapa de la provincia de Quito, del que La Condamine hizo imprimir pocos ejemplares, uno de los cuales, para cumplir con la voluntad expuesta por Maldonado, se presentó a la Academia de Ciencias de París, y algunos ejemplares se remitirían a la familia del fallecido.

¿En qué podían consistir los manuscritos y apuntes dejados por nuestro compatriota? Su conocimiento era importante, porque nos haría comprender en toda su amplitud el grado de condición intelectual a que había llegado en sus estudios. Por desgracia, si alguna vez reclamamos las planchas en que estaba grabado el mapa y que hoy se encuentran en el Ecuador, de los papeles del sabio nos ocupamos muy poco. Se conocía que en el Archivo de Indias de Sevilla reposaba una obra impresa de Maldonado, la **Representación** que hizo al Rey sobre sus trabajos en Esmeraldas. La obra impresa consta de 110 páginas y no tiene fecha, según la información suministrada por Toribio Medina. (1)

El Académico y marino español, don Julio F. Guillén, en su magnífica obra sobre los Tenientes de navío Jorge Juan Santacilia y Antonio de Ulloa y de la Torre-Guiral, tuvo que referirse a nuestro compatriota, considerándole personaje interesante y de gran prestigio, que descolló en las ciencias hasta merecer los honores que recibió de la Academia de París y de la Real Sociedad de Londres. Para Guillén, Maldonado es la demostración de la cultura que había en estos países, como resultado de la administración colonial. No viniendo al caso este aspecto en estos momentos, queremos añadir que Guillén, en su citado libro, indica que en el Archivo de Indias y en la sección de "Quito", se encuentran los legajos números 179, 328 y 344: Expediente sobre la apertu-

---

(1) La Relación se ha publicado en la Biblioteca de **Últimas Noticias**, 1948. No lleva fecha de edición de Madrid; pero el prologoísta, señor Neptalí Zúñiga, expresa que se publicó en 1744.

ra del camino de Esmeraldas; la relación de servicios de Maldonado. Los planos y copias se citan en el Catálogo de Torres Lanzas, números 204 y 205, además de los cosidos al expediente. Esta es la constancia que encontramos en una nota del libro citado de Guillén.

Respecto del Mapa, es interesante copiar la leyenda que llevaba en los ejemplares mandados imprimir por La Condamine, y algunos de los cuales ha llegado a nuestras manos:

CARTA DE LA PROVINCIA DE QUITO / Y DE SUS ADYACENTES / OBRA POSTHUMA / DE DON PEDRO MALDONADO / GENTILHOMBRE DE LA CAMARA DE S. MAG / Y GOBERNADOR DE LA PROVINCIA DE ESMERALDAS. / HECHA / SOBRE LAS OBSERVACIONES ASTRONOMICAS Y GEOGRAFICAS / DE LOS ACADEMICOS REALES / DE LAS CIENCIAS DE PARIS Y DE LAS GUARDIAS MAR. DE CADIZ / Y TAMBIEN DE LOS R. R. P. P. MISSIONEROS DE MAYNAS. / EN QUE / LA COSTA DESDE LA BOCA DE ESMERALDAS HASTA TUMACO / CON LA DERROTA DE QUITO AL MARAÑON, / POR UNA SENDA DE A PIE DE BAÑOS A CANELOS, / Y EL CURSO DE LOS RIOS / BOBONAZA Y PASTAZA / VAN DELINEADOS / SOBRE LAS PROPIAS DEMARCACIONES / DEL DIFUNTO AUTOR / POR EL S. D' ANVILLE / GEOGRAFO DE S. MAG. CHRISTma. / DE LA ACAD. IMP. DE PETERSBURG / SACADO A LUZ / POR D. C. D. L. C. / PARIS / M. D. C. C. L.

Lleva, además un dibujo de Brunet, y al pie se anota que el mapa fué grabado por Guill. Delahaye.

Llevadas las planchas a Madrid, el Gobierno español hizo imprimir el mapa con una pequeña rectificación en la leyenda. Posteriormente, en 1886, por gestiones del Gobierno ecuatoriano, el de España consintió en que se utilizaran las planchas existentes para que se editara nuevamente el mapa, que es el que circuló con alguna amplitud y que sirvió para que esta notable obra fuera conocida por nuestros compatriotas.

La leyenda, como hemos dicho, se rectificó, suprimiendo las últimas líneas del original, y añadiendo lo siguiente:

SACADA A LUZ / POR ORDEN / Y A EXPENSAS / DE  
SU / Magestad / M. DCCL.

La muerte de Maldonado trajo como consecuencia no solamente la destrucción de sus planes, sino el olvido de su nombre, que fué preciso que se recordara por sabios extranjeros en diversas épocas, para que su Patria comprendiera que se trataba de un valor que había que reivindicar. Y la obra de reparación comenzó y se ha mantenido reverente y entusiasta en todos los ecuatorianos. No sucedió lo mismo con la empresa que le había ocupado tiempo, esfuerzos y desvelos: el camino a la Provincia de Esmeraldas.

Desde un siglo antes se había pensado en la construcción de un camino que condujera directamente a Panamá desde Quito, con las innumerables ventajas de una comunicación del litoral deshabitado con la sierra perfectamente organizada. Varias personas habían alentado este proyecto y obtenido Cédulas reales que autorizaban la construcción y concedían ciertas ventajas administrativas. Por supuesto, el camino proyectado se refirió en tales ocasiones al que establecería la comunicación de Otavalo e Ibarra con el río Santiago que se suponía que facilitaba la navegación al mar. Pablo Durango Delgadillo, Corregidor de Otavalo, celebró capitulaciones con el Marqués de Montes Claros para

abrir esa vía. Francisco Pérez Menacho obtuvo más tarde otra Cédula parecida, y años después Juan Vincencio Justiniani gestionó desde Panamá igual concesión, con el objeto de facilitar el aprovisionamiento de víveres a la ciudad de Panamá desde los valles de Quito.

No se habían podido llevar a cabo estos proyectos, y cuando Maldonado visitó la Provincia y estudió la importancia de esta comunicación, se volvió a tratar del asunto; pero Maldonado, atendiendo a las informaciones que había recibido en Quito, no pretendió continuar las vías iniciadas, sino trabajar un camino directo, que trasmontara la cordillera del Pichincha y fuera a tocar en una parte navegable del río Esmeraldas. El objeto era el mismo previsto en las Cédulas que existían con este objeto, y Maldonado, después de una brega en que venció la constancia, convenció a la Audiencia de que, aplicar las Cédulas para su nuevo camino, no era contravenirlas. Y así obtuvo la autorización para su nuevo camino y la Gobernación de la Provincia que ya había sido concedida por este mismo motivo.

El objeto de su viaje a España era claro: la Corte debía confirmar la autorización concedida, y en vista del buen éxito obtenido con la apertura del camino, de los ingentes desembolsos que habían sido hechos para lograr este propósito de los bienes particulares de Maldonado, de los peligros que había corrido y de las ventajas que había proporcionado, extender los privilegios y beneficios. Una gestión de esta clase sólo podía hacerse con la presencia del interesado en la Corte.

Maldonado elevó su Representación en 1744, y para que fuera más fácil su lectura y más asequible su comprensión, la hizo imprimir. Un escrito metódico y claro, redactado en bien concertadas frases y concebido con inteligencia, convence mejor que una alegación farragosa. En efecto el Rey dictó una Cédula por la que se aprobaba el trabajo realizado, se concedía a Maldonado el Gobierno y Tenencia de Esmeraldas por dos vidas y se añadían otras mercedes pormenorizadas en el documento. No surtió efec-

tos la Cédula a consecuencia del inesperado fallecimiento de nuestro ilustre compatriota, que no alcanzó a volver a su tierra.

La hija única de Maldonado, doña Juana, casada con don Manuel Díez de la Peña, trató de reivindicar los derechos, pero los Virreyes de Nueva Granada que fueron sucediéndose desde Esclava, hasta Solís, se mostraron contrarios a una empresa desconocida para ellos y que la juzgaban solamente por remotas informaciones que recibieron de funcionarios sin visión ni cálculo político: la vía se prestaba al contrabando y era mejor no hacerla. Y no se la hizo.

Un último esfuerzo de reivindicación de esos derechos, hizo Nicolás de la Peña, el patriota del año 9, quien murió sacrificado junto con su esposa, doña Rosa Zárate, precisamente en la costa esmeraldeña, territorio en el que había vivido, trabajado y pensado tanto el sabio ecuatoriano, cuyos restos fueron a descansar en una iglesia de Londres, y que no han podido ser rescatados después, a pesar de las gestiones llevadas a cabo con ese objeto, según manifestara en extensa y brillante conferencia, dada en los salones de la Casa de la Cultura, por el diplomático ecuatoriano, Dr. Homero Viteri Lafronte.

Y así se cierra uno de los capítulos en que se dividirá la vida del geógrafo y hombre de ciencia, nacido en Riobamba a comienzos del siglo XVIII, y que dará prestigio eterno a su Patria.

## III

## GLORIFICACION DE MALDONADO

Han pasado cien años desde la muerte de Maldonado. La Colonia olvidó fácilmente todo el valor de este hombre que había alcanzado, sin embargo, tan notables distinciones de parte de los Institutos científicos de los países europeos. Con la noticia de la muerte, España reclamó las pertenencias de un súbdito, y aun cuando mandó imprimir el mapa, todo lo demás quedó postergado. Nunca se supo de los proyectos de trabajo que formulaba para su regreso; las obras que dejó escritas; los documentos que abonaban sus preocupaciones. La misma Cédula concedida en gracia a las comprobaciones presentadas, se anuló y se prohibió que se volviera a hablar del camino a Esmeraldas, que se lo encontró inconveniente.

Durante la Colonia se hizo notar el orgullo que América, y el territorio de Quito, principalmente, debían tener con la memoria del geógrafo riobambeño. Alcedo en su célebre **Diccionario**, menciona con elogio al sabio. Y sabemos bien que Alcedo nació en Quito, pero que muy tempranamente se trasladó a la península ibérica y que su amor por la patria se tradujo en la gran obra que escribió para poner de relieve el contingente de valores que al mundo había dado América. Fué tan notable esta presentación que España prohibió que circulara un libro que pregonaba de las grandezas del Nuevo Mundo y que podía despertar las ambiciones de los pueblos rivales.

Posteriormente, ese mestizo de colosales proporciones intelectuales, que fué Espejo, recordó a Maldonado en el **Discurso** que desde Santa Fe dirigió a los quiteños para exaltar en ellos el patriotismo, con el recuento de las grandes riquezas que encerraba

su suelo y con los grandes ingenios que produjo como la demostración de esa fecundidad en todos los órdenes de la vida. Las noticias dejadas por Espejo, en este **Discurso** y en sus otros libros, son tal vez los pocos datos que nos quedan respecto de los hombres de valía anteriores a él y que vivieron en estos territorios.

No hay que olvidar la devoción con que el P. Velasco reunió todo dato que podía contribuir para glorificar a la patria lejana, motivo principal con el que escribió su memorable **Historia del Reino de Quito**. Además, Velasco era riobambeño y pertenecía, nos parece, a la misma familia que tantos personajes notables había producido junto con Maldonado.

El payanés Caldas fué un hombre de ciencia, un ciudadano eminente, un literato esclarecido y un mártir que rindió la vida por la patria. Ese hombre, esquivo, tímido, concentrado en sus pensamientos, nos visitó a comienzos del siglo XIX, pocos años antes de que se estableciera la Junta de Gobierno de Quito, el 10 de Agosto de 1809. Caldas vivía pendiente de sus investigaciones y de sus trabajos; visitaba la Biblioteca pública de Quito y mostraba asombro por el número y la calidad de obras que allí estaban reunidas. Se trató con pocas personas; una de ellas fué José Mejía, sobre quien escribió cartas a Mutis haciéndole conocer la opacidad de una vida llamada a brillar luego como una llama. Estuvo en un tris que Caldas obtuviera un empleo para Mejía, con lo que el camino del destino de nuestro compatriota se habría dirigido a otros objetivos. Caldas vino a Quito comisionado por Mutis, para efectuar estudios botánicos, y al encontrarse en esta ciudad recibió la noticia que fué extraordinaria para él, de que se acercaba a estos territorios el sabio alemán Humboldt. Caldas le salió al encuentro lleno de alborozo. No compaginó con el carácter del prusiano, joven, alegre y donjuanesco. Quito le pareció una Babilonia que había que destruir. Todavía su resentimiento fué grande cuando Humboldt prefirió llevar como compañero de viaje al quiteño Montúfar, cuando tanto hubiera deseado ser preferido. Caldas.

El payanés ilustre regresó a su tierra a mostrar el fruto de sus trabajos, a consignar el resultado de sus investigaciones y a dar a su patria el estímulo que necesitaba para sus adelantos. El **Semanario de la Nueva Granada** es una de las publicaciones que señalan el adelanto intelectual de América. En esa célebre publicación se trazó el elogio de Maldonado: "Maldonado, este ilustre quiteño, después de abrirse un paso por los Andes al océano, después de haber puesto los fundamentos al gobierno de Esmeraldas, de haber recorrido los Canelos, Bobonaza, Pastaza y Marañón, levantó la carta de la provincia de Quito, el más bello monumento de la ilustración y patriotismo. La muerte le detuvo en la mitad de su carrera. ¡Ah! jamás lloraremos dignamente la pérdida de este hombre grande que proyectaba nuestra felicidad. Si conocemos una parte de sus acciones, la debemos a una pluma extranjera. ¡Ingratos! casi hemos olvidado su memoria. Las más célebres academias de Europa han pronunciado sus elogios, y sus compatriotas apenas le conocen. El quiteño se afana por pasar a la posteridad el nombre de un juez que le compuso una calle, y ha olvidado erigir un monumento al hombre más grande que ha producido este suelo. El elogio histórico de este geógrafo debía muy bien ocupar los talentos de sus conciudadanos".

Las frases copiadas constituyen una grave y justa censura tanto más justa cuanto que pareciera idiosincrática de los ecuatorianos. La notoriedad que les entusiasma es la que concede la actualidad combativa de honores falsos. Un juez, dice Caldas, un Presidente, diríamos ahora; pero un libro, una carta geográfica, un estudio científico son para conocidos en cierta clase social, mientras la generalidad permanece indiferente.

El autor de **El Cosmos** recorrió el Ecuador también por la misma época de Caldas. Pronto se relacionó con las principales familias de Quito, y el Marqués de Selva Alegre atendió a su alojamiento. Humboldt se interesó por todo cuanto representaba la cultura de estas regiones y, complacido, pudo examinar la obra de Maldonado, de la que afirmaba que "a excepción de los mapas



de Egipto y de algunas partes de las Grandes Indias, la obra más cabal que se conoce respecto de las posiciones ultramarinas de los europeos, es sin duda el Mapa del Reino de Quito hecho por Maldonado”.

Estas opiniones conservadas a través de los años tenían que mover a los ecuatorianos a interesarse por conocer mejor lo que nuestro compatriota había hecho para merecer los honores que se le concedieron por los notables hombres citados y por las corporaciones científicas de Europa. Nuestro sabio historiador González Suárez se ocupó en estudiar esta figura, en dos tomos de su *Historia*, aportando muchos datos para el conocimiento del hombre, que desde este momento se puede afirmar entró en el número de las celebridades ecuatorianas que concurrían a mantener su crédito intelectual, a través de los tiempos y de las generaciones.

Sin embargo, lo que se sabe aun en estos días respecto de la vida de Maldonado, es muy poco. Se han ido juntando datos y documentos. Uno de los más acuciosos historiógrafos ha sido el señor Alfredo Flores y Caamaño, quien con el libro publicado en 1940 aportó por primera vez documentos que pueden inducir a fijar los contornos de la gran figura. Ha encontrado los poderes que confirió para irse a Europa, el testamento que hicieron los apoderados, al conocer la muerte de Maldonado; documentos por los que se sabe que nuestro compatriota facilitó dinero para los gastos de los Académicos Franceses y también para los marinos españoles; se conocen particularidades de la vida, como lo relacionado con sus dos matrimonios, con las propiedades que tenía y otros pormenores de gran interés.

Se ha sabido de la existencia de los papeles que pertenecieron a Maldonado y que fueron depositados en un Archivo español. En el Ecuador deben encontrarse también muchos datos que no se han utilizado para la averiguación completa de cuanto corresponde a la vida del grande hombre. Con la oportunidad de cumplirse en este año dos siglos del fallecimiento del sabio, los investigadores se han empeñado en dar su aporte; y es de presumir que las publi-

caciones que se proponen hacer en España dos compatriotas, con este motivo, darán luz suficiente para un conocimiento mejor que permita apreciar lo que fué la vida de este hombre notable y el valor definitivo de sus obras.

El Ecuador se prepara a rendir su homenaje; Riobamba, cuna del sabio, ya tiene levantado un monumento a su memoria, y quisiera en esta vez señalarse con actos que glorificaran y consagrarán a su hijo, ante la admiración de propios y extraños. (1)

---

(1) Se han publicado ya en Madrid, por cuenta del Gobierno del Ecuador y bajo la dirección del Sr. José Rumazo, dos volúmenes de documentos tomados en los archivos españoles, referentes a Maldonado.

# HOMENAJE A PEDRO VICENTE MALDONADO

**DISCURSO pronunciado por el Ingeniero Dn. Jorge Casares,  
Miembro Titular de la Institución, en la Sesión Solemne  
celebrada el 16 de Diciembre de 1948.**

La Casa de la Cultura Ecuatoriana ha querido contribuir a la celebración del Segundo Centenario de la muerte del eminente hombre de ciencia don Pedro Vicente Maldonado y Sotomayor con este sencillo acto destinado a entregar a la posteridad aquél óleo, trabajado por uno de nuestros mejores artistas, como un homenaje de gratitud y de admiración de las actuales generaciones para su obra fecunda y destinado también a glorificar, una vez más, la inmortal memoria del ilustre sabio ecuatoriano.

A esta circunstancia debo la feliz oportunidad e inmerecido honor de cumplir la grata comisión de hablaros a nombre de las Secciones Unidas de Ciencias Biológicas, Físico-Químicas y Matemáticas de esta Institución.

No me va a ser posible cumplir tan delicado encargo con la brillantez y con la profundidad que el caso lo exige; antes bien, mi limitado saber y falta de erudición han de privarme de poder

ofreceros el oropel de las declamaciones oratorias, menos aún el dominio de conocimientos, que hoy mismo son un motivo de real preocupación para quienes descan ahondar y conocer mejor la múltiple personalidad de Dn. Pedro Vicente Maldonado.

Por otra parte, a través de los innumerables elogios, datos biográficos y críticos que sobre la vida y las Obras de Maldonado han hecho La Condamine, Wolf, Humboldt, Caldas y otros sabios más, y a través de sus propias obras salidas a la publicidad unas e inéditas otras, se conoce y admira muy grandemente, dentro y fuera de la Patria, la egregia figura del ilustre compatriota.

En estos mismos días, con motivo del bicentenario de su muerte hemos tenido la feliz oportunidad y grande complacencia de aplaudir a distinguidas personalidades de las Ciencias y de las Letras por sus bellas conferencias, por sus magníficos y bien documentados discursos, escritos y más trabajos con los que, con sobra de erudición y de talento han sabido enaltecer la inmensa valía del insigne sabio, para quien la Historia ha reservado el más elevado sitio, la inmarcesible gloria que es orgullo y gloria ecuatorianos.

Los estudios realizados acerca de Maldonado, abarcan, pues, muy variados puntos de vista y enfocan múltiples aspectos de su vida y de sus obras, pero han dejado, a veces, grandes interrogatorios que invitan a ahondar cada vez más en el estudio de su magnífica personalidad.

El por mil títulos ilustre historiador Dn. Federico González Suárez, refiriéndose a Maldonado dice: "El mapa de Maldonado es la obra de un criollo riobambeño de mediados del Siglo XVIII. ¿Dónde aprendió ese criollo las matemáticas? ¿Dónde estudió la geografía? ¿Quién le inició en la astronomía? ¿Cómo supo manejar instrumentos de ciencias que eran desconocidos en la obscura Colonia de Quito?... Maldonado estudió en el Seminario de San Luis de Quito, dice, pero ¿qué aprendió allí? Lo único que se enseñaba en ese establecimiento de instrucción pública, a saber: el idioma Latino y la Filosofía Escolástica. Cursó la Física dictada entonces, es decir lo que entonces se llamaba Física, que

era lo que sobre la generación y la corrupción habían dicho los escolásticos siguiendo a Aristóteles”.

En resumen, hay mucho por estudiar acerca de Maldonado pero aún en el supuesto caso de que ya no hubiera vacíos que llenar en lo tocante a su historia, por mucho que conociéramos y por mucho que estudiemos a Maldonado, en mi modesta opinión, jamás habremos de juzgar debidamente y de reconocer en su verdadera significación la importancia que para el Ecuador tuvieron la vida y obras del inmortal patricio, que estuvo llamado a beneficiarnos muy grandemente. En cada oportunidad, es un patriótico deber el repetir las expresiones de Caldas, quien hablando de Maldonado dice: “Jamás lloraremos dignamente la pérdida de este grande hombre que proyectaba nuestra felicidad”.

Conforme a lo que dejo expuesto y contando con vuestra benevolencia quedará dispensado de intentar en esta ocasión el ensayo de valorar la grandiosa obra de Pedro Maldonado en función del grado de adelanto científico alcanzado por el mundo hasta entonces, en función de la época a la que se perteneció y en función, en fin, de algunos acontecimientos históricos que durante los doscientos años idos han dejado en el Ecuador las más profundas huellas.

Ubicados en este plano nos será dable apreciar que su inquietud científica y los éxitos por él alcanzados en materia de ciencias, muy a pesar de que la corriente científica del Viejo Mundo no nos había alcanzado aún, constituyen la prueba de su innata vocación. Que su mejor y positiva obra, el mapa de la Antigua Presidencia de Quito y hoy República del Ecuador, publicado en 1748, es de valor científico y representa un esfuerzo que ni propios ni extraños han logrado superarle en el Ecuador. Que la profundidad de sus concepciones para orientar la política constructiva del país y su entereza para vencer toda clase de obstáculos y salir airoso en empresa tan gigantesca, para la época, como la unión por medio de un carretero de la ciudad de Quito con el Mar, evidencian su férrea voluntad y acendrado patriotismo.

Nos será dable apreciar cómo sus acciones han desafiado los siglos, han logrado inmortalizarse en la memoria de los ecuatorianos y han conquistado la eterna gratitud nacional.

Con el objetivo que acabo de enunciar me propongo resumir en pocas palabras algo sobre la historia del adelanto científico mundial, comprendiendo ciertos acontecimientos científicos que unidos a la historia de nuestro país durante los dos siglos posteriores a su existencia, y en especial a la historia de lo que podríamos denominar el Potencial Ecuatoriano traducido en hechos positivos que nos benefician y traducido en obras que perduran y hacen la felicidad de la patria, nos permiten admirar en su real magnitud la excelcitud de sus virtudes, la claridad de sus concepciones, la elevación de sus propósitos, la efectividad de sus acciones que hacen de Maldonado el verdadero iniciador del adelanto material y científico ecuatorianos.

### **ADELANTO CIENTIFICO MUNDIAL, HACIA MEDIADOS DEL SIGLO XVIII**

La más antigua de las Ciencias, la Astronomía, es la precursora de muchas otras que le son afines como la Geometría, las Matemáticas, las Primeras Nociones de Mecánica, la Física, la Teoría de los Instrumentos, la Teoría de los Errores, etc., ciencias que nacen al amparo de las necesidades astronómicas. Podría decirse que hasta fines del Siglo XVII la historia de la Astronomía es la historia de las ciencias Físico-Matemáticas y debe apreciarse cómo su desarrollo contiene un conjunto de facetas paralelas al desarrollo del espíritu humano: La idea que el hombre se formó del Universo contribuyó grandemente sobre sus concepciones, así la idea que el hombre nómada se ha formado de la tierra, considerándola como un disco plano sostenido por una bóveda sólida, contrasta con la vida estrecha y fría; asimismo

## HOMENAJE A PEDRO VICENTE MALDONADO

la concepción de que la tierra fuera un globo aislado en el espacio alrededor del cual gira el universo todo, dirigido por inteligencias superiores, por muchedumbres de dioses, como concibe Platón el "Divino", contrastan con una como expansión del espíritu humano que abre el Asia y el Africa a la civilización por las expediciones de los Griegos.

En el Siglo XVI se llega a distinguir el mundo solar del Universo. La Tierra es considerada como un satélite del Sol. Se desarrolla simultáneamente la gran navegación y se alcanza el descubrimiento de América, y solamente en el Siglo XVII se logra el camino a la verdad con Kepler y Newton y sus Leyes sobre la gravitación universal; con Galileo y sus leyes sobre la caída de los cuerpos; con Huigens y sus leyes sobre el movimiento curvilíneo.

En este estado de conocimientos se inicia el Siglo de Maldonado, siglo en el que la astronomía solar se reducía a un simple problema de mecánica, gracias a la elaboración de la doctrina Newtoniana por Euler, Clairaut, d' Alembert, Lagrange, Laplace.

Las Escuelas Politécnicas de Francia buscaban a principios de este Siglo la aplicación de la Astronomía a disciplinas de carácter práctico como la Geografía, la Geodesia y principalmente la Navegación.

En este instante científico surgen las diferencias entre Cassinianos y Newtonianos acerca de la verdadera forma de la Tierra, diferencias que culminan en la formación de las dos expediciones que debían realizar las medidas que permitan conocer la verdadera forma del Planeta. La que actuó cerca del Polo en Laponia, y la otra en el Ecuador con Godin, Bouger y La Condamine. La historia de esta primera Misión que actuó hasta 1744 es por demás conocida y admirada por los ecuatorianos.

Don Pedro Vicente Maldonado acompaña a los Académicos Franceses en sus investigaciones y trabajos y por lo mismo su trato y amistad con ellos debió ser de la mayor utilidad para su formación científica.

El Siglo XVIII puede llamarse el siglo de la ciencia y bien

podemos ufanarnos de haber tenido con toda oportunidad muy cerca de nosotros ese palpitar de inquietudes en pro del adelanto científico mundial, llegado en esos instantes a límites para entonces insospechados.

### NUESTROS PROPIOS PROGRESOS

Por lo que a adelantos en el Ecuador se refiere, hay que anotar que hasta los comienzos del Siglo XVIII solamente se habían establecido pocas escuelas en las que florecieron especialmente las artes, en general, y en las que a indios, mestizos y españoles se daba la primera instrucción sobre Gramática, Lectura, Escritura y Doctrina Cristiana. Además, hasta dicha época solamente se habían establecido seminarios, en los que los españoles hacían estudios de Filosofía, Teología y otras disciplinas eclesiásticas.

Hacia 1622 se fundaba el Seminario de San Luis, que luego se elevó a la categoría de Universidad con el nombre de Real y Pontificia Universidad de San Gregorio Magno, en la que se extendían títulos de Bachiller, Licenciado, Maestro y Doctor. En esta Universidad obtuvo Maldonado su título de Maestro. Cabe aquí recordar que en el Siglo de Maldonado, Quito contaba también con otra Universidad, la de Santo Tomás de Aquino, en la que fueron mayormente acogidas la Jurisprudencia y la Medicina. Las dos Universidades se refundieron en 1876.

Según nos relata González Suárez, hasta 1789, es decir muchos años después de la muerte de don Pedro Vicente Maldonado, no se había establecido una cátedra de Matemáticas, ni una de Física, ni siquiera una de Geografía, y añade: "Era en verdad un acontecimiento la enseñanza sistemática del Álgebra, de la Geometría, de la Física y de la Cosmografía en el Seminario".

La exposición que antecede nos hace apreciar, aunque en forma un tanto pañorámica, así el estado de los conocimientos cien-



tíficos alcanzados por el mundo en la época de Maldonado, como los progresos logrados en el Ecuador en materia de instrucción científica, destacándose dos hechos de importancia para el efecto de juzgar el medio y condiciones en que se desenvuelve Maldonado, a saber:

1.—La circunstancia de que Francia, que con su ciencia y su saber ha ejercitado tanta influencia en la cultura del mundo, llegó muy tempranamente hacia nosotros por medio de su Primera Misión Geodésica. Maldonado supo sacar el máximo provecho para el país de tan feliz acontecimiento; y, 2.—A pesar de que mientras vivió don Pedro Vicente Maldonado, los establecimientos educacionales ecuatorianos no enseñaban aún las asignaturas que son fundamentales en el desarrollo de los conocimientos científicos, el ilustre sabio que se hallaba dotado de los más preciados dones, logra dominar por su propio esfuerzo todas aquellas que, teóricas unas y de aplicación otras, habían de serle indispensables para llevar a la práctica su formidable obra científica.

El doctor Teodoro Wolf en su *Geografía y Geología del Ecuador*, refiriéndose a Maldonado, entre otras cosas anota lo siguiente: "Mr. de La Condamine dice, que la pasión de don Pedro Maldonado por instruirse abrazaba todo género de ciencias y que su facilidad en concebir, suplía la imposibilidad en que había estado de cultivarlas todas desde su primera infancia. Siguiendo pues su natural inclinación, voló de Madrid a París, estudió con afán todo cuanto pudiera serle útil más tarde en su querida Patria, asistió con frecuencia a las sesiones de la Academia de Ciencias, recorrió los Países Bajos en 1747, relacionándose en todas partes con los sabios más afamados y se trasladó a Londres en Agosto de 1748. Allí fue nombrado Individuo de la Sociedad Real, pero poco tiempo después le acometieron una fiebre ardiente y una afección al pecho tan violentas, que sucumbió con ellas, el 17 de Noviembre del mismo año, en la flor de su vida. Lamentaron su pérdida los Miembros de ese Ilustre Cuerpo, los Miem-

bros de la Academia de Ciencias en París y todos cuantos le habían conocido”.

“El monumento más duradero, dice, que Maldonado mismo se ha erigido y que vale más que una estatua, es su Mapa grande del Reino de Quito que ha servido de fundamento a todos los trabajos posteriores y sobre el cual Humboldt formó un alto concepto, elogiándolo como uno de los mejores, que en su tiempo existieron de países no europeos”.

El Mapá de Maldonado es sin lugar a duda, su mejor trabajo y es una obra con la que el Ecuador se ha beneficiado enormemente, y lo que es más, pudo haberse beneficiado más todavía; en efecto, hasta 1858 o sea 110 años después de su publicación en que es editada la Carta del Dr. Manuel Villavicencio, el Ecuador no tuvo ninguna Carta y lo que es peor la de Villavicencio y otras que aparecieron posteriormente fueron, por desgracia incompletas o inservibles, razón por la que un Siglo y medio más tarde, en 1891 se vuelve a la Carta de Maldonado, que hasta entonces fue la de mayor importancia científica y sólo en 1892 se publicó la talvez mejor Carta del país hasta nuestros días, la del Dr. Teodoro Wolf. Los materiales usados por el Dr. Wolf para el trazado de su Carta son: **En primer lugar** la Carta de Maldonado, los trabajos de la Primera Misión Geodésica Francesa, principalmente para la Región Interandina y los del Almirantazgo Inglés para la Costa, y luego otros tantos trabajos de menor importancia como los de Humboldt, de Wertheman sobre las Regiones del Amazonas Superior, de Rogers y Milet, de Reiss y Stubel, del Padre Velasco, del Ing. Gualberto Pérez sobre planos de caminos y trochas, etc.

Tal fue la importancia científica de la Carta de Maldonado, que pudo imponerse como la mejor durante un siglo y medio. Puede decirse que la historia de la vida científica ecuatoriana comienza con Maldonado a mediados del Siglo XVIII y los frutos por él alcanzados perduran desafiando a los siglos, sin que nadie lograra superarla en el Ecuador; al contrario la obra científica de Maldonado y en especial su Carta constituye la más pre-

ciada huella científica que los Siglos XVIII y XIX nos han legado.

Es muy triste el tener que reconocer que, por desgracia la obra de Dn. Pedro Vicente Maldonado no ha tenido sus continuadores. Parece que nos hubimos de contagiar de ese como descuido con que hasta bien avanzado el Siglo XVIII se miró en España las Ciencias Naturales y Exactas y hubimos de caer por fuerza del coloniaje en un indiscutible atraso material.

En efecto, en 1826 los Legisladores de la Gran Colombia dictaron una ley estableciendo Universidades Centrales en los Departamentos de Cundinamarca, Venezuela y Ecuador con la intención de que abarcaran con la mayor extensión las Ciencias y las Artes. No se obtuvo los resultados sostenidos a tal punto que Simón Bolívar, dos años más tarde, creía hallar el origen de los males sociales de aquella época en las ciencias políticas que se habían enseñado a los estudiantes que no tenían, decía, el juicio bastante para hacer a los principios las modificaciones que exigen en las circunstancias peculiares de cada nación.

En 1832 se intentaba dar los pasos necesarios para la formación de una Facultad de Ciencias, sin conseguirlo y sólo en 1870 comenzaban a llegar los Profesores de la primera Escuela Politécnica, escuela que fue la obra precursora en América Meridional y que estaba llamada a orientar la vida científica y el adelanto material del país. Por desgracia tres años más tarde la escuela comenzaba a perder sus profesores y lo que es peor aún, seis años después de su fundación, desaparecía la Escuela Politécnica.

Lamentablemente, el tiempo de vida de la Escuela no fue lo suficiente para rendir los frutos apetecidos. A pesar de los enormes esfuerzos hechos para sostenerla deteniendo a los sabios profesores, todo resultó inútil, y únicamente siguió funcionando con Menten y Sodiro y con algunos de sus alumnos, sin graduarse, hasta 1889 en que Veintemilla dictaba Leyes "pulverizando la Universidad".

En 1890 la Facultad de Ciencias no daba señales de vida, a tal punto que el Colector de la Universidad pedía a la Junta de sirva indicar si existe o nó la Facultad de Ciencias.

Como se puede apreciar un siglo y medio después de la muerte de Maldonado, a pesar de la oportunidad con que tuvimos la suerte de dar cabida a las inquietudes científicas de allende el mar, y a pesar del acierto y oportunidad también con que se fundaba en el Ecuador la Primera Escuela Politécnica, acontecimiento que constituía un ejemplo en América Meridional, ya que ni la tierra de Sarmiento, auténtico educador y civilizador, contaba por esos años con una Facultad de Ciencias igual a la nuestra.

A pesar, digo, de haber comenzado tan brillantemente, con el mejor ejemplo de acción, puesto al servicio de su Patria por Pedro Vicente Maldonado, con la perseverancia de Espejo, con la ambición cultural de Rocafuerte, la altivez de Juan Montalvo, con la Politécnica de García Moreno que era una preciosa semilla, pero semilla perdida en los campos yermos, semilla perdida en la aridez de los campos invadidos por la plaga de políticos. A pesar de tan favorables condiciones, hasta fines del Siglo XIX, solamente quedaban los recuerdos de una vida tumultuosa, de una vida llena de ambiciones, de incomprensión, de guerras, de crisis y de crimen.

Quién sabe que de continuar la obra patriótica y fecunda de Pedro Vicente Maldonado, quien sabe si logrando orientar la formación de las juventudes ecuatorianas en el campo de las ciencias, en general, quien sabe que de continuar la Escuela Politécnica del Siglo XIX habríamos logrado interponernos a los grandes y numerosos errores técnicos de que hemos sido víctimas, con mengua de nuestro lógico y natural progreso material, quizás habríamos logrado alejar de nosotros muchas condiciones que, hasta hoy, obstaculizan la labor progresista que el país reclama desde hace siglos.

Pedro Vicente Maldonado desde hace más de 200 años, con su grande visión de sabio y de patriota, nos ha dejado la luz de su genial concepción, de su plan de política constructiva ecuatoriana.

Pedro Vicente Maldonado nos ha dejado la ruta explorada,

la trocha exenta de maleza, la dificultad dominada, en estado de recibir la acción fecundante y de cosechar los beneficios.

Pedro Vicente Maldonado no solamente es el hombre de las concepciones, es también símbolo del sacrificio y de la acción. Inicia con sus propias manos su camino a Esmeraldas y nos deja con la Carta de Quito el máspreciado instrumento del que han podido valerse nuestros mayores para emprender en una positiva labor constructiva que haga la felicidad de la patria.

La obra de Pedro Vicente Maldonado es simplemente genial, pero fue, por qué no decirlo, un tanto incomprendida y desaprovechada. Bástenos hacer notar que su Carta cayó en el olvido por muchísimos años, hasta que el Dr. Teodoro Wolf la adoptó para inspirarse y aprovecharla para la publicación de su Carta de la República del Ecuador, que es uno de los mejores recuerdos de los sabios profesores de la Escuela Politécnica del Siglo XIX.

Cómo no habíamos de olvidar la Carta de Maldonado, si hoy mismo, a pesar de los asombrosos adelantos y grandes facilidades que proporciona la Ciencia Moderna, no hemos conseguido la elaboración de la Carta del país, instrumento indispensable para proyectar en términos de realidad nuestro adelanto material, de otra manera no nos es dable hablar de Agricultura Planificada, de Estadística, de Economía Dirigida, Fomento de la Producción, Potencial Industrial, etc., sin el grave peligro de caer en el campo de las declamaciones y la palabrería hueca. Casi no hay país del mundo que no haya acometido con la intensidad que la técnica moderna lo permite la conformación de sus Cartas Catastrales, Cartas Agrícolas, Cartas Geológicas, etc., todas ellas basadas naturalmente en la Carta Nacional.

La confección de la Carta Nacional es en la época actual la más imperiosa necesidad como auxiliar para planear el normal desenvolvimiento de las actividades vitales que determinan el progreso colectivo; sin embargo, necesario es reconocer que ningún esfuerzo importante hemos realizado para ponernos a tono con los adelantos de la época actual, que obligan a las colectivida-

des a superarse so pena de caer en una inferioridad que no les permitirá tomar parte en una normal y técnica competencia con los países que no han caído en error.

En la práctica, la oportunidad con que se adopten los métodos que permitan el mejoramiento del bienestar colectivo, es lo que mayormente debe importar y, por lo mismo, es muy digno de consideración el contraste que, relativamente a la época, constituye la falta de una verdadera Carta Nacional, en el momento actual y el hecho de que Maldonado hace dos siglos antes que muchos otros países del mundo, ya nos ofreció su magnífica Carta que no supimos aprovechar.

Es realmente triste pensar que no hemos sabido seguir las huellas de Maldonado: El ya logró la salida al Mar con los medios de la época a su alcance y nosotros durante el medio siglo actual, hemos venido exhibiendo, con cambio de carátula, los mismos planos de política constructiva, a saber, la salida al Mar, el Ferrocarril, la Educación Pública, etc. y quién sabe si cuando terminemos nuestra secular obra del Ferrocarril a Esmeraldas, por ejemplo, ya no sea el Ferrocarril el medio de transporte más apropiado ni para carga pesada, menos aún para pasajeros, como sucede en la actualidad.

Cuanto acabo de exponer es una prueba más de lo inmensa, oportuna y efectiva que fue la labor de Maldonado, y es una prueba también de la razón que Caldas tuvo para decir que "jamás lloraremos dignamente la pérdida de este grande hombre que proyectaba nuestra felicidad".

La Casa de la Cultura Ecuatoriana que desde más de un año tuvo ya un grande interés por la celebración del bicentenario, cumple hoy con el patriótico deber de recomendar a la posteridad en homenaje de admiración, al sabio ecuatoriano, el ejemplo de sus virtudes y desea inmortalizar su recuerdo, creando en su propia casa la Napoteca de la Institución que llevará el nombre de PEDRO VICENTE MALDONADO.

# MALDONADO, SINTESIS DE LA VOLUNTAD CREADORA

Por ANTONIO SANTIANA

## INTRODUCCION

Lo que nos mueve al empezar estas líneas no es sólo el justo y exaltado anhelo de rendir culto al Héroe; ni el deseo simple de hacer un recuento de los hechos que constituyen su aporte a la Ciencia y al Ecuador, su gloria y su sacrificio. Muévenos el personaje mismo; la curiosidad que suscita un hombre en pleno contraste con su ambiente. Aunque bien definido, al menos en apariencia, guarda secretos que no han sido aún revelados. Porque Maldonado, bajo su aparente sencillez, encierra un problema psicológico que debemos dilucidar a las luces de hoy; y porque en la vida de Maldonado, si hay epopeya hay también tragedia. Personaje singular en el cual se unen con un equilibrio goetheano el anhelo de conocimiento y el instinto creador, el poder material de la cuna y la fuerza moral del renunciamiento; la capacidad teoricadora y la riqueza de la acción.

Los ideales que alentaron la vida de Maldonado hace dos si-

glos tienen, con la fuerza de su ejemplo, para los ecuatorianos de hoy, una conmovedora actualidad —entrega de la dicha personal en aras del bien común, conocimiento del país y desarrollo de la cultura, explotación de las riquezas naturales y advenimiento de una patria bien definida y poderosa— y, por ello, hoy su nombre es más que nunca, una promesa y una consigna.

Nacido para el ideal y poseyendo su alma altas dosis de energía entregó, con extraordinaria espontaneidad, su fortuna y su esfuerzo y, luego, su salud y su vida.

Así, excepcionalmente diáfana y aureolada por el sacrificio, afirmándose en el pasado se proyecta vigorosamente esta figura hacia el porvenir.

Cruza los siglos con firmeza rectilínea y se vuelve más actual y luminosa mientras más honda es la tragedia de la ecuatorianidad.

## DOS RETRATOS

“La exageración exterior no es propia de la grandeza; el que recurre a ella es falso ¡Desconfiemos de todos los hombres pintorescos!”

NIETZSHE.

## LA IMAGEN TEATRAL DEL HEROE

Un europeo de figura apuesta, el pecho levantado y la actitud erguida, descansa su solemne “pose” ante el pincel. La elegante pulcritud del vestido, cuya casaca desciende hasta la rodilla, le da un aire de prematura seriedad e imponencia. En sus zapatos de hule lucen brillantes hebillas y el conjunto nos revela un jovencito de salón, casi un imberbe que se ofrece, complacido y



vanidoso, al arte del maestro. Sobre los firmes hombros descansa la cabeza hermosa, por cuya amplia frente surcan pensamientos elevados y generosos. Los grandes y hermosos ojos miran con una firmeza que exterioriza un pleno conocimiento de las propias aptitudes. En este gracioso rostro, cuya arquitectónica feminoide tiene rasgos aún visibles, la barba lampiña y los hermosos bucles empolvados nos muestran un hombre distinguido y delicado, de actitud algo teatral y no exento de las pequeñas debilidades humanas, del orgullo y de la codicia de un burgués. Erguido y señorial, con una prematura convicción de su poder, su fina mano derecha sostiene el compás y la otra muestra un detalle de una carta geográfica que descansa sobre un pedestal. Es la solemnidad de un profesor universitario a la antigua, en momentos en que deslumbra con su "sabiduría" a sus discípulos. Haciendo de él un ciudadano de salón y adornándole con esa pose y con vestimentas teatrales, falseó mediocrementemente el artista la figura de un hombre cuyo espíritu y cuya espantosa naturalidad llegó a lo trágico. Mas, si hay algo de pintoresco en el verdadero retrato de Maldonado, ello reside en la forma y en el lugar que eligió para la acción.

## RETRATO DEL HOMBRE

Con el día empieza la actividad en el campamento. Apenas los primeros haces luminosos, perforando los delgados tabiques de madera se difunden vagamente en el interior de la habitación, un hombre salta nerviosamente de su lecho, se viste y sale. Decidido y rápido, se dirige a las cabañas vecinas y golpea suavemente sus puertas. Ya el sol pinta de dorada alegría el follaje de la selva cuando los trabajadores, portando sobre sus hombros las herramientas, se encaminan a la obra. Esta consiste en un ancho y ne-

gro surco que a lo largo de la selva culebrea oteando el mar. Confundíéndose en el grupo avanza Maldonado con presteza. Observa a sus hombres para cerciorarse de que todos están bien; les anima dándoles palmadas en la espalda y hace enseguida unas cuantas bromas.

Cuando llegan al lugar de trabajo Maldonado distribuye las tareas, da detalles y consejos, alienta a sus hombres y los incita a la acción con el ejemplo. Organiza la diaria labor, vuelve a la cocina del campamento donde registra las reservas de alimentos y ordena el programa de comidas. Luego va a su habitación, se dirige hacia la tosca mesa de trabajo sobre la que reposan libros, planos, esquemas de mapas y lápices, se detiene y los examina con atención. Entonces la sonrisa desaparece del rostro y un alud de ideas cae sobre su cabeza, que se inclina pesadamente hacia adelante. A la alegre movilidad ha sucedido una actitud seria y melancólica, casi inmóvil. Después de un rato toma los papeles y maquinalmente, como un sonámbulo, se dirige hacia la puerta. En la ruta en construcción anda y desanda, escudriña el horizonte y cavila. Sentado en el borde del camino, torna una vez más a sus papeles. Despliega planos, recorre nerviosamente con los dedos sus detalles, anota, borra y vuelve a anotar. Más tarde se levanta y explora con renovada atención. Midiendo mentalmente distancias y alturas se queda ensimismado. Abre un libro, lo lee y lo deja. Anda, se detiene otra vez, desanda lo caminado y con rápida resolución toma una cinta métrica y busca a su ayudante. Se encamina hacia una altura. Una expresión de angustia se dibuja en el semblante. Movido por la fiebre de la duda y anheloso de saber, trepa ágilmente, cuidando menos su propia integridad que la del ayudante. Toda planta, toda flor, cualquier guijarro cuya apariencia nueva suscitan su curiosidad, los toma, los examina y los guarda. Y después de varias horas de continuo meditar y agitarse vuelve al campamento, alegre a veces y sombrío otras. Aquí le espera su breve y sencilla comida, en la que no hay ni una copa de vino ni un vaso de cerveza, ni café ni cigarrillos: nada que re-

fresque, estimule o entretenga. Apenas la ha terminado cuando se dirige a la obra, donde su presencia, gratamente saludada, presta nuevo estímulo a los trabajadores. Fraternalmente y suaves palabras de aliento distribuye a todos. Y después de informarse de los progresos hechos y de resolver los problemas que se han suscitado, se convierte de arquitecto en albañil de su propia obra. Toma la herramienta, desbroza la tierra y la rotura luego. Así, inclinado hacia la tierra, trabaja duramente varias horas. Y cuando la desfalleciente luz del crepúsculo anuncia la proximidad inmediata de la noche, o cuando la fuerte llovizna, tan frecuente en estos lugares, hace imposible el trabajo, Maldonado levanta la cabeza, cuyos cabellos castaños, revueltos y en desorden, cubren la sudorosa frente, ennegrecida por el barro. En la indecisa luz fulgura su mirada; la abundante y crecida barba ensombrece el enflaquecido y pálido rostro. Bajo una camisa húmeda el blanco pecho se agita rítmicamente. Las férreas manos, sarmentosas y encalladas, sostienen la pala apoyándose sobre ella, y de unos pantalones ajustados y oscuros se liberan los angostos pies con una blancura que dibuja su silueta marmórea en el limo. Con el cuerpo agobiado por la fatiga se encamina al campamento, donde a la luz vacilante de una vela se sirve la cena en su mesa de trabajo. Esta queda junto al duro lecho de tablas, que está acomodado en un rincón. Una tosca caja de madera forrada de cuero guarda sus camisas y traje de reserva. Sobre un estante afirmado a la pared hay una docena de frascos y unas cuantas cajas, donde se guardan brebajes, mixturas y pomadas, contra las fiebres palúdicas, las heridas y la disentería, tan frecuentes en estos lugares. Aquí, en esta cabaña de moderno eremita americano, vive siete años de una soledad abrumadora, y es aquí donde este santo laico elabora su credo, un credo que se edifica sobre números y con figuras geométricas. Y así quiso la suerte que el que naciera uncido a la fortuna comiese el pan moreno del pobre, se apoyase en el cayado del peregrino y viviese en la cabaña del asceta.

Con frecuencia reina durante las comidas un silencio especta-

cular. Otras veces sostiene una insignificante conversación de cortesía con algún curioso, se resuelve un problema o se toma una decisión. Alguna vez añora el hogar, de donde su ideal le aleja constantemente. Y se duerme, al fin, después de elaborar el plan de trabajo para el siguiente día.

Alguna vez interrumpe esta desolada vida un mensajero, la visita de un amigo o el paso de un investigador. De vez en cuando una carta, pero nunca el agradable descanso o la alegría de una fiesta; nunca el cuerpo cálido de una mujer junto al suyo en esa serie interminable de noches en la selva. El no quiere ni pide más. Busca instintivamente su destino, porque es el único que le conduce a la vida perdurable que ansía. Si un día acepta el nombramiento de Alcalde de su ciudad natal, es sólo como deber y como pase transitorio y conducente a la verdadera finalidad de su vida, que está lejana siempre. Nacido de noble alcurnia y dueño del poder del dinero, este hombre, excepcionalmente humilde y generoso, toma al salir de la adolescencia un contacto con la pobreza y con la gente humilde que ya no se interrumpirá jamás.

Fría tierra extranjera se abre un día para recibir los despojos del que vivió para estudiar la contextura del trópico en su país de nacimiento. Y su hado sonríe irónicamente cuando, bajo el sombrío cielo de Londres, conducido por caritativas manos extranjeras, se hunden para siempre en las tinieblas los restos del que sólo vivió para amar la claridad deslumbradora en su tierra de origen.

#### LA PASION DEL CONOCIMIENTO

“Vivir peligrosamente, es cosechar el goce más grande de la existencia”.

NIETZSCHE.

La vida de Maldonado fué un continuo agitarse, una reiterada búsqueda, un permanente viajar. Viajar, como él lo hizo, era en

aquellos tiempos hacerle el juego a la muerte. Pero esto no contaba en los cálculos del investigador. Movido desde la infancia por su demoníaca inclinación hacia la naturaleza, fantástica y siempre renovada y cambiante a sus ojos, al salir de ella, a los 21 años de edad, se lanza por primera vez a la aventura. Cautivo por la leyenda del País de la Canela, y con el fin aparente de defender las Misiones de los Jesuítas, que en aquel entonces sufrían las violentas embestidas de los primitivos, Maldonado penetró en el así llamado "País de la Canela", que desde hacía dos siglos era una tierra de leyenda y promisión. Aquí, con un ardor que se multiplica en su corazón aventurero, explora la ignorada selva.

Surcándolo bajo un techo enmarañado y florido en un tronco de árbol, sigue selva adentro el apacible remanso del río Bobonaza. El espectáculo de la selva en el trópico, con su exuberancia de vida, misterio y sorpresa, lo conmueve y atrae como un imán. Un refugio para la inefable vida del espíritu busca ese espíritu ya herido por la vulgaridad del ambiente. Y en esa inmensidad desconocida lo encuentra. El zigzagueante río, en el que a medio día se zambulle, calma sus nervios, que ya entonces se encontraban en tensión. Nacido para la aventura, halla en el peligroso misterio de la selva amazónica un elemento de cautivadora atracción. Dejarse llevar río abajo sobre aquel tronco ahuecado; buscar y descubrir las formas siempre cambiantes de una flor o de alguna hierba tan gigantesca como original; registrar las oscilaciones del terreno, de la humedad y de la temperatura; recoger en sus mismas fuentes el conocimiento de los usos y hábitos de los hijos de la naturaleza, son actividades en las cuales Maldonado descubre un objeto digno de su existencia y una grata y renovada fuente de satisfacciones íntimas. Desde entonces la selva, con su incesante peligro y misterio, ejerce en él una atracción mágica, aumentada por el espectáculo de ríos que se abren anchurosamente y por el anhelo de llegar un día al "Mar de las Amazonas", que se propone descubrir para sí mismo.

Explorada la selva amazónica, registrado en su naciente Car-

ta el curso los ríos Bobonaza y Pastaza, se vuelve hacia el occidente, a donde ya no le llevará un sentimiento religioso elemental sino su afán indomable de saber, unido a su instinto, aún difuso en aquella época, de crear. Elige como centro de sus actividades la Provincia de Esmeraldas, por ser la más cercana al Istmo de Panamá y la más hermosa y exuberante en la región costanera. Invadido ahora por un nuevo espíritu, en el que el idealismo experimental proclama sus derechos, se propone y realiza la idea magna de tender el puente —que constituye el ideal irrealizado de las generaciones que se suceden en los dos siglos siguientes— entre el mar y la montaña. El empero, vitalizado por un ideal que renueva constantemente sus fuerzas, lo realiza en siete años de labor permanente y agotadora. Hace después la entrega, a su pueblo, que se hallaba en trance de germinación, de la obra concluida o sea del camino con sus campamentos, puertos, poblaciones fundadas por él, instalaciones y, en una palabra, de todo lo que necesita una vida de intercambio comercial y colonización. Durante esos largos años, a la sombra de la enfermedad y de las privaciones hizo él, a la vez, la entrega de su vitalidad orgánica y, con ésta, de una parte anticipada de su existencia, de la de sus servidores, de las alegrías del hogar y del poder de su fortuna.

Pero si la ejecución de esta obra le reserva a Maldonado penalidades sin cuento y sacrificios cuantiosos, contiene en sí, también, aquellos elementos que dilatan el corazón de un creador. Maldonado sufre, pero también goza a cada nuevo metro con que la carretera se adentra hacia el mar, y su satisfacción llega a lo infinito cuando contempla, en la última etapa, la magnitud de lo realizado. Llega al fin a la confluencia de los ríos Caoni y Blanco, después de un tendido de 24 leguas. Entonces su emoción hace vibrar todas las fibras de sus nervios, y sólo en este momento siente que también es grato vivir. Porque cada día de su vida en la selva le ha traído con la angustia de crear, el placer de crear. Ascendiendo a la nevada cordillera, desde donde el encanto de un horizonte ilimitado que se cubre de azul y verdura le invita a ex-

plorar, Maldonado observa las inmensas resquebrajaduras del terreno, se asoma al abismo, sube a las solemnes y silenciosas cimas, donde rinde culto al Sol y a la naturaleza. Se baña, como un Sigfrido americano, en las caídas de agua helada y luego cruza la selva sobre el caballo de su valor. A su mirada escrutadora todo se asoma, y todo nuevo detalle es consignado en seguida, y ninguna variedad viviente nueva deja de ser archivada en su cerebro.

## LA CARTA DE LA PROVINCIA DE QUITO Y DE SUS ADYACENTES

Contiene el fruto del conocimiento más completo de un país que haya sido dable alcanzar en aquellos tiempos, constituye la mejor prueba, todavía viva, de su intensa obra creadora. Véase en ella, sobre el ángulo superior izquierdo, una ingenua representación de la época que simboliza la escena del descubrimiento, por Maldonado, de la confluencia de los ríos Cañi y Blanco y el acto de la fundación del Puerto de Quito. La imagen flotante del tiempo, que se cierne bajo el signo del nobiliario escudo del héroe, lleva en la diestra la bandera que proclama su gloria y en la otra mano la guadaña amenazadora, suspendida sobre la cabeza del Conquistador en el momento mismo del triunfo. Ya Puerto de Quito levanta sus casas a orillas del camino acuático, al que llega Maldonado con su comitiva. Mientras uno de sus compañeros observa la posición de la brújula, Maldonado, con la vara del poder y vestido al estilo francés de la época, avisora un nuevo y lejano ideal. Los nativos orientan sus embarcaciones hacia el Emisario del Rey, al que rinden humilde homenaje.

El examen atento o imparcial de la Carta de Maldonado revela un aporte que en su género no ha sido superado hasta el día de hoy en el Ecuador. Es fruto de una prolijidad y de una paciencia que en parte explican si se tiene en cuenta la forma y manera del vivir en aquellos tiempos, claramente contrapuestos a la turbación

y apresuramiento de estos días. Revela la Carta un conocimiento extraordinario del país por la vasta amplitud de los detalles, y si hay errores —inevitables dados los conocimientos de la época y para ser la obra de un solo hombre— éstos desaparecen ante la grandiosa magnitud del conjunto. Matizadas por un sombreado discreto desfilan cordilleras y ramales montañosos, en los que ya se aprecia su grado de elevación. Los ríos y riachuelos, paulatinamente engrosados mediante nuevos y sucesivos aportes, serpentean desde sus orígenes en las altas montañas hasta su desembocadura en el Mar, o se dirigen hacia el Amazonas. La Meseta Andina, con sus múltiples y estrechos valles, está bien representada por un callejón blanquecino que cruza el país de norte a sur. Las extensas selvas de oriente y occidente, con sus grandes ríos y con toda su riqueza florestal están magníficamente representadas, y el vacilante perfil de la Costa se desliza a lo largo del país de sur a norte. Las ciudades pequeñas y grandes, las aldeas y caseríos aparecen en la Carta con una exactitud y prolijidad extraordinarias. Por ella nos informamos de que una multitud de pueblecitos, que hoy día languidecen entre la vida y la muerte, ya estaban vivos hace dos siglos. Así, la Carta de Maldonado se convierte en un documento utilísimo para los eruditos desde variados puntos de vista, y si ella constituye un aporte fundamental a la ciencia del conocimiento de nuestro país físico es también, a la vez, una excelsa obra de arte. Son, por tanto, la Carta y el Camino, a la luz de la verdad y la historia, las formidables columnas de la obra de este hombre, siempre orientada hacia lo eterno. Si la Carta, que como fruto de esfuerzo individual perseverante y concentrado no ha sido hasta ahora superada, el Camino, que después de esos siete años de denodado luchar llegó a su término justo, sólo después de dos siglos está siendo reconstruido, no tanto en la materia sino en el espíritu, como idea y realización de la idea original de Maldonado. Semejante Carta, que como obra de la sabiduría y del buen gusto contiene todo el fruto de la prolijidad y el detalle de que eran capaces los hombres en aquellos tiempos, su-



pone, también, como he dicho, un conocimiento tan minucioso y preciso del país del que sólo Maldonado fué capaz en el decurso de cuatro siglos. Porque una buena carta geográfica se podría actualmente levantar sobre el bufete, para lo cual bastaría el aporte de todas las cartas realizadas hasta ahora, desde la de Maldonado, que es en parte la primera, hasta la última. Porque Maldonado no tuvo predecesor, fué albañil y arquitecto de su obra, sea ésta una carta geográfica o un camino; y así tuvo que ser, simultáneamente, obrero manual e intelectual de su propio aporte. Obligado a buscar los datos en sus primeras fuentes de información, tomó con la naturaleza un contacto en el que no ha sido superado por ningún ecuatoriano hasta el día de hoy. Y si de la región oriental ya existía algún documento cartográfico en los tiempos de Maldonado, de la región interandina y occidental fué él el primero en elaborarlo. Así, sin investigador que le precediera, nos dice en su obra lo que él mismo vió, y por ello es y será siempre el primero al que habrá que recurrir para la consulta en asuntos de esta índole. Su vocación por la naturaleza, que a través de su vida tomó las formas de la pasión creadora, encontró en la universalidad la última de sus exteriorizaciones. Estimulado por la aventura audaz de su amigo, La Condamine, toma ahora con él el camino hacia el Amazonas. Pero los amigos, profesionales de la curiosidad, deciden hacer el viaje siguiendo vías y métodos diferentes a los que se suelen emplear en el día de hoy. Ellos reconocen que lo que importa ante todo es explorar la región en la mayor amplitud que les fuera dable. Para lo cual Maldonado parte del Ecuador Central y siguiendo aguas abajo el curso del río Pastaza llega al Marañón. La Condamine, que está interesado en el reconocimiento de la parte sur-oriental del país, sale de Cuenca y llega también al Marañón. Para Maldonado la tarea es relativamente fácil, porque se trata de un territorio ya explorado por él. Recordemos, en efecto, que acababa de dejar la infancia cuando penetró en el "País de la Canela" con finalidades aparentes de colaboración altruista, pero movido realmente por el dominio de su vocación científica

y espíritu de aventura, que ya entonces se agitaban en él. Así Maldonado, en la postrera etapa de su existencia, prematuramente interrumpida, se adentró en la selva y danzó, una vez más, sobre el abismo. Esta danza sobre el abismo era el reconocimiento, realizado en parte por él por primera vez, de una región en cuyas profundidades convergen simultáneamente y se confunden el peligro mortal con lo maravilloso, y donde se suceden, en permanente cambio, el placer inefable del descubrimiento con la angustia de la búsqueda. Hombres cuya mayor atracción consiste en su estado de naturaleza; ríos que mansamente se arrastran cruzando la selva inexplorada; gigantescas flores cuyas corolas flotan como cestas sobre las dormidas aguas; perfume y misterio, silencio y variedad infinita y peligro incesantemente renovado, estas fueron las circunstancias de la vida de Maldonado durante su aventura última.

Así, sin otro compañero que su genio, Maldonado descendiendo por el Pastaza, llega al Marañón, penetra al Huallaga y se dirige a "La Laguna", insignificante caserío donde hace un alto para esperar a su compañero, La Condamine. Siguen luego los amigos río abajo hasta el Atlántico, sobre cuyas márgenes mira Maldonado por última vez la selva amazónica, a cuyo conocimiento dedicó una de las grandes finalidades de su existencia. Porque al llegar su viaje a término, cuando el observador abandona la selva, la vida le abandona a él y emprende entonces un nuevo peregrinaje, el camino hacia lo eterno.

## EL CREADOR

“Amo a los que no saben vivir sino para desaparecer, porque son los que llegan al otro lado”.

NIETZSCHE.

El misterio de la creación es, entre los misterios del mundo, uno de los más insondables. Es en el hombre —que de su poder nunca estuvo desposeído— esa inquietud innata y esencial que, como afirma S. Zweig, “le separa de sí mismo y le arrastra hacia lo elemental”. Es un sueño convertido en obra, una idea que toma magnitud geométrica, el alma de un hombre que penetra en la conciencia de la humanidad. Es, en fin, el demonio de la originalidad que empuja al hombre a buscar lo que es peligro, exceso y renunciación de sí.

Porque es fuego lo que alimenta la pasión creadora; incendio que en los originales, aunque se consume, no se extingue nunca. El hombre corriente, que vive alucinado por las virtudes burguesas del orden, la prudencia y la limitación, agota pronto la demoníaca pasión que agita al original, o surge en él esta pasión sólo esporádicamente, a instancias de los hechos y sin que quiera ni pueda controlarla. La permanente inquietud de los espíritus creadores se funda en su eterna inconformidad con su obra, lo que a la vez genera la angustia que los atormenta. Inconformes con su propia obra, intranquilizándose continuamente ante el azar que encierra el porvenir, llevan en su ser una fuerza demoníaca que los impulsa a volar y ante la cual reaccionan de dos modos muy distintos: en unos el poder de la creación adquiere una energía tan avasalladora que la voluntad del creador no cuenta. Encadenados a esta pasión que se convierte en hipertensión, en exaltación, viven y se mueven como sonámbulos, como posesos de una voluntad que

está fuera de ellos; así crearon Dostoiewski y Nietzsche sus magistrales libros y por este camino, también, se dejó arrastrar nuestro Montalvo. En los otros el creador, gracias a los resortes de una voluntad poderosa, que tiene tanto poder como su pasión, es su amo y no esclavo. En lo universal el ejemplo más perfecto de este contra tipo lo constituye Goethe, y entre nosotros Maldonado.

Mas, para resolver el problema de dilucidar qué fuerzas fueron las que impulsaron la voluntad de Maldonado hacia la acción, su alma hacia el conocimiento y su vida hacia el sacrificio, detengámonos todavía ante el misterio supremo de la creación. Porque Maldonado, que físicamente no se distinguía en nada de los demás hombres y que, como ellos, tenía hundidas en la tierra las raíces de su existencia bajo la forma de instintos elementales, era, sin embargo, un creador. Físicamente, Maldonado era como cualquier hombre: dormía en las mismas camas, comía junto a una mesa y vestía como los demás, muchas veces como un humilde peón. Se le veía en constante trato con los hombres sencillos del pueblo, a quienes pedía ayuda. Aunque su aspecto exterior era distinguido, toda diferencia con los demás hombres era tan sólo superficial. Siendo niño se sentó en los bancos de la escuela con sus compañeros de clase; siendo hombre se inclinó hacia la tierra como un humilde obrero. Nada había en su persona que permitiera distinguirlo de un modo radical y significativo de las demás personas con quienes hablaba y vivía; y, sin embargo, ese hombre dió cumplimiento a algo que estaba negado a todos los demás. Para ello realizó una obra que traspasando los límites de su existencia se proyecta, sin perder un ápice de su valor, hasta este año de 1948 en que, a los dos siglos de la desaparición física de su autor, vive todavía y se agita y nos congrega en torno a la memoria de su excelso realizador.

Porque no importa que los métodos de trabajo de Maldonado tuvieran esa regularidad, esa exactitud que puede inducir a algunos a considerarle el arquetipo del trabajador limitado, honesto y laborioso. Con frecuencia la genialidad se oculta bajo las apa-

riencias mediocres; puede ser genial la paciencia, y ¡cuántas veces la minuciosidad ha descubierto lo extraordinario! Porque en el proceso creador importa menos el método que los resultados, menos importa el sacrificio del autor que la obra acabada y viva. Es por ello que no basta, para conocer a un creador, haberle visto o haber hablado con él; es necesario examinar los frutos acabados de su ingenio y las últimas exteriorizaciones de su actividad. Así, no podemos conocer a Miguel de Santiago sin haber visto sus lienzos; a Montalvo sin haber leído sus libros, a Beethoven sin haber escuchado sus sinfonías y a Maldonado sin examinar su Carta de la Provincia de Quito. Porque Maldonado era en verdad un espíritu netamente europeo, cuya cultura se inspiraba en las viejas tradiciones que los vientos de la Historia había traído a América. Sensible, inquieto, frío calculador y soñador al mismo tiempo, supo enfrentarse, con ejemplar tenacidad, a un hecho que le impulsó la entrega total de su persona y sus bienes. Dotado simultáneamente de energía para emprender el vuelo y de paciencia para rastrear sobre la tierra, había logrado un raro equilibrio del alma que le permitía entregarse, con el mismo placer y entereza, a la especulación teórica y a la vida práctica y real. Su Carta, extraída de la plena y agresiva realidad, nos prueba, de principio a fin, su capacidad teorizadora y su don de observación. Si era un apasionado, como suele serlo todo creador, era también un práctico en el que se cumplía lo que Zweig ha llamado con acierto "la fórmula verdadera de la creación"; "inspiración más trabajo, exaltación más paciencia, delcote creador más tormento creador".

Ciertamente, es fácil imaginar cuanto trabajó, qué paciencia necesitaría hace dos siglos Maldonado para cumplir una tarea que aún hoy, en nuestros luminosos días, es irrealizable para un solo hombre. Si ahora, a pesar de la difusión de la cultura y del progreso de las Ciencias, es una vida dolorosa la que está reservada a un investigador, que nacido de nuestro país en él se propone cumplir su misión, imaginemos lo que sería en los tiempos de Maldonado en que había que empezar esperando que las más sencillas

soluciones llegasen de España. Imaginemos un país que lenta y dificultosamente emerge de su pasado nébuloso. Es pobre y no sabe aún lo que posee, pues se desconoce a sí mismo. Ignora también su alcance en el espacio, y tendrá que esperar dos siglos más para conocerlo amargamente. Sin estabilidad política dentro del sistema general de gobierno que le ha sido impuesto por la Conquista, su vida gubernamental depende unas veces de su vecino del norte y otras del del sur y así, sin brújula avanza como un ciego, palpándose, movido por la imperiosa necesidad de conocerse. Humilde por herencia y por convicción, nunca supo ni quiso sobresalir entre los grandes, nunca actuó de "solo" en el concierto americano de naciones. Estos factores depresivos, que pesaban sobre el país desde el momento mismo de su primera insurgencia hacia los "blancos", se veían agudizados por la idea singular de estos que hacían del trabajo una fuente de humillación y oprobio.

Así, el "blanco", del que era dable esperar el aporte fundamental al país en la áspera tarea de la superación, dejó por entero las tareas físicas y la producción a las grandes masas de indios y mestizos que, desposeídos, sin interés, sin ilusión ni armonía, agotaron estérilmente su esfuerzo. Una nación que instintivamente aspiraba a la individualidad, perdió entonces la fuerza de que estaba mas necesitada, la del espíritu, y en adelante debía vegetar miserablemente. Por que el privilegio y la molicie envenenan por igual el alma del señor y la del siervo, tales circunstancias, aplicadas a un organismo que empezaba a crecer, le condenaron a una existencia raquítica, a la parálisis en lo físico y a la servidumbre en la vida del espíritu. Y si, precisamente, en aquellos tiempos se produjo el milagro plástico, ello debióse a que en esos mestizos, creadores de belleza, vivía un nuevo germen, resultante de la conjunción de dos almas sencillas y predestinadas: la que llegó después y la que vivía aquí ambas aptas para la vida del arte y la contemplación.

El privilegio ilimitado, que llevó a unos al insólito error de despreciar las actividades físicas y en especial el trabajo del obrero, y la arbitraria imposición que engendró en los otros el odio simulado a la tarea y al patrón y la ausencia del sentimiento pa

triótico, llevaron al país a la mísera economía feudal que lo caracterizaba en los tiempos de Maldonado. Si hubo auge industrial y económico, este fué tan pasajero y tan incedental como el resplandor del relámpago en medio de la noche lóbrega. Caracterizados por semejantes rasgos, eran aquellos tiempos de verdadera prueba para el alma a la que un ideal atormenta, condenándola a consumirse en la soledad. Y fueron esos tristes días el escenario en el que Maldonado representó su intenso drama. Horas de tedio y desencanto, angustia frente a la pasividad y la indolencia que un hombre superior no podía soportar sino representando un drama heroico. Porque a la dureza de la vida material se unía en aquellos tiempos la orfandad de los espíritus. Era un tragedia como la de Nietzsche, que en vez de terminar, como en él, en la desesperación, condujo a este goetheano a una sabiduría serena, a una bondad comprensiva, a un equilibrio razonado y justo. Bien sabemos que en aquellos tiempos el espíritu estaba condenado a dormir y a soñar. Hacer, realizar a la manera de Maldonado, suponía un esfuerzo del que sólo este hombre fué capaz. Reinaba la sumisión y toda iniciativa equivalía a la insurgencia. Sólo una cultura embrionaria crecía muy lentamente en el seno de las clases altas, en tanto que el pueblo dormía a plena media noche. Las artes plásticas, cultivadas gloriosamente por las instituciones religiosas, en su exuberante plenitud se desbordaron hacia las clases trabajadoras. Las ciencias, en cambio, despertaban el tradicional recelo y casi quedaron en olvido. Mientras la Gramática, la Literatura, la Teología y la Escolástica, se cultivaban con admirable y renovado ímpetu, las ciencias de la materia, la Astronomía, la Física y la Medicina, languidecían entre la vida y la muerte, ya perdido el impulso original de los tiempos de Aristóteles. ¿De dónde, entonces, extrajo Maldonado su maravilloso saber? ¿De dónde provenía esa actividad de su cerebro que sólo satisfacía su sed en las fuentes puras de lo inédito? Su noble pasión de verdad, ¿dónde se generaba? Este es el enigma indescifrable de la creación, actividad de la cual Maldonado constituye el arquetipo ecuatoriano.

Porque Maldonado no tuvo antecesor ni maestro, y ya que su corazón intuyó la Patria y el esfuerzo obedeció al corazón, toda la gloria de Maldonado le pertenece a él mismo y, después, al pueblo que lo produjo. Tales hechos hacen suficiente luz a las palabras de La Condamine sobre Maldonado: "Su pasión por instruirse lo obra todo, y su facilidad de concebir, suplía la imposibilidad en que había estado de cultivar las ciencias en su infancia".

Desde la atalaya de nuestro mejor conocimiento actual y a la luz de la experiencia, podemos imaginar las dificultades que Maldonado hubo de vencer. He aquí un hombre impelido por una idea grande, que se ha propuesto como finalidad de su vida abrir un paso entre el mar y la montaña y explorar su país, desconocido en su mayor parte, montañoso y selvático, para describirlo con plena realidad y exactitud en una Carta Geográfica. Gracias a su demoníaca voluntad ha dominado a los elementos de la montaña y la selva, ha vencido la resistencia de la materia. Gracias a la fuerza sugestiva de su idea ha obtenido el apoyo del Monarca y del Gobierno local para sus planes, y ha encontrado la colaboración de sus servidores. Y ahora, derepente, cuando el triunfo definitivo está en sus manos y se apresta a la segunda parte, la colonización, el destino le hunde definitivamente en las tinieblas. ¡Nadie sabe cuantas oraciones y promesas ha elevado arrodillado ante Dios para que le permita terminar su obra! Y, sin embargo, nunca le fué dado sentar sus reales en esa tierra de promisión cuyo gobierno era su sueño, un sueño creador. A él se entregó con todas sus energías, que eran múltiples, y a su realización dedicó sus mejores dones. Aunque nada de patético había en su naturaleza, y le gustaba más bien retraerse, su porte distinguido, su caballerosidad en todas las circunstancias, su trato sencillo, ilustrado y amable, le hacían atractivo a todos, a los de su rango y a sus servidores. Sabía avanzar y retirarse; le era fácil callar y esperar. Aún ante la ofensa demostró una vez su poder incommovible. No hay duda de que entre todas sus virtudes sobresalía la paciencia, tan cercana de la genialidad, y una facultad de cuidado y previsión



incomovibles. A todo esto se unía una virtud no menos heroica aunque sí más sobria: la tenacidad. Bueno, jovial, accesible y dulce por temperamento, estaba siempre bien dispuesto hacia todos, y si con su voluntad espartana tuvo que ser inexorable, lo fué consigo mismo, con su propio sentimiento. No quiso como Nietzsche entrar en guerra con el mundo, sino como Goethe supo sabiamente establecer su vida sobre la conciliación y la indulgencia. Para mantenerse en equilibrio justo, supo rechazar, como la naturaleza, toda intransigencia unilateral. Hablo aquí de un equilibrio vital, a la sabia manera de Goethe, y no de su mezquino sentido político que entratándose de Maldonado está fuera del lugar. Generoso, conciliador, presto a las concesiones y a participar en la superficialidad, guardaba sin embargo en los más profundos fondos del alma un infinito, una verdad, por la cual se jugaba sublimemente el todo por el todo y cuya realización le importaba más que su vida misma. A pesar de la contradicción de cuna, él vivía "en el otro lado": su amor a la aventura y la entrega total de sí; su generosidad y la pasión por el descubrimiento; el sentido práctico y la capacidad para la elucubración; su talento moral, su desinterés y aptitud para el sacrificio, todo convergía hacia un punto, hacia su obra, a la que desde el primer día le puso el signo de la inmortalidad. Maldonado no vivió para el presente. No inundaron su alma los homenajes con que le sorprendió el reconocimiento de doctas instituciones. Si sintió la alegría de recibirlos, mereciéndolos, ésta debe haber sido tibia y fugaz, porque él no vivió para buscar el homenaje pasajero, que puede ser discernido también a los incapaces, sino que un instinto de perennidad guió todas sus acciones. Su alma intuía melancólicamente "un más allá" además del "más allá" divino; y él vivía con la mirada puesta en semejante cima. Era de aquellos hombres que traen al mundo una misión y que saben irse apenas la han cumplido; era de esos que guardan en secreto su credo inmortal, a cuyo servicio se agitan y están prestos a morir; era de los que viven ausentes de este mundo y era, por fin, de los que saben inscribir su paso y su nombre en los registros del tiempo.

DOS SIGLOS MAS TARDE.  
ACTUALIDAD DE UNA LECCION

“No es la vida eterna lo que importa, sino el eterno ardor”.

NIETZSCHE.

Se ha dicho alguna vez que Maldonado no fué grande porque casi no dejó escrito alguno; pero ¿qué atributos tiene la grandeza humana? ¿Es que no se puede ser grande sino por medio de la pluma? Realmente, Maldonado escribió poco, pero ¿se puede en ciencias escribir con más largueza siempre? Una gran verdad puede ser grabada con un punzón en una tablilla de cera, y hay más sabiduría en la Ley de la Gravitación Universal de Newton, que se escribe en cinco renglones, que en los cincuenta mil libros que cada año se imprimen en el mundo. Escribir, aunque es una cosa esencial, no constituye una finalidad. Y si Maldonado no escribió libros, y fué extraño a la elucubración escolástica, que era el lujo de las clases cultas en aquellos tiempos, en cambio empleó los métodos de libre examen y observación sobre el terreno que, en esa era una verdad extraída a MANU PROPIA de las fuentes vicia de Quito hay tanta verdad como en un volumen, y porque esa era una verdad extraída a MANU PRORIA de las fuentes mismas en que se producía, Maldonado merece ser tenido como un estilista del lenguaje plástico, un escritor que, como Masereel en nuestros días, sabía dar un ORBIS PICTUS, la imagen cósmica extraída y perpetuada por medio del dibujo y el grabado.

Las depresivas condiciones existentes en el Ecuador hace dos siglos, que elevaron hasta el heroísmo la existencia de Maldonado, prevalecen todavía hoy si bien ya muy atenuadas. Tuvo el héroe valor para afrontarlas y ponerlas bajo su voluntad; hecho que constituye un ejemplo de rareza excepcional y una fuente de constan-

te y sana inducción al trabajo. Puesto que se trata de un sabio, es la vida científica del Ecuador lo que nos interesa especialmente. Porque a la luz de este Nombre debemos buscar la solución más justa a los problemas científicos nacionales. Sea pues este homenaje —que al aplicarse a este sabio es tan necesario y tan justo— una señal para los ecuatorianos, un punto de partida severo e irrevocable. Porque la vida de Maldonado encierra una gran lección, que debe ser escuchada desde ahora. Fué Maldonado un ecuatoriano de corazón y nacimiento, que concibió la idea más original y atrevida que jamás tuviera ecuatoriano alguno. Ideal científico e ideal humano están tan profunda e íntimamente unidos a su obra, que toda separación sería arbitraria.

El estudio de la vida de Maldonado nos lleva a la convicción de que ella constituye la entrega más natural y sincera que jamás hizo de sí ecuatoriano alguno, porque ella, como hemos dicho, fué genio en lo moral, abnegación en el sacrificio y creación en el convencimiento. Así, la obra de este hombre permanece viva y sigue siendo enseñanza. Pero ¿qué nos enseña semejante obra? Vista en su armonioso conjunto ella es un laico sermón pronunciado para los ecuatorianos. Nos dice que sí, que sí somos capaces de realizar algo elevado y noble porque tenemos en potencia las virtudes que Maldonado poseyó en acción. En efecto, si fué un ecuatoriano el que dió al conocimiento de nuestro país un aporte tan fundamental, ello constituye una clara indicación en el sentido de que el conocimiento del Ecuador puede ser alcanzado por la obra de los ecuatorianos mismos. Porque debemos reconocer que hasta ahora lo más abundante y valioso en lo que constituye el conocimiento de nuestro país, ha sido obtenido por investigadores extranjeros. La bibliografía científica del Ecuador demuestra, en efecto, que la actividad de descubrimiento de nuestro país ha sido mucho más intensa de lo que muchos imaginan. Centenares de nombres extranjeros componen tales listas.

Generalmente esos libros están publicados en lenguas extrañas a la nuestra. Entonces el problema se plantea no propiamente

te en el sentido de incrementar el conocimiento científico de nuestro país, sino el de que tal conocimiento, tal actividad, sea obra realizada en primer lugar por los ecuatorianos. Porque no basta con que se estudie y conozca el país; es necesario que ese conocimiento sea amasado por nuestras propias manos. Bien está si los científicos europeos y norteamericanos estudian los jóvenes países de América; pero sería mejor si lo hacen con nosotros, si vienen acá como investigadores y como maestros.

Lo que debemos hacer hoy es lo que hizo Maldonado hace dos siglos venciendo dificultades mucho mayores que las nuestras: empezar el trabajo científico y abordar el estudio de nuestro país sin esperar que lleguen de otras partes la ayuda y los estímulos.

Sólo así lograremos incorporarnos dignamente al movimiento científico internacional. Recordemos que Maldonado empezó solo sus trabajos científicos y exploraciones que después, cuando llegó la Misión Científica Francesa, se aproximó a ella, especialmente a La Condamine, con ánimo de aprender y ayudar. Y más tarde, cuando llegó la ocasión, acudió a ellos generosamente. Así trazó Maldonado, con su magnífico ejemplo, quizá sin proponerse ni sospecharlo, un camino más universal y duradero que el de Esmeraldas: camino del espíritu, que deberá recorrer la ecuatorianidad a través de generaciones si desea y se propone adquirir valía y personalidad científica en el seno mundial de los pueblos. De acuerdo con la viva lección de Maldonado, lo que los ecuatorianos debemos hacer en el futuro se sintetiza así: empezar el trabajo de investigación sobre el terreno mismo, aspirando a la originalidad; y colaborar con sana y sincera dedicación en la obra de los sabios extranjeros que vienen a nuestra tierra.

En aquellos perezosos y oscuros días en que Maldonado vivió su agitado drama científico, la cultura local se caracterizaba por el notable desnivel existente entre el desarrollo de las materias teóricas, de la literatura y las artes plásticas, y el de las disciplinas científicas. Si es cierto que ahora, en armonía con el movimiento universal, el cultivo de la técnica —especialmente con fines

útilitarios— ha tomado gran desarrollo, no es menos cierto que la especulación científica ha sido subestimada. Por otra parte sigue manteniéndose ese desnivel, si bien ya muy atenuado. Sigue —aunque no en general— prestándose preferente atención y estímulo a las disciplinas teorizadoras, a las artes plásticas y a la literatura. Esto no está malo, en modo alguno; por el contrario, el arte deberá cada día ser estimulado en el seno de un pueblo cuya vocación artística está demostrada. Pero la ciencia también necesita estímulo. Nuestra convicción es la de que el país necesita el desarrollo armónico de todas sus facultades, y que toda unilateralidad es contraria al desarrollo natural y armónico del individuo y del pueblo.

Si ha habido y hay genio en el pueblo ecuatoriano para el cultivo del arte, también debe haberlo para el de las ciencias, como lo prueba Maldonado. Debe, por tanto, dársele a este pueblo la oportunidad de revelarse en forma integral, en vez de condenarle a una unilateralidad forzada. Crear en nuestro país una actividad científica permanente y bien organizada, es un problema que de un modo irrevocable tendremos que resolver algún día, sean cuales fueren los recursos materiales con que contemos para ello. Corresponde la realización de esta tarea en primer término al Estado y, secundariamente, a los individuos. Si Maldonado fué capaz de cambiar por la selva y durante una vida toda el lujoso y confortable salón que le ofrecía su rango ¿por qué no podremos los ecuatorianos, conmoviéndonos sinceramente ante el sacrificio del héroe, no diré igualarle, puesto que proponer a todos semejante cosa sería insensato, pero sí imitarle, entregando, como el mejor homenaje a su memoria, algo de nuestro propio bienestar, una hora de nuestra existencia?

Nos damos perfecta cuenta de que no es fácil romper esa tradición desequilibradora que conduce a la cultura unilateral. Por otra parte la investigación científica no puede ser realizada sino mediante ciertos aportes materiales y económicos; todas éstas son, ciertamente, dificultades, pero ¿dónde está nuestra energía crea-

dora? ¿Es que hemos de esperar a que esté todo a mano? ¿Es que los pueblos más adelantados no tuvieron que vencer obstáculos semejantes?

Ser culto es llevar la acción a todas partes, y tener un ideal de ciencia es aportar algo a ella amasado con la propia sangre: sólo así realizaremos una obra nacional, que es necesaria para desvirtuar el desfavorable concepto que sobre nosotros prevalece en el extranjero, para dejar sin valor las duras palabras del sabio colombiano, Caldas, que hablando de Maldonado decía: "perdonad la indiferencia de vuestra Patria, no está en estado de conoceros", para luego agregar áspicamente, refiriéndose al Ecuador: "Un país en que las ciencias son despreciadas..." No sé hasta qué punto estos conceptos, amargos para todo ecuatoriano, hayan estado alguna vez justificados; más, en todo caso, nuestro deber es desvirtuar definitivamente, no con vana palabrería sino por medio del trabajo científico serio y creador.

No podía Maldonado en su tiempo abordar este problema en escala nacional, porque no existía. Él fué una excepción. Fué una naturaleza heroica destinada a dominar por su sola existencia, durante decenios y siglos, la vida espiritual de su pueblo. En la vida verdadera, que es la real, en la esfera de acción de la política, las figuras superiores, los hombres de puras ideas, los doctrinarios e idealistas, rara vez determinan los acontecimientos de un modo inmediato. Su obra fué para el futuro, no para el presente, porque en la vida real los que determinan los acontecimientos, los realmente eficaces son hombres hábiles y prácticos, figuras de segundo término. Pero Maldonado uníase con singular equilibrio al práctico y el idealista, y su idealismo contenía, a la vez, una fuerza que le inducía a volar alejándose del mundo y un sentido práctico que le llevaba a mirar la realidad terrestre. Era el suyo, simultáneamente, un idealismo romántico y experimental. El, poseyendo todo el poder teorizador de que es capaz la mente humana, fué, también, un hombre de acción dispuesto siempre a comprobar con sus manos y sus ojos la verdad que intuía. Por ello,

como he sostenido en la parte inicial de este trabajo, el retrato de Maldonado en el salón no representa la esencia del personaje sino, cuando más, su linaje hereditario. La imagen del verdadero Maldonado tiene que ser hermosamente dura, donde las líneas de la bondad se tornen lentamente enérgicas, y en cuyo conjunto esté presente el sello indeleble de la originalidad. Lo vulgar no debió tener cabida en esta cara en ningún ángulo ni en ninguna sombra; ni la dulzura bonachona de los mansos, ni la fatuidad de los tontos.

Severo consigo mismo, tenía un corazón abierto a la vida y al dolor de los demás. Jamás se apartó de ellos por ser pobres, indios o analfabetos, porque en él la nobleza fué principalmente una nobleza del alma. Es así como en Maldonado los valores más altos no son, paradójicamente, los que emanan de su sabiduría, sino los inmanentes, los de sentido profundamente humano. Razonando con la madurez que da el examen atento de los hechos de esta vida excepcional, se puede afirmar que su contribución más perfecta fué el camino a Esmeraldas, obra donde se cristaliza su noble abnegación humana, ese autosacrificio absoluto y modelo, el humanitarismo, ese ideal que traspasa los límites de la palabra hablada o escrita para convertirse en acción por medio de la abnegación. Por ello este hombre profundamente humilde se convierte en modelo moral, y la intensidad de su influencia irá aumentando a medida que se aleje en el tiempo. Esa vida heroica estuvo caracterizada por la abnegación total, pero al mismo tiempo no dogmática de Maldonado, en holocausto a una idea.

# EL PENSAMIENTO HISTORICO DE GONZALEZ SUAREZ

## I

El estilo del Siglo XIX, al decir de Renan, fue la realización de la historia. Este sello que tuvo la cultura europea en la vida mental del ochocientos se proyectó con relieves de elevada altura en las actividades intelectuales de los pueblos hispano-americanos. Es en esta forma que nace en los distintos países de nuestra América, el cultivo de los estudios históricos modernos, donde se les imprime una filosofía propia y original.

La crisis del espíritu filosófico del Siglo XVIII, había creado en los pensadores de Occidente una apetencia de realidades y la necesidad de acercar al hombre y a los pueblos a la entraña de su propia conciencia. Es así como en plena ilustración, al amparo del espíritu de las luces, que el Siglo XIX, recibe la influencia del movimiento intelectual puesto al servicio de la historia, y que se apodera de las inteligencias, ejerciendo una verdadera dictadura del espíritu, cuando actúa en el paisaje de las energías humanas, extrayendo la raíz de la individualidad de los horizontes amplios de la generalización. Es el instante auroral del Siglo XIX, cuando se esbozan los gestos iniciales del positivismo, y tienen todavía vigencia las cuatro corrientes maestras de la his-



toria, que están simbolizadas por los nombres de San Agustín con su visión cristiana, de Vico con sus mirajes renacentistas, de Voltaire con la expresión de sus panoramas racionalistas y de Hegel con la ambiciosa contemplación de lo absoluto. Todavía se ofrecen, para nutrir a la mentalidad nueva las ideas históricas de Montesquieu, Hume, Gisson, Robertson, Burke, Winckelman, Herder y Goethe. Luego, ya en función propia del Siglo XIX se alzan en Alemania las figuras del historicismo con Leopoldo von Ranke y en Francia y en Inglaterra se destacan las personalidades de Michelet, Lammenais, Lacordaire, Agustín Thierry, Carlyle, Chateaubriend y Walter Scott. A mediados de este siglo, aparecen los maestros Mommsem, quien traerá a Alemania un nuevo sentido de la historia, Taine que revolucionará en Francia con la belleza del estilo y su pesimismo conservador, el italiano César Cantú que asombrará con su universalismo y con su vigorosa fecundidad, Menéndez Pelayo en España se hará admirar por su generosa erudición y el estilo de su historia de tipo artístico, Fustel de Coulanges ofrecerá un nuevo método cuando publica un libro titulado historia de las Instituciones Políticas de la Antigua Francia, Asoma el nombre de Carlos Marx con su libro la Concepción Materialista de la Historia.

El Siglo XIX no sólo fue el siglo de los historiadores, sino el de los grandes filósofos consagrados al estudio y metodología de la historia, que dieron calor a su época con el brillo de su constante presencia como Castelar en España, Dilthey y Burckhardt en Alemania Macaulay en Inglaterra y Croce en Italia, cuya gloria llega viva a nosotros. Este relampagueo de nombres nos ofrece en sus rasgos rápidos, la gran riqueza del pensamiento histórico de la Europa del Siglo XIX, y luego nos revela también la inquietud de conocer el pasado que esta floración histórica despertó en la mentalidad de nuestros países hispano-americanos.

Es interesante observar en las letras de nuestros países durante el Siglo XIX, un predominio de las aficiones y estudios de la historia sobre la novela primero y sobre la poesía después. Así

como el periodismo desempeña en nuestra América el papel de la escuela primaria de la democracia, la historia es el refugio de la madurez y de la edad proveya, cumpliendo una suerte de doctorado de quienes ejercieron el periodismo en su juventud. Un centro importante de la evolución del pensamiento histórico en la América hispana durante el Siglo XIX es Buenos Aires, que nos ofrece el tríptico de los excelsos historiadores con Bartolomé Mitre, Vicente López y Raúl Groussac. Chile, fomenta pródigamente los estudios históricos y hace en nuestro Continente familiares los nombres ilustres de José Toribio Medina, Diego Barros Arana, Crescente Arrázuriz, los Amunátegui y otros. En el Perú, Ricardo Palma se convierte en el mago de la historia, transmutando el mármol del pasado en el lustre de sus tradiciones llenas de gracia punzante y de humor corrosivo. Lastarria en Venezuela revive los ímpetus emocionales del romanticismo de Michelet en su historia del Libertador. Zorrilla de San Martín en el Uruguay en su historia de Artigas renueva el ritmo y la entonación de Carlyle. Colombia, que es pródiga en otros campos de las letras, especialmente en la poesía, no es fecunda en historiadores cimeros, no obstante podemos recoger en el Siglo XIX los nombres de José Manuel Restrepo, el General Posada Gutiérrez y José Manuel Groot. Bolivia ofrece en el Siglo XIX las importantes figuras de Manuel José Cortés, autor de la primera historia de la República, José Rosendo Gutiérrez bibliófilo de gran actividad e historiógrafo eminente y Gabriel René Moreno, el príncipe de los historiadores bolivianos de todos los tiempos, tanto por su incoercible vocación de escritor como por su afán documental, su implacable devoción por la verdad y por su elegante y vigoroso estilo. Dentro de este paisaje general, que no hemos hecho sino enunciar nombres sin pretensión de ninguna índole bibliográfica, debemos situar al Ecuador con sus dos notables figuras: Pedro Fermín Cevallos y el Arzobispo Federico González Suárez, autor de una dilatada producción, entre la que se destaca su *Historia General del Ecuador*, publicada en Quito a principios del presente siglo.

## II

Como nuestro propósito no es trazar una biografía, ni un estudio crítico de las obras de González Suárez, sino descubrir el pensamiento histórico del maestro ecuatoriano, hemos eliminado estos aspectos, para explorar en el campo propio de nuestro estudio.

El examen, psicológico de Federico González Suárez, ofrece una intensa diafanidad, pues, pocas personalidades se muestran talladas en la claridad del cristal como el historiador ecuatoriano. González Suárez, representa por todos sus gestos y actitudes al hombre de la voluntad tensa que se pone de relieve en su vida íntima por las características del dominio sobre sí mismo, que pudo convertirlo en un asceta o en un místico. Las fibras más sutiles de su espíritu y de su cuerpo estuvieron gobernadas por su poderosa voluntad de mando. Así como es dueño de sus reacciones y reflejos individuales, que actúan en el castillo cerrado de su vida interior, también es el señor de su conducta, frente a las sollicitaciones del medio circundante, al que gobierna, creando su ambiente propio, donde ejerce la superioridad de su figura con un gran sello de nobleza y de decoro. Todas las modalidades del temperamento de González Suárez, están regidas por su voluntad de poder. Así como hay pintores y escultores en los que el fenómeno estético se manifiesta por la voluntad aplicada a la emoción o a la fantasía, también hay escritores, cuya obra es fruto de la voluntad aplicada al instrumento de la inteligencia y de la memoria. González Suárez, pertenece al tipo del escritor en el que admiramos su gran inteligencia servida por las manos de su voluntad que son una prolongación de su alma, estimuladas siempre por el motor de una fuerza dionisiaca, que arde en las llamas de una constante pasión. Así su obra literaria se funde en los crisoles de su potente temperamento nervioso, rico en esencias de una vigorosa sensibilidad, que hicieron de él aquello que hoy se llama un taquipsíquico. Este tipo de intelectual de carácter,

extraordinariamente raro en las diversas formas de la personalidad humana, encarna la psicología de González Suárez, porque el intelectual como expresión permanente, dominado por su inteligencia es abandonado por su voluntad, dando por lo general, el espectáculo del marasmo en su carácter.

Un rasgo psicológico de extraordinaria importancia en la mentalidad de González Suárez es su poderosa memoria, que le abrió fácilmente el camino de la erudición y de las realizaciones históricas. La memoria de González Suárez, fue archivo y cardex, índice y registro, de tal modo que al leer su historia constantemente da la sensación de contar con el auxilio de elementos técnicos, que hoy son el instrumento indispensable para eruditos e investigadores. Corona la estructura de su personalidad su fuerza dialéctica y lógica, a la que ilumina la luz de su poderosa inteligencia. En el fondo, lo que interesa en González Suárez no es el detalle de alguna de sus capacidades, ni aisladamente la figura del prelado, del escritor, del humanista, del combatiente, sino el tipo de su psicología total como exponente de las minorías selectas del Ecuador y de nuestra América.

### III

Si es interesante el examen de la psicología de un personaje literario, reviste singular relieve el analizar las raíces, de su formación y las circunstancias que determinaron su conducta vocacional de escritor. Por término general esta investigación es siempre ardua, debido a la carencia de confesiones del propio autor y también por la misma dificultad de establecer su veracidad por medio de otras fuentes. En el caso de González Suárez, por suerte, es posible contar con elementos valiosos, tanto emergidos de su propia pluma como de personas amigas que alternaron en su intimidad.

Para modelar el sistema de influencias que gravitan sobre la formación de González Suárez, vamos a distinguir dos corrien-

tes que se proyectan, una guiada por sus propias y naturales afinidades y otra determinada por el clima intelectual creado por la presencia de grandes figuras literarias e históricas de su tiempo. Cuando se trata de establecer estas influencias literarias no nos referimos a la acción mental ejercida en forma premeditada por algunos autores, sino por aquella siembra primigenia, por decirlo así, espontánea, que es mucho más vigorosa que la operada ya por la erudición y el comercio constante con los libros. En este sentido es el propio González Suárez que nos facilita el conocimiento de sus inquietudes iniciales, al relatarnos los orígenes de su amor a los estudios históricos. "Desde niño sentí —dice González Suárez en sus *Memorias Intimas*— vehemente inclinación a los estudios históricos, principalmente a los que se relacionan con América y de un modo especial a los que se refieren al Ecuador: aún no tenía ni siquiera quince años de edad, cuando ya conocía todo cuanto dicen el Padre Velasco y el Inca Garcilaso de la Vega en sus obras respectivas. Aguijoneado por el amor a la historia, entre otros muchos libros leí la *Historia Universal* de César Cantú. El me hizo comprender lo que convenía que fuera la historia, considerada como ciencia moral y social. Después estudié cuantos autores de lo que se llamaba filosofía de la historia pude haber a manos y comprendí que la narración histórica, podía ser una arma poderosa para la corrección y el mejoramiento de los pueblos. Deseoso de que nuestra nación ecuatoriana, poseyera una historia completa me consagré a llenar los vacíos que encontré en **El Resumen de Historia de Pedro Fermín Cevallos**, y luego noté que era mejor trabajar por mi cuenta, que adicionar a una ajena, cuando el punto de vista mío no podía ser el mismo que el del autor, cuya historia me empeñaba en completar". Luego debemos anotar las observaciones hechas por el historiador don Jacinto Jijón y Caamaño, que conoció íntimamente a González Suárez, y sobre el tópico que enfocamos dice lo siguiente: "El autor americano que más influencia ejerció en González Suárez, es sin duda, el colombiano José Manuel Groot, cuya *Historia Eclesiástica y Civil de Nueva Granada*, a

no dudarle la obra que modeló, pero tratando de superarla en toda forma, tuvo presente nuestro historiador al componer su *Historia General de la República del Ecuador*". El mismo señor Jijón y Caamaño, agrega: "En ninguno de los escritos del Arzobispo de Quito se habla de la influencia que en el futuro historiador ejercieron dos eminentes jesuítas, con los que convivió, los Padres Cappa y Hernández. En cuanto a la influencia del Padre Cappa, que no sólo era un aficionado a los estudios históricos, sino un eruditísimo historiador de subidos quilates, cuyos **Estudios críticos sobre la dominación española en América** notables, fue profesor de matemáticas en el Colegio que tiene en Quito la Compañía de Jesús, al tiempo que vivía en él, siendo miembro del instituto el señor González Suárez, repetimos es tan sólo una sospecha nuestra y hemos de añadir que sí hubo tal influjo, en lo que al criterio se refiere produjo un efecto de reacción y contraposición antagónica. En cuanto al eruditísimo Padre Francisco Javier Hernández, autor de **La Colección de Bulas, breves y otros documentos pontificios relativos a la Iglesia de América y Filipinas**, no se trata de una sospecha nuestra, mas sí de una seguridad, ya que oímos de labios de González Suárez que él había servido al Padre de Secretario y colaborador, habiendo coleccionado y copiado de los documentos incluidos en la colección".

Como influencias mentales del medio circundante intelectual de la época de González Suárez, aparte de las del tipo exclusivamente profesional a historiadores como Lacordaire, Lamennais, Montalambert y Donoso Cortés, González Suárez no pudo aislarse de la influencia dominante en su tiempo que actuaba vigorosamente, y como todos también fue romántico, y es en esta forma que sintió viva atracción por Chateaubriand, que tuvo para el maestro ecuatoriano las seducciones del estilo y de la emoción cristiana. La obra de Menéndez y Pelayo, tampoco fue ajena no sólo a la simpatía de González Suárez, sino a su admiración, fuerza que estimuló su producción histórica y literaria. Menéndez y Pelayo prologó un libro de González Suárez sobre

**La Estética de la Naturaleza.** Debemos también insistir en la influencia que ejerció en la formación intelectual de González Suárez el historiador italiano César Cantú, a quien dedicó el estudio más completo que no se conoce en castellano por el profundo conocimiento que tuvo del maestro italiano, al que después de haber leído traducido, lo estudió en su propia lengua.

#### IV

La lectura de la historia de González Suárez deja en el espíritu la emocionada expresión de afán y de incolmable apetito de saber. Se percibe, bajo el contenido de su exposición al erudito y al investigador que no dispuso de elementos de carácter técnico con que hoy cuentan los historiadores. González Suárez, cumplió su obra de investigador, realizando la tremenda faena de desenterrar documentos, porque él sabía como todo buen historiador, que los testimonios no se encuentran en la oxigenada superficie del planeta, sino en la profundidad de las tumbas. Tuvo que realizar su obra, sirviéndose de los viejos métodos benedictinos, de copiar documentos, luego de acumularlos a lo largo del tiempo en una agotadora labor de acarreo constante y sedimentación fina y permanente, teniendo por supremo elemento de auxilio la asistencia de su poderosa memoria clasificadora y ordenadora. González Suárez goza y se fruye en su pasión por el documento, pero sabiamente, buscando como quería Gracián el quilate rey, sin abismarse en el éxtasis sensual del dato por el dato mismo. Siente la ardiente urgencia del testimonio, como fuerza expresiva de la verdad, y nadie como él sabe desdeñar aquellos decorados con el ropaje de la autenticidad epicena, y a los otros que en lugar de esparcir su luz sólo son formas escritas de mentiras amañadas para encandilar las pupilas de quienes no tienen el sentido de la identificación del documento verdadero con la lógica y el contenido de la justicia. González Suárez demuestra en su obra una conciencia vigilante y atenta frente a los testi-

monios de la vida, de los que se sirve con estricta pulcritud y con depurado juicio. Su voluntad de acrisolamiento, aplicada con fiera severidad al documento le representan con una inquietud cada vez más exigente y ambiciosa, que lo lanza con encendido y creciente entusiasmo tras las fuentes claras, renunciando a todas las dificultades en una ascética oblación de paciencia, de esperanza y de constancia. En ésta su pasión por el testimonio se descubre en González Suárez como al historiador de raza, que le permitió realizar su obra no como un simple investigador, ni como un erudito benedictino, sino sobre todo como un intérprete y como un conductor.

El documento para González Suárez, es viva y palpitante masa de realidad, carne plástica que no traduce ni representa, sino que es prolongación maternal de la misma realidad. De aquí que lo buscara no como simple anécdota, sino con la fuerza de categoría constructiva. Empleó el documento como técnica empírico-crítica y con la emocionada expresión del creador y la unciosa fe de quien manipula religiosamente con símbolos de verdad.

González Suárez nos revela en su **Defensa de mi Criterio Histórico** y en su **Autobiografía** el riesgo y ventura, sus andanzas y sus peripecias para la obtención del documento, pues, el maestro ecuatoriano ha debido transitar por la misma senda estrecha que la mayoría de los historiadores de nuestros países de hispano-américa, donde la ausencia de testimonios escritos es el tremendo problema que se ofrece al historiador. El hombre de nuestra América que vive históricamente, no revela su fervor documental del francés, alemán o británico, que realiza su vida a base de testimonios —cartas o diarios íntimos— aparte de los documentos públicos. España nos legó esta pasión por el secreto inviolable, que en nuestros días ha sido agravado por un pudor extraño a la publicidad póstuma y también por un negligente olvido, cuando no con la fiera destrucción de archivos mediante el fuego, o la alegre y desaprensiva confianza, que equivale a descuido.

La obra histórica de González Suárez, fue la mitad de sí



misma, pues, la otra mitad fue su acción de investigador y su trabajo de preparación, mediante la cual llegaría a través del examen y el análisis a la fusión en sus crisoles, para operar las grandes síntesis, una de cuyas muestras es la **Historia General de la República del Ecuador**.

## V

González Suárez como realizador de la historia nos plantea en primer término el conflicto entre el ideal y la realidad. De esta lucha entre la vida y la inteligencia, derivan todos los conceptos del sentido histórico del maestro ecuatoriano. El mundo histórico de González Suárez está integrado por el continente sumergido del primitivismo, de las pasiones, de los apetitos y de los instintos, que al trasladarlos bajo la cuadrícula del método, los somete a un proceso de racionalización creadora. De la lucha entre la vida y el idealismo González Suárez, extrae esa visión batalladora de su historia, donde los grandes frescos que nos pinta, están animados por una integración viva de choque y de fuerza. Su historia no tiene el curso sedante de los arroyuelos eglógicos, sino la impetuosidad de los ríos atorbellinados, que arrastran piedras y que se precipitan en cascadas, decorados por la voráGINE bellamente espumante de sus remolinos llenos de dramatismo.

Esta su actitud plantea el problema entre la vida y la historia. La vida como un conjunto de fuerzas en acción y la historia como una forma intelectualizada de la misma vida. La vida busca la realización de su propia plenitud y de sus vivencias como un mandato de la biología y de la voluntad de dominio, de su vanidad, de su orgullo, de su sensualismo, de su rebeldía, de su sed de placeres y de goces. Quienes hacen la historia, por desgracia, en la mayor parte de las veces no conocen la historia que les precedió. Esta es la grandeza y la miseria de los estudios del pasado, que no son reflejo de la inteligencia, ni de la

razón de los hombres y de los pueblos, que generalmente actúan al margen del pensamiento y sólo al dictado precisamente de lo impuro que tiene la naturaleza humana. Se realiza la vida sin orientación y sin posibilidad definida. El hombre vive sin dar significado a los acontecimientos que realiza, por eso, la obra de la inteligencia y de la razón, construída en largos años, puede ser pulverizada en pocos minutos. Toca a la historia dar significado a los hechos humanos, descubrir sus valores y finalmente construir la historia escrita, vaciando sobre moldes racionales la hirviente e informe lava de las pasiones. Es, pues, en este trabajo de comprensión y de captación de la vida vivida que tenemos que admirar la obra histórica de González Suárez, cuyos ojos no vieron al mundo como a una galería de cuadros, sino como un incesante desfile de hechos en permanente reacción frente a los ideales y a las vivencias.

## VI

Es en la profundidad de la entraña psicológica que se ofrece el carácter esencial de la historia de González Suárez, con su espíritu objetivo expresado como un esfuerzo de dar concreción impersonal a las expresiones de la realidad ecuatoriana.

La jerarquía de la obra de González Suárez no sólo reposa en el relato, ni el aprovechamiento de los testimonios escritos, ni en la selección de los valores, sino en la acción constante del espíritu histórico. El construir la historia de una época, de un suceso o el desarrollo de un pueblo desde la génesis primordial hasta el momento de su vida independiente, demuestra la presencia del espíritu histórico, que es la fuerza que da a González Suárez la medida de su gran espíritu, señalándolo como a un notable trabajador, rindiéndosele de este modo uno de los más justicieros y cálidos elogios.

De las raíces profundas del espíritu objetivo se alza la savia vivificante que realiza toda la auténtica obra histórica del maes-

tro ecuatoriano, que es la transparencia del paisaje de los valores cristalizados en fuerzas, libres de intereses inmediatos. Es al proceder a esta exploración que situamos los límites y los perfiles de la tendencia objetiva de González Suárez.

Si existiera el criterio absoluto de la objetividad en la historia, como en las matemáticas no hablaríamos del espíritu objetivo de González Suárez, que es un hontanar de observación desde donde se percibe las realidades de la vida del Ecuador en la Colonia con el minimum de error de la ecuación personal y con la menor sombra de perspectiva en los horizontes. En González Suárez, como en todo historiador de categoría la objetividad tiene su área de acción sometida a una cuadrícula de líneas que la enmarcan. Observamos que al tratar algunos temas, aparece el hombre con sus pasiones y sus inquietudes personales, actuando en una zona confusa e indiferenciada donde alcanzan a borrarse las fronteras de lo lírico con lo épico, es decir, de lo subjetivo y de lo objetivo. Así se produce un gesto de reducción en el campo de la objetividad, presentándose el punto de vista propio, que se desplaza por la línea de la menor resistencia del relativismo. Para apasionarse de algo dentro de la serenidad de su espíritu, González Suárez se apasiona con ardida intransigencia de la objetividad, a la que imprime una fisonomía personal, dándole un matiz propio de imparcialidad. Es por esto que al colocarnos en la atalaya idealista, encontramos a González Suárez, tocado de relativismo, aunque goce de su punto de vista de imparcialidad. Así, pues, nosotros consideramos a González Suárez un historiador imparcial, que no llega a profesar la objetividad universalista del historiador, y que es todavía un arquetipo inexistente, aún teniendo la presencia de Tácito.

## VII

En el pórtico de la historia de González Suárez, sobre sus frisos de mármol, se debía escribir con letras de oro una sola palabra, cuya elocuencia, tiene su propia y permanente fulguración: la verdad.

La misión de la historia, en el fondo, está identificada con la verdad en la forma múltiple del documento y en sus diversas expresiones informativas. Así la verdad es consustancial con el espíritu de la auténtica historia y lo que varía es su valor y su matiz, como instrumento realizador de ella. Tácito, sostiene que decir la verdad sin debilidad y sin reticencias, es la regla suprema de la historia, como invariable norma del escritor que se consagra a la recreación del pasado. Pero la interpretación de la verdad histórica desde Tácito hasta los más notables historiadores actuales se expresa en diversas formas. Muchos historiadores que se muestran partidarios de la verdad sólo se contentan con la verosimilitud. Otros consideran que la mayor manifestación de la conciencia histórica es la sinceridad, olvidándose que no siempre la sinceridad entraña un criterio de verdad, porque la sinceridad es una verdad que está de acuerdo a nosotros mismos como una proyección subjetiva que carece de la nitidez de la imparcialidad. Finalmente algunos historiadores se han acogido a la verdad oficial que es la expresión más bien de un sentido de mentira convenida que se aproxima a la verosimilitud, pero que no es la verdad misma. La formidable plasticidad de la inteligencia humana, hace que existiendo una sola verdad, pueda crear diversas formas de interpretarla. Es de aquí que ha surgido la necesidad de expresar el contenido de la verdad histórica-científica, despojada de todos los parásitos del subjetivismo y del interés, y que sea la verdad nítida, en tal forma que por verdad no sólo se entienda la realidad material de los hechos que se refieren, sino la reproducción exacta de ellos, reflejados ante la fría mirada del espejo de la lógica. La verdad científica está asistida por el espíritu crítico, de tal modo, que por ejem-

plo, no basta tener un documento escrito para que el historiador pueda creerse en presencia de la verdad, será necesario desmontar el testimonio por medio del análisis, levantar las capas de misterio que lo cubren para encontrar la zona nuclear que irradia el rayo de luz esencial.

¿Cuál es el criterio de la verdad histórica en González Suárez?

“La historia —nos dice— tiene una magestad augusta: la lisonja la envilece, la mentira la afrenta, sólo la verdad le da vida. Si la historia —sostiene— no ha de hablar de la verdad, mejor es que guarde silencio. Luego, da a su pensamiento un desarrollo patético, cuando escribe estas reflexiones sobre la verdad: “Yo debía hablar la verdad, yo no podía menos que hablar la verdad! ¡La verdad! Ah, la debía a mis compatriotas, para quienes escribía, la debía a la posteridad que debía leer mi obra, la debía al público que inspira respeto, la debía a mi decoro personal, porque la mentira deshonra, envilece; yo la debía a mi carácter de sacerdote, que ha de ser ejemplar de virtud, la debía a Dios que me ha de juzgar en la eternidad. ¿Por qué habría callado la verdad? ¿Por miedo? ¿De quién? ¿Por interés? ¿Por lisonja? Jamás mis labios se han emporcado con la adulación y la lisonja! ¡La lisonja es corruptora: vosotros exigís de mí que sea lisonjero, es decir, corruptor? ¿Y me lo exigís en nombre de la religión? ¿Y me lo exigís para honra de la iglesia? ¡De la iglesia católica, de la santa iglesia de Jesucrito? ¡Dios mío! ¡Qué se me haya imputado a crimen el haber escrito la verdad y la verdad en una obra de historia!”

Después de leídas las anteriores palabras cálidas y apasionadas, observamos que el criterio de la verdad en González Suárez se dibuja con el perfil del pensamiento clásico, acentuado por el sello de la sinceridad. El gran historiador ecuatoriano, busca al ponerse al amparo de la verdad, mediante el procedimiento filosófico de su proyección objetiva. Pero, lo que caracteriza al pensamiento de González Suárez no es la fría contemplación de la verdad, tendida en la inmóvil anatomía de las estatuas yacen-

tes, sino que rinde su amor encendido en fervor místico, con la gallarda postura del paladín iluminado. No se satisface con desentrañar la verdad histórica, ni sólo con revelarla, sino que es ante todo y sobre todo un defensor de ella. No es un fiscal que acusa, sino que se presenta con la austera sencillez de un profeta.

La verdad histórica que profesa González Suárez es fruto madurado por las esencias de múltiples valores y por la savia oxigenada de nobles virtudes humanas, y al que dora y vivifica el sol de la justicia.

La riqueza de la personalidad literaria de González Suárez, tiene su expresión más cimera en la fecundidad de su obra. Como todo escritor de raza y de vocación González Suárez tuvo la fuerza varia de la multiplicidad y de la acción constante, que hizo posible que hoy podamos percibir la evolución de su personalidad en las diversas fases de su obra creadora. González Suárez tuvo la voluptuosidad y la urgencia de escribir sin reserva y sin avaricia. El recuerdo de Arvers, que con su soneto perfecto se inmortalizó, no es una medida para los escritores como González Suárez, la imagen de cuya capacidad es el río caudaloso, que tiene que vivir fecundando sus estuarios y la inmensidad de sus orillas. Es precisamente esta irresistible fuerza espiritual de escribir y la fastuosa expresión de su verbo que lo elevó a la realización de la historia, donde su fecundidad fue el principal instrumento de sus grandes creaciones.

Esta producción varia y plural de González Suárez es inmenso bloque de mármol, cuya blancura uniforme nos deslumbra y donde las mismas sombras realizan con el jaspe de sus venas la armonía de su conjunto gigantesco.

En la obra de González Suárez domina el tono de la elocuencia, de tal modo que podría decirse que tiene un estilo de carácter oratorio. En esto recuerda a la fisonomía de los grandes historiadores, cuyo sello principal es la elocuencia, si consideramos a ésta como una fuente de constante belleza, de geometría razonadora, de creación verbal y como una fuerza que avasalla

y seduce, produciendo el goce poemático que deslumbra y al mismo tiempo trae al espíritu la alegría que irradia el ejercicio de la palabra, iluminada por el resplandor de la belleza.

Situado en el estilo de González Suárez en el paisaje de la elocuencia, podemos distinguir algunas áreas diferenciales que complementan la atmósfera total. Así apreciamos en la realización de la geografía estética de su patria, cuando sensibiliza con su palabra las bellezas de su paisaje, dándole vida y color, la preciosista del lenguaje que convierte su pluma en instrumento plástico que pinta y talla. La exquisitez de su vigor poemático es de una fuerza expresiva de intensa vitalidad. Debemos incidir sobre la tensión del presente tópico algunos aspectos, aunque sea solamente al pasar, ya que no es el objeto básico del presente trabajo, que González Suárez en su libro **La Naturaleza y el sentimiento estético de ella**, trazó las líneas fundamentales para la interpretación del paisaje como materia general del panorama y del Ecuador en particular. Observamos en el estudio de González Suárez, que llega al goce emotivo de la naturaleza a través del sentimiento religioso. En la contemplación del mundo circundante apreciamos que González Suárez ama y admira el paisaje de su patria con la eufórica alegría del poeta. En el sentido estético de González Suárez se mezcla la emoción religiosa con la emoción estética del profano. Esta ausencia en la disociación del pensamiento religioso y el sentimiento de la belleza, hace que González Suárez nos ofrezca en su obra la orquestación de un gran arte, en el que triunfa la superioridad de la naturaleza sobre otras manifestaciones estéticas. El bello tratado de González Suárez nos lleva a descubrir la sonrisa de las cosas, la poesía infinita y dulce de sentir la inmensidad de los horizontes, que en su luz y en su atmósfera nos envuelven con un efluvio de grandiosidad. El cristiano que hay en González Suárez se detiene en la contemplación de la naturaleza y en extraer el goce de sus esencias, sin evocar al panteísta, ni al romántico.

Luego, apreciamos en la polémica al dialéctico que se sirve de su poder verbal para las realizaciones lógicas. En esta forma

estilística estimamos al hombre que forja el hierro de sus argumentos con el fuego de la pasión. Entonces sus frases, sus períodos, sus metáforas, tienen la fulguración del rayo y la luminosidad del relámpago. Su lenguaje lógico aparece provisto al mismo tiempo de la piqueta demoledora que de la escuadra y la plomada que edifican. Es un polemista creador con todos los recursos de un caballero armado, apto para el ataque, la defensa y el gesto triunfal, y también con la suficiente elegancia para hacerse perdonar la grandeza de su alma con sus más ardientes enemigos. Luego, dispone para la exposición de un estilo severo, armonioso, lleno de vitalidad, que adquiere figura y carácter al ser construido con los sustantivos más robustos, los versos de mayor energía y los adjetivos dotados de estremecimientos más definidos y plásticos. Es en este su estilo de expositor que percibimos la envergadura de su alto temperamento lógico.

Pero, aún se puede apreciar en el estilo de González Suárez la tonalidad de su estilo crítico, en el que se opera una síntesis de sus raras manifestaciones de expresión personal, en el que emplea el juego de la metáfora línea, la línea firme de la lógica y la elocuencia persuasiva del orador. Con estos elementos de la estilística de González Suárez se hace posible que nos acerquemos a su figura de tribuno, aunque nos encontremos ausentes de la huella de su voz, de su gesto impetuoso y lleno de brío y de la expresión de todo su ser, contraído en elaborar el pensamiento unido íntimamente con el torrente de su emoción.

## IX

La historia fue para el Arzobispo quiteño no sólo un peregrinaje sobre caminos sembrados de tumbas, sino que fue un horizonte de contemplación eterna, en cuyo espejo su propia personalidad se hacía cada vez más histórica, al identificar su vida con la creación de su propia obra. Imprimió a sus creaciones un sentido lógico, que le sirvió de andamiaje, para elevar la cons-



trucción de sus realizaciones históricas, mientras por otro lado les daba tres dimensiones y también profundidad y altura, que adquirirían consistencia al servicio de los intereses éticos y sociales. El maestro ecuatoriano al pintarnos el paisaje de su patria nos pinta también a la humanidad en su contenido eterno, repitiendo la imagen de simbolizar el mar en la gota de agua. Alienta estos mirajes González Suárez, cuando defiende la causa de la verdad por encima de intereses que hubieran podido amarrarlo fuertemente con un pasado que aún vivía palpitante y desnudo. En González Suárez, a pesar de su profundo sentido de la objetividad y de su defensa de la pureza de las instituciones religiosas se percibe la resonancia de su acento personal y en culto de las relaciones del individuo. No pudiendo evadirse del clima ideológico de su tiempo, animado por el romanticismo, escribió su historia comprendiéndola como fuerza social, que irradiaba su poder desde el ángulo de las creaciones del espíritu, probándonos que es el hombre quien forja la cultura y la civilización.

González Suárez que no defendió su posición en la polémica universal de su tiempo, entre la concepción individualista de la historia y el pensamiento alimentado por el sentido de la colectividad social, nos demuestra con la realidad de su obra su posición científico-espiritual, ajena al evolucionismo y al positivismo, como consecuencia de su profesión de fe religiosa. Es de esta concepción individualista, rociada por las esencias románticas con que se nutre el pensamiento liberal de González Suárez en su conducta como hombre y en su actitud como escritor de historia.

Estas características de la obra de González Suárez hacen que descubramos en su intimidad fermentos activos de historicismo, entendiéndolo como la ciencia de la historia en la acepción científica del término, como afirmación de la vida y de la realidad de la historia nada más que como historia. De aquí que no consideramos a González Suárez un historiógrafo, sino un historiador que ejerció en la ideología de su obra la tendencia histori-

cista. Porque fue una personalidad que cumplió las grandes síntesis, artista que supo crear la historia con la emoción de la fantasía y el filósofo que unió la vitalidad de los hechos con la abstracción del pensamiento histórico y con la valoración del documento. La emoción estética y la filosofía, actuaron en la obra de González Suárez sobre la verdad del acontecimiento, permitiéndole planificar al propio tiempo que construir. Es en esta forma que González Suárez nos pone de relieve que el historicismo consiste en identificar el pensamiento con la acción, la belleza con la realidad, y el significado de lo verdadero con la conciencia del pasado, para perpetuarlo en el presente y en el futuro, es decir, en la perennidad del eterno presente.

Pero, algo que concluye por dar el sello del historicismo en la obra de González Suárez, es percibir en ella la corriente humanista. La fusión de las realizaciones historicistas con el pensamiento del humanismo moderno, acaba por trazar el modelado de los estudiantos de la corriente mental en la que se desenvolvió el maestro ecuatoriano.

## X

González Suárez, recorta su figura de humanista en el Ecuador y en el panorama de nuestra América a fines del Siglo XIX en el momento histórico preciso, cuando los estudios y el pensamiento de este linaje son combatidos fieramente, hablándose inclusive por autorizados intelectuales de su crisis y su decadencia. Se proyecta desde España y Francia hacia nuestra América, como una de las grandes conquistas de la cultura, el triunfo de la filosofía positivista, las excelencias del naturalismo en literatura y se acuña como expresión suprema de la ciencia las realizaciones de la especialidad y de la técnica, estimulándose el olvido de la antigüedad clásica y los estudios del latín y del griego. Se presenta al sabio como un espectro del técnico y al humanista como el embalsamador del conocimiento. Es en este a-

torbellinado ambiente cultural que González Suárez, busca un clavo ardiendo de donde agarrarse y lo encuentra en sí mismo, conciliando la acuciosidad del erudito con la elegancia mental del varón sapiente. Decimos que González Suárez, representa la figura del humanista por su fervor para defender y exaltar la dignidad del hombre como conciencia de su propio valer y por realizar el pensamiento de la cultura como conducta, luchando al servicio de la verdad y de la justicia. La sabiduría de González Suárez hay que ir a buscarla en su reacción frente a los problemas cotidianos de la vida y como fruto maduro de la siembra permanente de sus extensos y variados conocimientos, que enraizados en la intimidad de su conciencia, fueron la expresión de sus gestos nobles y de la tesitura de sus actitudes.

González Suárez no fue un erudito al estilo benedictino, que se limitó al acarreo y conservación de los materiales históricos, sino que hizo prevalecer la acción cultural como fuerza de sabiduría, con el mismo sentido que los humanistas del renacimiento y los hombres de la enciclopedia. Fue, un humanista por su conocimiento de la cultura clásica y por su erudición de tipo moderno.

Hay un rasgo típico en la actitud humanista de González Suárez, mientras muchos de los más grandes humanistas abdicaron frente al empuje de los problemas religiosos y sociales, refugiándose en la comodidad de la isla robinsoniana o en la plástica y astuta adaptación. González Suárez no fue nunca el hombre de las simples alusiones de disconformidad, de las entrelíneas, ni de las frases de las ideas tamizadas, sino que tuvo siempre la actitud orgullosa, que se tradujo en la constante postura de su verticalidad, que no sacrificó nunca sus alas en el fuego de la vanidad, del brillo o de la simple cortesanía, y que no se inclinó ni ante la suprema autoridad de la iglesia, cuando refiere en sus memorias íntimas, al anotar su nombramiento de Obispo de Ibarra, después de la declaración insinuada el entonces Cardenal Rampolla como retractación práctica de sus ideas expuestas en el tomo IV de su *Historia General del Ecuador*, expresando: "Prime-

ro me habrían quemado vivo antes de cometer una acción indigna y, ¿para qué? ¡Para ceñirme la mitra!”

El humanismo de González Suárez, estuvo aliado íntimamente con el espíritu religioso y con la teología, que hoy tendría afinidades con el humanismo de Maritain, que “es capaz de asumirlo todo, porque sabe que Dios no tiene contrario y que todo es irresistiblemente arrastrado por el movimiento del gobierno divino”.

En el momento por el que atraviesa el mundo, todo mensaje espiritual que se trasmite del foco radioso del humanismo, presta un servicio a la salvación de los ideales puros y a la defensa de los derechos del espíritu. El mundo mental aparece dividido en dos zonas claras y distintas, el hemisferio del materialismo y el hemisferio del humanismo. Entre los meridianos y paralelos del humanismo se agrupan todas las mentalidades que tienen el común denominador de un sistema de valores idealistas que no se concretan especialmente en una filosofía, sino que están unidas por el sismo de la espiritualidad. Necesitamos en el momento actual remozar el contenido del humanismo, para que reverdezca la emoción intelectual del hombre con un nuevo sentido de equilibrio, de respeto para la opinión ajena y sobre todo por la tolerancia. El humanismo del Siglo XIX que profesó González Suárez y el humanismo actual llamado moderno, tienen por eje la defensa del individuo como el más singular y precioso valor de la vida, de la libertad y de la democracia, nos salvará del fanatismo que mata y asesina, creyendo que eliminando a los hombres se mata también a las ideas, olvidándose que los hombres desaparecen y que sus ideas son semilla fecunda de nuevas ideas. La defensa de la libertad y de los ideales, frente a la dictadura de la sombra que niega la acción del espíritu, que sostiene falsos determinismos, ajenos a la obra de la inteligencia y de la voluntad del hombre, hace hoy necesario el culto de personalidades que han ejercido el humanismo, sin distinción de credos democráticos y religiosos o filosóficos, porque el humanismo une a los hombres en el culto de la dignidad, como el primero

de los principios espirituales del respeto del pensamiento ajeno y de constante defensa de la libertad, sea cual sea el motivo de la opresión y el objeto del despotismo.

La historia basada en el humanismo nos trae un torrente de vitalidad, para considerarla como forma profunda de los derechos esenciales del hombre, porque el humanismo es la libertad en acción, como garantía y como ingrediente de fuerzas morales, de la cultura, del progreso en todas sus manifestaciones intelectuales y materiales. El humanismo moderno, espera la transformación psicológica y ética del hombre, preparado para la paz y para la justicia, mediante sus realizaciones y por el culto de figuras que se han dedicado a la historia como González Suárez, encarnando el contenido y la proyección de la filosofía exaltadora de los supremos valores del ser humano.

## XI

La figura de González Suárez proyecta hacia nosotros la irradiación del varón estético, como la forma del hombre superior, que ha podido unir en su espíritu las realizaciones de la belleza verbal con la belleza ética. El hombre religioso talla en su intimidad no al moralista que todo lo aprendió en los libros, ni sólo al filósofo de cátedra, sino al varón estético que vivió una vida armoniosa y pura, y que sobre todo cumplió el ejercicio de la moral en acción, al realizar en sí mismo una bella conducta, y que sincrónicamente crea la belleza literaria, consagrándose al estudio y al pensamiento, que culmina en su obra de historiador.

González Suárez es la consagración del intelectual de tipo superior, depurado en las excelencias del pensamiento y de la acción, de ahí que encontremos formulada la síntesis de su personalidad en la categoría del varón estético, que supo vivir su vida como hombre de pensamiento y que ejecutó la belleza del pensamiento como hombre de acción.

**Gustavo Adolfo OTERO**  
Ministro de Bolivia

# CIVILIZACION LATINOAMERICANA

**Conferencia pronunciada por el Profesor Fernando della Rocca, de la Universidad de Roma, en la Sociedad "Dante Alighieri", al retorno de una misión oficial de diez meses en los países de América.**

(Traducción de Rodrigo JACOME)

Hablar de la civilización latino-americana en el breve, mejor dicho brevísimo tiempo reservado a una conferencia, puede hacer pensar, entre otras cosas, en un acto de soberbia. Pero si semejante tema, tan complejo y vasto, se desarrolla, como me propongo hacerlo, sobre la base de impresiones e informaciones directas, recogidas durante diez meses de viaje por los países latino-americanos, confío en que el título elegido se interpretará como signo de un acto de comprensión grata, diría de amor, que junto con vosotros deseo cumplir hacia un gran Continente amigo.

En el Nuevo Mundo, decía en 1931 el gran sociólogo y economista francés Sigfried, refiriéndose sobre todo a la América Latina, la geografía tiende a unir lo que la historia, viceversa, tiende a separar. El origen histórico, en otros términos, aleja entre sí a

esas naciones que la geografía acerca. Y en efecto no es difícil darse cuenta de cómo el elemento telúrico representa un factor fundamental de la civilización latino-americana, ya que funciona como promotor y defensor de la unidad continental. La América Latina vive en función de su geografía que se manifiesta tanto en forma de la dominación que el ambiente físico ejerce, en medida mucho más intensa que en cualquiera otra parte, sobre el hombre, cuanto en forma de inspiración determinante de las obras literarias más típicamente representativas del pensamiento latino-americano, como por ejemplo el Martín Fierro y Doña Bárbara. Y no se piense que la grandiosa cadena de los Andes contraríe, como algunos han creído, esa tesis; al contrario, la doctrina demo-social del llamada **andinismo** demuestra que la orografía, en tal caso, puede convertirse en instrumento de defensa de la unidad de pueblos pertenecientes a diversas naciones, unidad que encuentra en la conformación de la cadena andina su potente significado ideal.

La historia, como he dicho, preséntase en cambio, al contrario de la geografía, como un factor de separación en la civilización latino-americana, que comenzó a operar en medida creciente después de la conquista. Baste pensar, bajo este aspecto, que el puesto de los cuatro Virreinos ha sido ocupado por 20 repúblicas, y que el caudillismo provincial, tan ampliamente practicado por los conquistadores, fué transmitido a los gobiernos republicanos de los varios países de Latino-América que surgieron luego en ese Continente. Por cierto la conquista alteró demasiado violentamente —esto es mediante una violenta transposición de la historia europea en la vida americana— la estrecha relación que reinaba en aquella parte del Nuevo Mundo, entre el hombre y la tierra. En la busca de una definición adecuada para indicar tan característica situación se ha hablado de “patriotismo continental” y de “nacionalismo geográfico”. Ahora bien, sea cual fuere el nombre que se elija, es un hecho que el sentimiento de la tierra dominó en el Imperio de los Incas, sentimiento que fué después, en el Siglo XVIII, no menos vigoroso en Chile, Brasil, Argentina y Nueva

Granada. Este mismo sentimiento, de otro lado, indujo a Alberdi a hablar de una nueva era caracterizada por la abdicación del elemento exótico en favor del nacional, del plagio en favor de la espontaneidad y de lo extemporáneo en bien de lo oportuno; y llevó a Sarmiento a elevar una severa acusación contra España, cuya culpa estaría justamente en haber querido hacer de los pueblos sudamericanos demasiado semejantes al español, apartándoles excesivamente de su tradición geográfica.

La preponderancia del factor telúrico en la vida latino-americana conduce a una evaluación más exacta de las fuerzas psicofisiológicas que se mueven en esa parte de América, en correspondencia con las características raciales de sus gentes. Al respecto se puede considerar fundamental lo que Euclide da Cunha observa acerca del tipo brasileño: "creo —dice— que los estudios sobre el tipo étnico brasileño se resisten desfavorablemente a consecuencia del hecho de haber reducido el campo de las investigaciones a la busca del tipo étnico único, sin tener en cuenta que en realidad tenemos muchos tipos étnicos. No poseemos —añadía— unidad de raza y no la poseeremos quizás nunca. Sin embargo estamos destinados a formar una raza histórica en un futuro muy remoto, invirtiendo así, en este aspecto, el orden natural de las cosas. Nuestra evolución biológica, observaba además Da Cunha, reclama la garantía de la evolución social".

A Europa, continente eminentemente racionalista, la variedad racial de las poblaciones latino-americanas opone, como un mínimo común denominador, un Continente fundamentalmente emotivo y místico: un continente en el cual es realmente cierto que la práctica de la liturgia ha aparecido en la vida antes que la convicción religiosa, el canto lírico antes del épico, el metal precioso antes que el útil, la idea del Estado antes que la de Nación, en fin, la evolución social antes que la biológica.

En el aspecto al menos histórico, el elemento indio y el elemento mestizo se deben considerar parte integrante del proceso volutivo de la América Latina y factores que caracterizan su civi-



lización. Prescindiendo del concurso de tales elementos no es posible comprender a Keyserling cuando dice que el carácter taciturno es típico de la psicología sud-americana. Y no es posible evaluar la poderosa influencia que el ambiente ejerce sobre el inmigrante en América Latina, y que hace cantar, por ejemplo al poeta, inglés de sangre, G. E. Hudson, la naturaleza argentina en obras como *El Ombú* y *Tierra Purpúrea*, cuando regresó a Inglaterra después de vivir 30 años en la pampa.

Bajo el problema racial propio de la América Latina están los problemas político-sociales y económicos. En muchas regiones el blanco es en general el señor y alto funcionario; el mestizo, el pequeño propietario y empleado de segundo y hasta de tercer orden; y el indio el obrero, lo que ha dado motivo a los indo-americanistas para calificar sus movimientos como una reivindicación de derechos económicos y culturales de determinados grupos sociales, y ha inducido a uno de los más representativos de aquellos, al peruano Haya de la Torre, a hacer corresponder, respectivamente, los vocablos América Española, América Latina, Pan-América e Indo-América, a los de Colonia, Revolución de la Independencia, Proto-República, Imperialismo y Liberación. Pero la psicología y la ética indígenas por las cuales los indios se han revelado históricamente de un lado pacientes y de otro moralmente generosos, pueden no ser extrañas en verdad a la conciencia latino-americana, y así lo piensan muchos.

Durante la colonia concurrieron a constituir el mestizaje el indio, el español, el portugués y el negro. En la república se agregaron el italiano, el alemán, el árabe, el chino, el hebreo, y en menor proporción el japonés, el anglosajón, el francés y el escandinavo.

Ahora bien, en el fondo, en el Continente latino-americano el mestizaje no puede tener todavía un influjo prevaeciente, y aquellos que, considerando esa realidad, han gritado a una **degeneración mestiza**, como César Zumeta y Alcides Arguedas, no han hecho sino confundir una clara situación sociológica con lo que, a

lo más, era un sueño literario. Sin embargo de ese fondo han salido a la historia del Continente hombres de la estatura de un Agustín Gamarra, el gran soldado de Ayacucho, de un Rivadavia y un Hernández, respectivamente el primer Presidente y el mayor poeta argentinos, y de un Machado de Assis, el más ilustre escritor brasileño.

Al lado de los indios aparecieron pronto los negros, cuya inmigración en el Nuevo Mundo se inició en 1501, asumiendo frecuentemente el carácter de una unión afro-ibérica. El negro fué en América Latina, a juicio de muchos, símbolo de audacia crítica y de rebelión, fuerzas que puso solícitamente al servicio de la campaña de emancipación, conducida heroicamente, verbigracia en Cuba por dos negros célebres, los hermanos Macea. Los negros han pasado en América Latina las más borrascosas vicisitudes que han señalado las cuatro etapas de su evolución inmigratoria: la primera, el comienzo de una era de hostilidad decidida; la segunda, una época de transigencia; la tercera que abrió el camino de la adaptación y la cuarta, principios de la época actual, dominada por la reivindicación. Pero la contribución del negro a la sensibilidad de las poblaciones latino-americanas es históricamente indudable, y consiste en valores religiosos, musicales y artísticos en general. El negro, una vez inmigrado, se adecúa con su intuición a las situaciones más características, y así vemos que en Argentina se hace el sostén de Rosas en la lucha contra el conservatismo porteño; en el Perú se hace democrático siguiendo a Nicolás de Pierola en su campaña contra los grandes latifundistas; en el Ecuador deviene liberal con el caudillo Eloy Alfaro que combate contra el conservatismo feudal del país; en el Brasil lucha contra el Imperio por la República. En algunas zonas se coloca a la vanguardia liberal y por fin, en Estados Unidos, sigue apasionadamente a Lincoln. Es acaso por esta adaptabilidad que el problema del negro ha resultado, en el Nuevo Mundo, históricamente menos trágico que el del indio.

La tradición —otro elemento de la civilización humana en América Latina— ofrece elementos básicos de independencia en las

formas de vida y cultura de ese Continente. Ni podía por cierto suceder de otro modo, si es exacto cuanto observa Santayana, que "lo inmediato es lo que ninguno ve, porque son las convicciones y el pensamiento los que transforman rápidamente la existencia en ideas. Un hombre que descubre lo inmediato parece profundo, pero su profundidad no es otra cosa que una inocencia recuperada o una especie de renuncia intelectual".

La confusión en que se ha incurrido hasta hoy entre **tradición** y **tradicionalismo** ha conducido a desestimar, cuando no a deformar por completo la autonomía de la personalidad de la América Latina. La tradición existe en ella y es, no obstante las apariencias, tradición de unitarismo que preexiste a la conquista ibérica, se renueva en la época colonial, se fortalece durante las guerras de emancipación y se cimenta todavía más frente a los peligros comunes aparecidos en el curso de los últimos cien años. Baste citar, entre ellos, los que conmovieron a Latino-América en 1863, 1898 y 1942.

Entre los elementos esenciales de la tradición en América están, además del mestizaje nivelador, la influencia constante de la tierra sobre el hombre, con sus características de tierra escasamente poblada, ricamente dotada y terriblemente extensa; el conjunto de esfuerzos e ideales populares que dieron vida a la Independencia; la resistencia a toda ulterior invasión extranjera, de la de Whitelock a la de Maximiliano, de la de Isabel II a la de Pershing, y por último, la "idea panamericana". Esta **tradición** lleva a la unidad, pues está hecha de tendencias y de faenas convergentes dirigidas a la defensa de un patrimonio común, y se contrapone al **tradicionalismo** que es al contrario base de antagonismos nacionales entre la "argentinidad", verbigracia, y la "peruanidad" o la "chilenidad", que son un estorbo, y no otra cosa, a la verdadera tradición del Continente.

He dicho que las apariencias no demuestran fácilmente lo que sea la esencia de la tradición latinoamericana. En verdad, la mezcla de elementos heterogéneos ha hecho difícil el desarrollo de la

“tradición” en América Latina. Pero como la acción del ambiente geofísico ha amalgamado indios, españoles, portugueses y extranjeros en general, al punto que aquellos que regresaban a España de América eran llamados **indianos**, porque se veía en ellos la personificación del Nuevo Mundo, constituido para los españoles sobre todo de leyenda, de espacios, de nostalgias y de esperanzas, es claro que a la tradición latino-americana, esto es al progreso de la cultura autóctona del Continente y al acrecimiento del espíritu de sus pueblos participan de un lado, con su magnífica obra civilizadora, los jesuitas, que han hecho realmente la educación del Brasil, del Paraguay, del Alto Perú, los dominicos y franciscanos que sobre todo en las Antillas y en México han dejado profundas huellas de su apostolado, y de otra parte hombres como Tiradentes y José Bonifacio de Andrade e Silva, campeones de la libertad brasileña, como O’Higgins y José de San Martín, considerados todos como esencialmente librepensadores. Esta colaboración de elementos heterogéneos forma la base de la tradición unitaria y desmiente la opinión de que la Colonia fuese para América una era de inmovilidad.

Tradición es la transmisión del estilo nacional, que hace posible llevar a cabo las cosas nuevas, estimadas útiles a la vida de la nación, dentro de la línea del estilo secular de ésta y conservando, a través de las necesarias adaptaciones a las mudanzas de los tiempos, la esencia de su espíritu aun en el ímpetu constante de los pueblos hacia el porvenir.

El tradicionalismo, viceversa, es la ciega adhesión al pasado, una posición estática; la ausencia, en el fondo, de toda labor de renovación y creación. La tradición, naturalmente, refleja el alma popular y como tal se manifiesta diferentemente de país a país. Analícese, por ejemplo, bajo este aspecto, dos de las personalidades históricamente más representativas del Nuevo Mundo, la una latinoamericana y la otra norteamericana; quiero referirme a Bolívar y Lincoln. Bolívar es vivamente discutido no ya porque haya de un lado gente que lo rechaza y de otro gente que lo exalta,

sino porque cada cual pretende ver en él la encarnación más gloriosa de su ideología política, de modo que la figura del héroe place sea a las corrientes autocráticas, o a los nacionalistas y a las democráticas, por lo que todas las fechas y las acciones de su vida son siempre citadas y simbolizadas. Lincoln en cambio no representa ni encarece para cada ciudadano de los Estados Unidos sino una sola bandera, la de la democracia, y no puede ser de otro modo. Bolívar es idealizado y reproducido frecuentemente, en las varias estatuas que honran su memoria en América Latina, como expresión homérica, como figuración casi ultraterrena, y querer imitarlo sugiere tal vez la idea de deber cumplir actos heroicos. Lincoln en cambio, en las estatuas que lo recuerdan, parece invitar tan sólo a vivir con dignidad sencilla, inspira familiaridad y da la idea del padre listo a dar consejos. Desde 1865 la democracia norteamericana escucha con unánime reverencia el mensaje y la admonición lincolnianos. Diríase que en estas dos distintas figuraciones humanas van implícitos dos aspectos característicos de la diferente psicología (factor constitutivo de una civilización) que existe en los dos mundos americanos.

La historia del continente latinoamericano que, como he dicho, es fundamentalmente un juego de sobreposiciones y de recíprocas interferencias de fuerzas raciales, de ambientes sociales y de ideologías políticas, vemos que se refleja sintomáticamente en el tipo de la ciudad. Sobre las ciudades fundadas según un criterio que podríamos llamar geométrico y lógico, como La Plata que fué construída según un riguroso plan urbanístico, prevalecen en América Latina las ciudades basadas sobre un criterio de nacimiento natural; la evolución de la mayor parte de ellas es una evolución biológica, caracterizada a veces, como ha ocurrido en Lima, por una sucesión de yuxtaposiciones. Y, como en general ha ocurrido con las ciudades europeas, las latinoamericanas se han concentrado en torno de un punto estratégico, correspondiente a una función militar, aun o sobre todo cuando antes de la conquista parecían resumir en sus enormes piedras un esfuerzo secular de los hombres,

dirigido a reproducir un poderoso deseo de dominar y sobrevivir. México y el Perú, con sus elocuentes ejemplares, están en primera línea en esta exhibición.

Y todas aquellas ciudades indias, que fueron sustancialmente en el Siglo XVI y en parte en el XVII un refugio estratégico (son típicas desde este punto de vista Bogotá y Lima) se convirtieron fatalmente hacia el fin del Siglo XVII y en el XVIII en baluartes de la "Colonia" y preciosos nudos de tránsito (típicos en este sentido Panamá y La Paz). Sobrevino luego, al surgir de los Estados, el centralismo de las capitales para sofocar, aun en las repúblicas federales, a las varias ciudades nacidas al impulso de un movimiento centrípeto propio, y así vemos que, a diferencia de Europa en donde la unificación en principados y ducados así como la aparición de Estados con fuertes poderes centrales no obstaron a la vida de las diversas ciudades, las ciudades latinoamericanas fueron pronto sacrificadas por la cada vez más amenazante macrocefalia de las capitales, de modo que muchas veces éstas constituyen el refugio del espíritu colonial y al propio tiempo campos experimentales de lo exótico, por lo que se ven **bungalows** californianos en las vecindades de Santiago, al pie de la majestuosa cordillera andina. Ni siquiera el campo ha podido contrarrestar a la ciudad válidamente para defender el equilibrio y hacer sobrevivir con la mayor pureza posible todo un ambiente histórico, porque en él el latifundio, importado de Europa, reemplazó a la agricultura simple de los tiempos pre-coloniales, impidiendo que perdurase en el campo el hábito de las viejas civilizaciones. Pero a pesar de todo, especialmente en el ordenamiento económico de la América Latina, se mantiene una atmósfera especial, un temperamento, un modo de actuar y reaccionar propio de la gente latinoamericana, por lo que observamos cómo allá se produce a bajo precio y cómo, a diferencia de Europa y de Estados Unidos en donde la independencia es el producto de la necesidad, ésta es en América Latina un fruto de la independencia. Y no es en verdad de considerar paradójico, con un tal desarrollo de la curva histórica de Latinoamérica, que

justamente el latifundio y el espíritu de la conquista que en él se contiene, contribuyan a causar, a su vez, una mayor difusión y un potencial más alto de la vida y del espíritu de sus habitantes.

He hablado hasta aquí de la historia y de la geografía, así como de las características que por detrás de esos valores matizan la psicología latinoamericana. Pero ésta se manifiesta no menos sintomáticamente en la interpretación que, bajo el aspecto histórico, se ha dado acerca de sus exigencias político-sociales. En la América Latina muy frecuentemente, más bien demasiado frecuentemente, ha sucedido que la ley precediese a la costumbre y que por tanto el Estado surgiese antes que la Nación. Era en sustancia la "conquista" la que había impuesto el predominio de la fórmula legal en perjuicio del fondo humano y social de las realidades locales. Y bajo este desequilibrio —cuya causa han atribuido algunos estudiosos de la historia latinoamericana al hecho de que cuando España realizó la conquista no se encontraba íntimamente unificada— se escondieron los gérmenes más fuertes del **caudillismo** y de las anarquías militares, así como han irrumpido las ideologías del "gobierno fuerte" y del "gendarme necesario". En realidad vemos que cuando ese desequilibrio cede el paso a una armonía de relaciones entre la entidad Nación y la entidad Estado (lo que ocurre especialmente hacia el fin del siglo pasado y el principio del actual), entonces el gobierno es la expresión del pueblo y, como tal, lleva en sí todas las fuerzas necesarias y suficientes para defender su equilibrio y su estabilidad. Los gobiernos de Irigoyen en Argentina, de Alessandri en Chile, de Olaya Herrera en Colombia, para no citar otros, son ejemplos reveladores en tal sentido. En vano, al respecto, amonestaba ya Bolívar: "las armas tendrán que destruir a los tiranos si no establecemos un orden político capaz de reparar las consecuencias de la Revolución. El sistema militar es el de la fuerza, no es el Gobierno".

En realidad, por largo tiempo, mientras la Constitución de Estados Unidos proclamaba claramente la voluntad de perseguir la felicidad humana, en muchos Estados de la América aparecían

enunciaciones demasiado abstractas en estatutos que prescindían de las reales exigencias y aspiraciones de los pueblos respectivos, los que sin embargo, en todos los países del Nuevo Mundo, han encontrado una de sus más felices y típicas expresiones en la fórmula del régimen presidencial.

Keyserling, hablando de las misiones jesuítas del Paraguay, hallaba demasiado avanzada la organización estatal respecto a la organización nacional. Alberdi diagnosticaba que "si las consecuencias de la emancipación no han sido buenas, la culpa es de quienes han establecido sus premisas, ya que el pueblo no tiene otro pecado que el de haber seguido el camino de la lógica". La América Latina quiere hoy que su espíritu propio, que es el resultado de fuerzas innatas de su tierra y de las tradiciones humanas que sobre ella han florecido, vivifique siempre las leyes y que por tanto la paz —para ser fecunda como la tierra a la que está destinada— se base sobre una armonía siempre más viva entre las leyes y las costumbres.

Lo dicho sirva para evaluar la interpretación que estimo deber dar a la fuerza militar de la América Latina. La tradición, en este campo, es ahí fundamentalmente unitaria y continental, como lo atestiguan sus más altos exponentes, de Bolívar a San Martín, de Sucre a Gamarra, de O'Higgins a Belgrano, de Córdova a Santa Cruz, de Hidalgo a Lamar. No parece aventurado atribuir la desviación de esa tradición hacia una tendencia nacionalista a la influencia del Viejo Mundo en donde el Ejército, recorriendo una vía evolutiva diversa de la que ha seguido en América, ha pasado del carácter feudal al profesional y por fin al nacional. Además creo poder decir que la tradición militar de la América Latina hunde sus raíces sólidamente en el factor "tierra". No por nada se tomó el lema "tierra y libertad" como emblema de la Revolución Mexicana. Y eso se comprueba con el hecho de que mientras en Europa el significado de una guerra no tiene desde hace tiempo relación con el arreglo de límites territoriales y asume el carácter de económico-histórico-político, de modo que es la agresión la que



excita la beligerancia, en los pueblos de la América Latina es la defensa del territorio lo que enardece para la lucha. En otros términos, en aquellos pueblos está difundida la convicción de que el ejército tiene por misión defender a la Patria y no la de gobernarla; el ejército debe por tanto jugar su papel de medio de defensa y de conservación en armonía con la auténtica tradición de la guerra de independencia.

Todavía más importante para esa obra de defensa ha sido la religión, que al comienzo de la "colonia" se manifestó como rito más que como sentimiento, como dogma más que como fe. Fué después, en la época de la independencia, cuando la fe debía atenuar los dolores de España de un lado, y los sacrificios de América de otro. Ella cristianizó, en cierto sentido, la guerra y vigorizó fuertemente el ideal del unionismo y de la defensa de los intereses continentales de los países latinoamericanos. Vale recordar aquí, por ejemplo, que cuando España estaba combatiendo contra los moros apareció la guerra no sólo como una lucha territorial, sino también como una guerra religiosa como lo fué en efecto. En América Latina en cambio, en lugar de combatir directamente por Dios, se ha deseado con frecuencia luchar además por hacer que el valor de la caridad, propio de la fe, sustituyese siempre con mayor eficacia y amplitud a los contrastes y rivalidades, que se equilibrase mejor la relación entre ritualismo y dogmatismo, y que la vida cristiana del Continente empeñase siempre más la conciencia social de los pueblos.

Como fuerza de conservación la Iglesia es considerada por éstos en función discriminatoria entre la tradición auténtica del Continente y las superestructuras (de ordinario fundadas en elementos de importación) que sofocan su espíritu, así como entre aquellos que es interés nacional o bien común y lo que es sólo interés de clase. Desde este punto de vista la función de la Iglesia ha sido y es aún preciosa, porque ella ha presenciado el nacimiento de todas las que hoy son Naciones hermanas de la América Latina, y ha sido la custodia espiritual, sobre todo merced a la obra

de tantas beneméritas y generosas Ordenes Religiosas, de la vida de esos pueblos.

Ahora séame permitido cerrar esta serie de impresiones sobre la América Latina con una fugaz referencia a la contribución que ella ha dado hasta hoy al desarrollo de la idea panamericana, y por tanto al progreso de la civilización jurídica del Nuevo Mundo. Se trata en efecto de un aporte decidido y apasionado, de valores típicos de la latinidad cristiana y será ciertamente gracias a este especial y rico concurso de iniciativas encaminadas a hacer vivir mejor el "panamericanismo" como será posible una sólida vinculación entre el Nuevo y el Viejo Mundo.

Si se examinan cuidadosamente muchas de las notas más características de la Unión Panamericana, no puede no resultar su adhesión al espíritu de los pueblos latinoamericanos y por ende la importancia del esfuerzo por éstos realizado a fin de que la Unión viva sobre la base firme de una conciencia panamericana. En América Latina he advertido que el Panamericanismo afirma la existencia de un sentimiento innato de justicia, y que el Estado no es ni puede ser la fuente exclusiva del Derecho, ya que éste a su vez está sometido a una ley superior obligatoria. El mismo Brasil, no obstante a no haber sido insensible en el Siglo XIX al influjo de la filosofía positivista de Augusto Comte, al explicar su actitud frente al conflicto entre Bolivia y Paraguay, no vaciló en dejar constancia, en un decreto especial de 23 de mayo de 1933, que obedecía tanto al derecho internacional escrito y consuetudinario, como a los altos principios de la moral y la justicia que la civilización ha acumulado en la conciencia de los pueblos, Franklin Delano Roosevelt, muchos años después, en el discurso de su cuarta posesión de la Presidencia de los Estados Unidos, dijo textualmente: "podemos cometer errores, pero éstos no serán jamás el efecto del abandono de un principio moral". Esta expresión lapidaria refleja en el fondo el alma del derecho positivo panamericano a cuya evolución —como prueba sobre todo la serie de las sedes elegidas de 1901 a 1948 para las Conferencias Panamericanas— la América

Latina ha entendido siempre dar el más entusiasta apoyo. Un ilustre publicista norteamericano, James Brown Scott ha dado a propósito un testimonio autorizado al declarar que "el primer viajero que, partiendo de España, puso el pie en el Nuevo Mundo, llevaba consigo el **derecho natural** y el **derecho de gentes** de los canonistas y teólogos españoles, y esos principios han permanecido inmutables no sólo en los vastos dominios españoles y portugueses, sino también en Estados Unidos y en Canadá".

En efecto la misma formación típica de las Naciones del Nuevo Mundo las ha llevado a considerar preeminentes, aun frente al Estado, los derechos de la persona humana. Todas esas naciones parecen engendradas forzosamente por un pacto social con el que, sellándose la emancipación política con respecto a Europa, el nuevo Estado se constituía depositario de la autoridad a fin de asumir —como se dice en la Declaración de Independencia de Estados Unidos—, uno de los más grandes documentos de la historia humana— el puesto que le compete en virtud de las leyes de la naturaleza y de las del Dios de esa naturaleza".

En cuanto concierne a la América Latina, los principios del derecho natural han inspirado vigorosamente la obra de Bolívar y de los otros grandes libertadores, modelando profundamente el alma y el pensamiento político de las gentes.

He visto además que el Panamericanismo significa defensa de aquellas instituciones democráticas en las que los latinoamericanos han tenido siempre fe. Aun el Brasil, el único país de América Latina que no ha vivido desde el comienzo de su era independiente bajo un régimen republicano, se ha distinguido, inclusive bajo el Imperio, por su espíritu eminentemente democrático. Puede decirse que ese gran país fué hasta 1889 sustancialmente una República coronada. Y no carece de significado el hecho de que la Primera Conferencia Panamericana se reunió en la misma fecha en que surgía la República del Brasil.

Pero nótese que los latinoamericanos no confunden, como ocurre a veces en el Viejo Mundo, la democracia con el parlamenta-

rismo. Para ellos la democracia —que puede asumir en sentido absoluto las más variadas formas institucionales, de la República parlamentaria a la presidencial y a la monarquía constitucional—, debe significar más que una forma de gobierno, un régimen representativo o, mejor todavía, un espíritu, una actitud de los poderes del Estado con respecto a la persona humana, de modo que la dignidad de ésta y sus derechos intangibles sean garantizados y protegidos.

En América Latina, por fin, se tiene vivo y apasionado, con no menor firmeza que en la América del Norte, el sentido de respeto por el principio "pacta sunt servanda", esto es, por la ley del contrato, en cuanto la conciencia popular considera tal ley como un fundamento del derecho de gentes y de la paz. Mientras Europa estaba ya violentamente dominada por las convulsiones pre-bélicas en 1938, esto es pocas semanas después del Convenio de Munich, fueron reafirmados en Lima, por la Octava Conferencia Panamericana, los principios sobre los cuales reposa la moral internacional y entre ellos el que establece que "el respeto y la fiel observancia de los tratados constituyen la regla indispensable para el desarrollo de las relaciones pacíficas entre Estados". Y la actitud asumida en Panamá, el 3 de Octubre de 1939, con la VI Resolución de la Conferencia de Consulta Panamericana, recomendando a los Estados europeos las iniciativas tendientes a humanizar las leyes de la guerra, es claro indicio de esta noble ansia de la América Latina por la defensa de los principios morales, que naturalmente condenan el sedicente "derecho de conquista". La Tercera Conferencia de Consulta, realizada en Río de Janeiro en enero de 1942, con su XXXIII Resolución aprobada por unanimidad, consagra enfáticamente la voluntad de los países latinoamericanos de mantener la actividad internacional bajo el amparo de la moral cristiana.

Espero que de lo dicho se deduzca con suficiente claridad que la América Latina tiene sin duda graves problemas por resolver. Son problemas que durante mis viajes me ha parecido poder sinte-

tizar en un colosal desequilibrio entre Geografía e Historia, entre espacios y hombres. Por lo demás, la América Latina, no obstante la heterogeneidad de las razas que alberga en sus ricos e infinitos territorios, los distintos injertos de fuerzas históricas extrañas, proclama ante el mundo entero que es posible vivir aun hoy una vida de paz, de trabajo, de democracia y libertad. En el fondo, este es el mensaje que ahora se nos manifiesta en su civilización. En la base de ésta se hallan los valores de la latinidad y de la cristianidad, y, por tanto, las fuentes eternas del "Mediterráneo".

Pero al lado de estos valores, las riquezas típicas del suelo, las tradiciones y las realidades pre-coloniales, los trasplantes del arte hispánico, la épica lucha por la emancipación, el sentido cívico y democrático de la vida, el amor por la libertad (amor que en esas lejanas y hospitalarias tierras he gustado yo mismo como un reflejo de la inmensidad de los espacios y la belleza de los paisajes), el ansia de dar el más generoso aporte a la reconstrucción de este mundo post-bélico, el culto del derecho, constituyen elementos fundamentales de la vida y de la historia de los pueblos latinoamericanos, en los que reside, hoy sobre todo, una defensa al par que una promesa para toda la humanidad civilizada.

Roma, 1948.

## ACTUALIDAD Y ELOGIO DE DON JUAN MONTALVO

Por VICENTE SAENZ.

En un florido valle de los Andes mayores, al pie del Tungurahua que a cinco mil metros de altura horada el firmamento, adormece su larga tradición, romántica y heroica, la pequeña ciudad ecuatoriana de San Juan de Dios de Ambato.

Al norte, con los reflejos del sol, hace brillar sus blancas guejeras milenarias el imponente Cotopaxi. En la lejanía del sur se alza majestuoso el Chimborazo, celoso nevado de las cimas de América. Al este y al poniente saltan espumosos y acrecidos los turbiones bravíos, por entre peñones y rocas. En la fértil tierra, siempre en celo, para concebir, multiplicándose los campos de labranza, manejan el arado los peones poderosos, y hay olor de frutas maduras y música de pájaros en el intenso verdor de las praderas.

En escenario de tal fuerza y atracción, nació don Juan Montalvo, el trece de abril de 1832. Nieto fue nuestro estilista de español dominador, inquieto y valeroso, que tanto se las había en Nueva Granada con el cortante cierzo de las más altas cumbres, como bajaba por el lomo de las cordilleras el paludismo y el calor del trópico.

Sosiego y dulzura conyugal logra encontrar, por fin, en la población de Guano, el fuerte andaluz Santos Montalvo. Mas como la prole fuese crecida, sin que pudiera ser bastante la heredad para dotar con largueza a doce hijos, ávidos los varones de probar fortuna, viajan, forman empresas, contraen matrimonio y se avecinan en diversas provincias del Ecuador.

El séptimo de ellos, Marcos Montalvo, después de estudiar en su poblado lo poco que a fines del siglo dieciocho se enseñaba, en humildes y remotos establecimientos religiosos, obtiene la bendición del padre, con su jovial optimismo, su guitarra y sus canciones, infunde ánimo a la pobre madre atribulada, hincó las espuelas en brioso alazán de pura sangre, y toma con decisión y gallardía las riendas de su destino en propia mano.

Buena suerte, prósperos negocios, fugaces idilios de juventud, firmes y provechosas amistades, granjéale su carácter al arrogante criollo. Hasta que detiene su marcha frente al altar. Vino la novia de finca cercana situada en Quinchicoto. San Juan de Dios de Ambato, será su residencia. Allí, en amplia casona solariega, van naciendo los hijos. El menor de ellos, Juan María Montalvo y Fiallos, habrá de ser con el tiempo uno de los más notables escritores del habla castellana.

\* \* \*

De la prodigiosa geografía que vivió y sintió el ilustre polemista, en su niñez y parte de su juventud, de la lujuria exuberante de la zona tropical, de los panoramas indescritibles que le "imprimieron carácter" a su conciencia, y a lo que hoy se llama subconciencia, escribió el propio Montalvo disculpándose —según afirma don Rufino Blanco Fombona— de haber continuado el Quijote en los Capítulos que se le olvidaron a Cervantes:

"El espectáculo de las montañas que corren a lo largo del

horizonte y obscurecen la bóveda celeste, haciendo sombra para arriba; los volcanes estupendos que se levantan en la Cordillera, de trecho en trecho, cual fortificaciones inquebrantables erigidas allí por el Omnipotente contra los asaltos de algunos gigantes de otros mundos, enemigos de la tierra, el cielo azul en cuyo centro resplandece el sol desembozado, como el rey de los astros; las estrellas encendidas en medio de esa profunda pero amable obscuridad que sirve de libro, donde se estampa en luminosos caracteres la poesía de la noche; los ríos que se abren paso por entre rocas zahareñas, y despedazándose en los infiernos de sus cauces, rugen y hacen temblar los montes; estas cosas infunden en el corazón del hijo de la naturaleza ese amor compuesto de mil sensaciones rústicas, fuentes donde hierve la poesía que endiosa a las razas nacidas para lo grande”.

Sol brillante de los trópicos; fecundas selvas equinocciales; torrentes maravillosos, que con el estruendo de sus caídas pareciera que están lanzando un reto a las del Niágara; elevadas crestas y profundos abismos; toda esta grandeza forja, no cabe duda, el carácter extraordinario, el espíritu recio y apasionado de don Juan Montalvo.

Años antes, en aquel mismo escenario, atravesando cumbres y saltando abismos, remontándose como pegasos, los próceres de la espada habían podido consumir la gesta máxima de la independencia americana. Cumplida o fracasada en parte la misión de los guerreros, rota la unidad que habían soñado; desatadas las bajas pasiones de algunos lugartenientes de inferior categoría, surgen en nuestro medio los grandes maestros del idioma, quienes se esfuerzan por cumplir su alta misión, intelectual y ética.

Bolívar es su padre. La pluma sigue a la espada con parecidos fulgores. Boyacás y Carabobos, Pichinchas y Ayacuchos, son las páginas orientadoras de esas mentes privilegiadas, de esos varones nobilísimos, entre los que ocupa lugar de primera fila el autor insobornable de las **Catilinarias**.



\* \* \*

Por los años de 1838 a 1845 Francisco Montalvo, hermano mayor del pequeño Juan María, ha hecho brillante carrera universitaria en Quito. Se le quiere y se le respeta como doctor en jurisprudencia y como catedrático de Humanidades. Empieza a ocupar, por otra parte, sitio destacado en la política del país.

Ocupar sitio destacado en la política hispanoamericana durante aquellos años caóticos —y todavía en este siglo de barbarie supercivilizada— por lo menos en algunos feudos, ya sabemos lo que significa.

¡De un alto puesto a la penitenciaría o al cementerio, según vaya la montonera! ¡De muchos honores, mientras se disfruta del poder, aplausos, vivas y genuflexiones profundas, a la abyección y al denuesto! ¡De una sabrosa curul legislativa a las amargas y miserias del destierro, exceptuando a los antecesores de ciertos políticos de nuestra fecha, que siempre han tenido **previsión** y **provisión** para distraerse y consolarse en el exilio! Y cuando da vueltas la rueda, a golpes de arcabuz o de machete, otra vez los de abajo arriba y los de arriba al suelo, con variedad abundante de matices en las amenazas, los ultrajes y las persecuciones.

Cosas como éstas sufrió el doctor Montalvo, adversario rotundo de la Constitución florista o floreana de 1843, conocida por "Carta de Esclavitud"; defensor acalorado de las normas democráticas; liberal como su padre, quien durante las guerras de independencia había luchado abiertamente por la República, logrando salvarse milagrosamente de la inmisericorde venganza de los realistas fernandinos.

Si Marcos Montalvo tuvo que escapar hacia la costa en 1830, ser víctima de numerosas peripecias y ocultarse en Guayaquil, su hijo primogénito corre igual malaventura 23 años después —como acaecerá también con el menor de la familia—, bregando to-

os ellos por ideales de civilización, de libertad y de progreso. El atedrático de Humanidades es lanzado a la expatriación por el obierno del General-Presidente Juan José Flores, antiguo soldado de Bolívar y futuro brazo derecho de García Moreno. ¡El señor General Flores, aguerrido y brillante militar venezolano, ya o creía, ni mucho menos, en las doctrinas avanzadas del Libertador!

Pero da vuelta la rueda. Tiene Flores que dejar el mando y oman el poder los liberales. Regresan los desterrados, entre ellos l doctor Montalvo, todavía débil y enfermo por el calor del tróico y la fiebre amarilla que le hizo su presa en Guayaquil. Aho-a es diputado por Pichincha; se le nombra Secretario de la Con-ención Nacional de 1845; y el Presidente Roca, en demostración e aprecio y gratitud, lo retiene a su lado con altas posiciones de onfianza.

El adolescente Juan María acaba por esos meses de cumplir ce años. Poco ha podido enseñarle en la desmantelada escuela le San Juan de Dios de Ambato, aparte del catecismo y las pri-neras letras, el sufrido y bonachón maestro Romero, quien más ntendía de manejar la fusta y la palmeta para escarmiento de ños revoltosos, que de complicados sistemas educativos no pue-os a la sazón en boga.

Al pasar el doctor Montalvo por la ciudad de Ambato con lrección a Quito, sugiere al padre la necesidad de llevar consi-go al Benjamín, ya que su inteligencia y su discernimiento bien umeritan una educación más esmerada. Don Marcos que ya está en la madurez de los sesenta, que ha podido hacer con su trabajo regular fortuna, invertida en su establecimiento comercial, en su hacienda de Baños y en sus huertos de Ficoa, quisiera conservar en la casona a Juan María, quien ya le ayuda con los libros y otros menesteres del negocio. Está de acuerdo, sin embargo, en que el despierto mozo siga las huellas de sus hermanos mayores en los colegios de la capital.

En 1846 ya tenemos al ambateño como alumno de secunda-ria en el Colegio de San Fernando. En 1848, con diploma de haber

terminado satisfactoriamente sus estudios de latinidad, y con mención honorífica por haber observado conducta irreprochable, se matricula en el Seminario de San Luis. A este benemérito plantel de los jesuítas se le considera, desde la época colonial, "como el primero de estos reinos, así por lo bien organizado como por la calidad y el número de los alumnos".

En marzo de 1851 se gradúa de "Maestro en Filosofía", con las más altas calificaciones. Ingresa después en la Universidad de Santo Tomás de Aquino, pero la muerte de su hermano y protector en noviembre de 1852, y la de su padre en agosto de 1853, lo mueven a dejar sus estudios y sus valiosas amistades de Quito, cuando entra apenas a la mayoría de los veintiuno. Con buen acopio de libros y apuntes, alterna entonces su tiempo entre la plácida tranquilidad de Ambato, los árboles frutales de Ficoa y la naturaleza pródiga de la finca de "Puntzang" en Baños.

\* \* \*

Casi cuatro años pasará Montalvo en su soledad de los Andes, rodeado de sus familiares, de humildes campesinos y de sus amistades de Ambato. Lee constantemente a los clásicos antiguos, a los grandes poetas del Renacimiento, a los enciclopedistas, a los autores castellanos de la edad de oro, a Shakespeare, a Víctor Hugo y a Lord Byron.

Recordando ese período de su vida, que apenas interrumpe de tarde en tarde para dirigirse a la capital en busca de nuevos libros, escribirá el propio Montalvo: "Habían pasado ya por mis horcas caudinas las Vidas Paralelas de Plutarco, las Décadas de Tito Livio, los Doce Césares de Suetonio, la Vida de Alejandro por Middleton, y otras muchas obras por el estilo".

De estos grandes maestros y de sus hondas meditaciones frente a la majestad de la naturaleza que lo rodeaba, aprendió Mon-

talvo lo que daríale fama y prestigio en su carrera de escritor, así como la augusta serenidad de los hombres superiores en el calvario de su apostolado. Pero esa misma naturaleza y mentores tan esclarecidos harán su carácter irritable y taciturno, porque ya no cabe en el ambiente conventual de Quito, y porque siente la obligación y la responsabilidad de enfrentarse a los ultramontanos y a los hombres de cuartel que dominan en su patria.

A mediados de 1857, gracias al prestigio y a la influencia política de su segundo hermano, Francisco Javier, extiende nombramiento el Ministerio de Relaciones Exteriores a favor del joven Juan Montalvo, como adjunto a la Legación de Italia, y posteriormente como Secretario en París. Viaja entonces por las principales ciudades del antiguo continente, se sumerge en las ruinas de la vieja Roma, se extasía en Florencia, llega hasta Venecia, sigue para España, concurre en París a tertulias literarias, se hace amigo de Lamartine y de otros escritores y poetas, pero una intensa nostalgia lo hace pensar en el regreso a sus tierras de Baños y a sus huertos de Ficoa.

Desde París escribe a su hermano en los últimos meses de 1859: "Es inútil repetirte que sólo un vehemente deseo de aprender y de hacer alguna cosa, puede detener en París a un hombre razonable: esta algazara sin término, esta agitación y este bullicio, me llenan de angustia y de fatiga".—"Supongamos que hay goces; ¿pero quién es el que no se cansa? Yo no soy constante sino en mis buenos sentimientos, y los placeres que no nacen del corazón son para mí maldades, o ridículas ficciones que desprecio y aborrezco".—"Es cosa convenida que en París no hay corazón; y el que tratase de hablar de sentimientos, no haría otro papel que el de un inocente provinciano. París es una sirena: dice mucho a los ojos; mas su aliento emponzoña y acarrea la muerte".—"Alzo la vista, y ella no pasa de ese paredón inmenso que me cierra el horizonte; quiero aire, quiero luz, quiero silencio, tengo que hacer un viaje para encontrar el campo. Aquí no veo una montaña, aquí no puedo pasearme por una colina solitaria, en

donde tenga sentimientos dulces, en donde sienta esa poética melancolía, que nunca deja de ser un bien, en vez de este fastidio, esta inquietud, este malestar que nos persiguen por cualquier parte".—"Tú me conoces, o más bien no me conoces. Callado entraba siempre a casa y allí buscaba la soledad. Pero sabía que estaba entre los míos, y ese misántropo intratable, estaba lleno de amor y de cariño por su familia y por su amigo. Nunca lo he dicho a nadie, verdad; pero las palabras no son siempre pruebas de los sentimientos, y esas calladas afecciones son más bellas, porque tienen el mérito del sacrificio".

Tocante a la religiosidad de Montalvo, para los que le acusaran y aún le acusan de rojo y descreído, bien vale la pena reproducir los párrafos siguientes sobre la Catedral de Nuestra Señora de París: "Inexplicable impresión me causó ese edificio misterioso; desde luego su pórtico es imponente, y bien se conoce que son muchos los años que pesan sobre el domo inmenso. Con cierto temor y sagrado respeto penetré en las naves. ¡Qué emociones las sentidas! Parece que allí se respira un aire sagrado, y el espíritu se conmueve de tal modo que si un ateo entrara en ese templo, saldría con el corazón y el pensamiento llenos de un Dios que no había sentido antes. La majestad y la grandeza del recinto; su silencio, solamente interrumpido por las prolongadas vibraciones de una campana, que invita a la plegaria; aquella lámpara que despide una luz rojiza y apagada; este sollozo comprimido que sale detrás de una columna, son cosas que causan una impresión profunda en el corazón naturalmente triste de un extranjero, que busca los lugares solitarios".

A principios del 60 resuelve presentar ante el Ministro Plenipotenciario la renuncia de su cargo; pide que se le cubra únicamente la mitad de sus emolumentos, y solicita que se le resuelva su situación para regresar al Ecuador. En esos mismos días escribe otra vez a su hermano:

"Yo, habituado a la cuadra, ¿cómo estaré aquí? Ni veo un Cayambe a lo lejos, ni un ejido verde se extiende a mi vista, ni una acequia de agua viene rodando del cerro, ni un árbol en

torno mío, ni una flor, ni aire libre, ni sol en el invierno, ni sombra en el verano, ni nada, oh Dios, ni nada. Venir acá de nuestro espacio y nuestra libertad y nuestra luz de América, es lo mismo que bajar del mundo al limbo”.—“¿Qué me importan esos soberbios e inmortales puentes por los que he pasado de una a otra nación? Más emociones sentiré cuando vuelva a pasar balanceando y vacilante el palo de la acequia de Ficoa o un arrayán caído que había en un arroyo de “Puntzang”. Por ahora más pienso en Baños que en Roma, y con mucho más gusto volvería a ver al infeliz negro Benito con su cotona de jerga y su carga de leña, que al Pontífice en persona con sus atavíos escarlata y su cayado de oro”.

\* \* \*

Quebrantada la salud, terriblemente enflaquecido, melancólico y nervioso llega el joven don Juan de regreso al Ecuador, en 1860. En esos mismos días acababa de afianzar su autoridad en el antiguo reino de Atahualpa don Gabriel García Moreno, después de derrotar en Guayaquil al inescrupuloso y turbulento militar Guillermo Franco. A partir de esa fecha hasta su muerte en 1875, habrá de ser García Moreno el amo y señor de la tierra ecuatoriana. “Hay en usted elementos para héroe y para tirano”, escribe Montalvo desde su retiro de enfermo al poderoso, el 26 de setiembre de ese año. Y agrega en impetuosa carta, con mucho de juvenil ingenuidad que hará sonreír al dictador:

“Salgo apenas de esa edad de la que no se hace caso y, a Dios gracias, principio abominando toda clase de indignidades”. “No piense usted en Rosas, ni en Monagas, ni en Santana sino para detestarlos; acuérdesese de Hamilton y de Jefferson para venerarlos; eso será ya una virtud, un buen augurio”. “Dimita usted ante la República el poder absoluto que ahora tiene en sus manos; si los pueblos en pleno uso de su albedrío quieren con-

fiarle su suerte, acéptelo, y sea buen magistrado; si le rechazan resígnese, y sea buen ciudadano". "Algunos años vividos lejos de mi patria, en el ejercicio de conocer y aborrecer a los déspotas de Europa, hanme enseñado al mismo tiempo a conocer y despreciar a los tiranuelos de la América española. Si alguna vez me resignara a tomar parte en nuestras pobres cosas, usted y cualquier otro cuya conducta pública fuera hostil a las libertades y derechos de los pueblos, tendría en mí un enemigo, y no vulgar".

Este reto de Montalvo cristaliza años después, al terminar el primer periódico dictatorial de García Moreno, en *El Cosmopolita*, cuya aparición en enero de 1866 provoca las más opuestas reacciones en la ciudad de Quito. García Moreno y el grupo poderoso de los fanáticos y de los reaccionarios, con un gobernante que será provisional, siguen dominando al Ecuador. Para ellos y para la gran masa del público, incluso para los intelectuales de la época que le niegan preparación y talento de escritor, Juan Montalvo no es más que un hereje, un ambicioso vulgar, un "zambo tullido" después de sus viajes sentimentales por Europa, según soneto que hizo publicar el propio ex-Presidente García Moreno, cuya paternidad se le adjudica y que termina en esta forma:

¡Oh tiempo mal perdido! ¡Oh desengaño!  
dejar las tunas, el nogal, la sierra  
por variar de costumbres y de teatro;

Y tras tanta fatiga y largos años  
regresar de cuadrúpedo a su tierra  
quien, yéndose en dos pies, ¡volvióse en cuatro!

Contesta Montalvo a esos ataques, aunque trata de aparecer sereno, con palabras de indignación y de protesta. Será necesario recordar que, coincidiendo con los cinco primeros años de la dictadura morenista, había sufrido nuestro torturado escritor un intenso y doloroso drama, con su mal avenido casamiento,

porque el apasionado amor de los amantes no pudo ser la mutua comprensión ni la abnegada solicitud del matrimonio. Tasca Montalvo sus personales sinsabores: disimula, hasta donde puede, las palabras soeces que le endilga la reacción; y sigue publicando sus entregas de **El Cosmopolita**, en diversas épocas según lo permiten sus recursos, hasta 1869 en que de nuevo toma el poder García Moreno, y tiene su adversario que expatriarse para salvar la vida.

Juzgo indispensable reproducir unos pocos párrafos de esa histórica publicación, en los que se reflejan el pensamiento y la personalidad rebelde del estilista ecuatoriano. Escribió Montalvo en el primer número, cuando García Moreno, aparentemente, había dejado el mando:

“Mucho es que ya podamos exhalar en quejas la opresión en que hemos vivido tantos años; mucho es que no hayamos quedado mudos de remate a fuerza de callar por fuerza; mucho es que el pensamiento e ideas de los ciudadanos puedan ser expresadas y oídas por los ciudadanos. La tiranía también se acaba, sí, la tiranía también tiene su término; y a veces suele ser el más corto de todos, según dicen los profetas: “Ví al impío fuerte, elevado, como el cedro; pasé y ya no le ví; volví y ya no le encontré”. Ahora nos falta que no vuelva, en el cual santo deseo Dios está para ayudarnos”.

“Escribamos, hablemos, levantemos el ánimo de nuestros abatidos compatriotas a mejores deseos y más honrosos pensamientos. Cumplamos los deberes de ciudadanos exigiendo la realidad de nuestros derechos, obedeciendo las leyes, llenando las obligaciones que se derivan de ellas, y procurando con el influjo de la pluma corregir las costumbres sociales, malamente estragadas en el decurso de estos años. Esperamos con alto fundamento no hallarnos en la necesidad de entrar en la estacada para combatir violadores de la Constitución, desconocedores del derecho ajeno, holladores de los Códigos que reconoce la República. Don Gabriel García Moreno no es modelo de imitarse para quedar bien con Dios y con los hombres”.

“García Moreno ha dejado el mando, es cierto; pero con él



no se le acaba su carácter, ni los ímpetus de su genio son menos de temer. Siempre es audaz, siempre arrojado, siempre poderoso de su persona, y, según es lengua, diestro en el manejo de las armas. ¿Será de cobardes irritarle con la verdad y arrostrar su ira? La cosa es clara: nadie que no esté firmemente resuelto ni se sienta con ánimo para morir de sus manos, o para matarle en propia y natural defensa, habría de ir a echarle el agraz en el ojo”.

“Si en nuestras manos estuviera la suerte de don Gabriel, le pusiéramos cortésmente en la frontera, siguiendo el consejo de Platón, aunque no se trate de un poeta; no montado sobre un asno, no con pozas, ni con grillos, objeto de vilipendio; pero tampoco adornado de coronas y laureles, sino urbana, humana y generosamente, cual a hombre de nota que supo hacerse “nombrar”, si bien por el mal camino, persona de alto lugar y puesto. Y esa honrosa expatriación que impondríamos a don Gabriel, no sería pena ni obra de la venganza, sino conveniencia suya y de la nación, atento a que su alma inquieta y rudas afecciones no se acomodarán a dejarlo en paz como conviene, y al fin y al cabo darán al traste con él o con la patria. Si así como se deja llevar a esos malévolos empujes, se dejase alumbrar por un rayo de sabiduría, él mismo, de su bella gracia, tomaría el camino de Europa, y allá se fuera a desplegar sus talentos, que les tiene para sabio y no para magistrado”.

A veces, sin embargo, no puede el polemista contener su ira, sobre todo cuando le dicen partidario de Urbina o de cualquier otro caudillo. “Desprecio tanto a los urbinistas como a los morenistas —exclama— si no les gobierna el pundonor; y tanto sería de los unos cuanto de los otros, si la dignidad echase raya entre ellos. Nunca tuve empleo con Urbina, ni lo conocí personalmente sino después de su caída. El no insultar cobarde a un hombre ausente, hombre en desgracia, proscrito, no es escribir como urbinista. El sacar a las barbas del mundo los desafueros del tirano, casi reinante todavía, en su presencia y en su poder, es escribir no como “urbinista” sino como adicto a la verdad y a la filosofía,

que en poco tiene la vida y en menos la muerte".—"Una idea, un principio podrá servir de bandera a un partido; un hombre jamás, sino a los pobres de espíritu. Patria, libertad, honra, he aquí mis caudillos; fuera de ellos no tengo bandera".

Dirá por fin a sus más procaces enemigos: "Si éstos caen en mi pluma, quedarán en tiras, en hilachas, y si es preciso que caigan en mis manos, les obligaré a bofetones a ser hombres. ¿No saben que hay mucha diferencia entre las pobres gentes aforradas a la vida y los que la desprecian? El león es generoso; pero si lo hieren alevosamente, ruge, salta, devora, vende cara su vida. Podrá caer, pero será sobre otros".

Cabe aquí recordar que fue también **El Cosmopolita** fragua perennemente encendida de americanismo fervoroso. En sus columnas condenó Montalvo el bombardeo de Valparaíso por la flota española. Defendió en forma brillante al México de Juárez, que se había enfrentado valerosamente a la invasión francesa, y que culminó con el fusilamiento de Maximiliano; estigmatizó, en suma, todo movimiento, militar o diplomático de las grandes potencias, que significara agresión a los pueblos hispanoamericanos, o mengua de su integridad territorial y de su soberanía.

¡Cuánto nos hubiera servido la pluma de don Juan Montalvo en los comienzos de este siglo, allí donde dictaduras y presidencias de nuestros pueblos aherrojados, se asociaban con empréstitos y concesiones, marinos "constabularios" y tratados humillantes! ¡Cuánto, si hubiera podido asistir a la tragedia de algunas repúblicas hermanas, ocupadas por fuerzas extranjeras! ¡Cuánto, si alentase su espíritu indomable en esta época de congresos mundiales, de congresos de paz de las grandes potencias, en que se ignora el conglomerado lealmente revolucionario y democrático de nuestra América!

Ya hemos visto de qué manera admiraba el gran ecuatoriano a Hamilton y a Jefferson, precursor este último de Lincoln, en su lucha victoriosa contra la esclavitud. Con ellos estaba Montalvo, como estaría con la política de buena vecindad del Presidente Roosevelt. Esa sería su tesis, y la tesis de los libertadores. ¡Pero

cómo fulminaría su pluma contra toda clase de imperialismos, contra cualquier humillación de nuestros pueblos, contra el afán de lucro y la **incapacidad moral** de ciertos estadistas de nuestra raza, a cuyo **debe** cargará la historia el hambre, la miseria, la ignorancia y la desesperación de cien millones de hipanoamericanos!

\* \* \*

No era **incapaz moral** García Moreno. No era hombre a quien pudiera sobornar ningún banquero ni atraer con sus ofertas ningún concesionario. Fue tirano, pero no tiranuelo; dictador —según escribía el propio Montalvo—, pero de estatura aventajada, hasta donde no puede llegar ni comparársele el actual torturador del alma hispánica, por mucho que se les busque parecido, general de la caverna don Francisco Franco. “Como Sarmiento para Rosas —ha escrito José Enrique Rodró—, Montalvo para García Moreno”. Y estudiando el caso concreto que nos ocupa, dice a continuación el insospechable autor del **Mirador de Próspero**:

“De cuantos despotismos han pesado sobre la América española, éste del gobernante ecuatoriano es de los que ofrecen más originalidad y carácter. Tuvo por fundamento la intolerancia religiosa, y el hombre que concibió e impuso a su pueblo esa monstruosidad reaccionaria, distaba mucho de ser un hombre vulgar, ni por la calidad de la energía ni por las prendas del entendimiento. Hijo de noble cuna, realzado por su esfuerzo propio, en prestigios cívicos y sociales; dueño de una cultura superior, largamente acendrada en viaje por Europa, don Gabriel García Moreno pasó a ser triunviro y Presidente desde una cátedra de la Universidad. No era malvado por instinto, ni por ambición groseramente egoísta. Era fanático religioso, y ésta es la raíz de su maldad, porque es la clave entera de su personalidad de obsesionado”.

Bajo el dominio de un mandatario con semejante obsesión,

que no se detuvo en privar de la ciudadanía a los que se negaran a practicar los dogmas y sacramentos de la Iglesia, tenía que ser el Ecuador feudo del alto clero romano, refugio de instituciones monacales, paraíso de arzobispos y obispos como los que han firmado, en nuestros días, increíbles cartas pastorales contra el pueblo católico español, en apoyo indirecto del ya desaparecido régimen totalitario de Hitler y de Mussolini.

Para García Moreno, en todo y sobre todo, censura eclesiástica, inquisición oficial. Pareciera que se habían puesto de acuerdo la cruz y el cadalso. Tal el hombre cuyo despotismo combatió Montalvo heroicamente, en su patria primero, en el exilio después; y tal el medio —obscuridad y regresión— que con los destellos de su pluma trataba de iluminar el formidable luchador.

La hipocresía, la intolerancia religiosa, el fanatismo convertido en azote, el abuso de la fe católica, el materialismo de cierta clase de clérigos: esos fueron los vicios, los grandes males que combatió Montalvo. Se le repitió el cargo de herejía, no importa que hubiese respetado siempre los principios de la religión; se insistió en difamarlo, se le llenó de improperios, se le excomulgó; y siguiéndole la persecución al ostracismo, el puñal y el veneno estuvieron repetidas veces a punto de acabar con aquella vida sin doblez, íntegramente dedicada a defender altos ideales y principios generosos, por los que continúa luchando el sér humano.

Sarían labor de muchas páginas seguir en todos sus aspectos la vida y la obra de Montalvo. Basta decir que en su destierro de seis años, hasta la muerte de García Moreno en 1875, sufrió indecibles amarguras y no pocas decepciones, ocasionadas a veces por su propios compañeros de expatriación, entre ellos Ignacio Veintimilla y algunos otros políticos oportunistas, que bien cabrían en lo que ya se dijo antes sobre **previsión** y **provisión**.

Acaudalados como estaban ellos para holgar y divertirse, dieron en criticar las urgencias económicas del escritor, en lo cual han insistido algunos de sus biógrafos. Cabe declarar sobre este punto que dificultades y penurias como las que tuvo que resol-

ver Montalvo en Europa, con el auxilio de familiares o amigos, no lo fueron para el despilfarro, los placeres del cuerpo, el vicio ni las extravagancias de los rastacueros. Ponía él su trabajo, su preparación y su talento en batallas incesantes por la libertad del Ecuador. ¿Era mucho que los que estaban lejos de la patria le ayudaran, ayudándose a sí mismos, y que contribuyeran en costear la obra del polemista extraordinario que dedicaba todo su tiempo, no a defenderlos a ellos —en verdad— sino a denunciar y combatir la dictadura?

Desesperado por su situación precaria escribía desde Niza, en septiembre de 1869, a uno de sus mejores amigos: "...La última peseta me la he comido ya. ¿Qué le diré al dueño de la casa el día de la próxima cuenta? Nunca había yo pensado que el destierro tomase tan horrible forma: los amigos, los partidarios de una misma causa deben repartirse el hambre y la comodidad como hermanos; para los proscritos de la misma patria, cada uno de ellos debe ser persona sagrada. Pero no lo entiende así el duro corazón de los ecuatorianos; habiéndome dirigido casi con ternura en París, al que yo tenía por el mejor de todos (se refiere al Arzobispo Checa y Barba), salí mal. Si el hijo de Jesucrito obra con esa misericordia, ¿qué serán los impíos?"

Se le ha criticado por tan merecida y por otras quejas o censuras de igual tenor, no obstante su desprendimiento cuando los libros que logró editar le pusieron en situación de socorrer, por su parte, a los que posteriormente se pondrían en contra suya, acaso porque sólo buscaban la facilidad del alto puesto, en donde no era posible que los siguiera y alentara la fuerte reciedumbre de Montalvo.

Su modo de ser reconcentrado, poco sociable, silencioso, su austeridad y su misantropía; su natural inclinación al aislamiento y al amor de sus papeles, no habían menester de pedirle nada a nadie. De sobra hubiera tenido para vivir tranquilo —si el egoísmo y el reposo de la sumisión fueran su norte— con mantener y mejorar la heredad de sus mayores en Ambato, o los veci-

nos huertos de Ficoa, o la hermosa hacienda de sus familiares en la cercanía de Baños.

Y aún le hubiera alcanzado, como a cualquier escritor canijo, para dedicarse a producir obras netamente literarias, sin complicaciones ni peligros, es decir, para buscar plácido acomodo en lo que suele denominarse "la cultura por la cultura y el arte por el arte", vieja **fórmula neutra** de los que no quieren asumir su responsabilidad mental, ni su responsabilidad moral ante la vida.

En estas cosas debieron haber pensado los malquerientes de Montalvo en el siglo diecinueve, y los que todavía le quedan en mitad del siglo veinte, para no caer en juicio temerario.

\* \* \*

El 6 de agosto de 1875, en vísperas de proclamar una vez más su reelección el dictador García Moreno, cuatro jóvenes estudiantes completaron la obra intelectual de Montalvo, con ciertos disparos y afiladas hojas de puñal. La labor del escritor en **El Cosmopolita**, hasta que fue suprimido por la tiranía, sus posteriores prédicas durante casi seis años de penoso retiro en el pueblo colombiano de Ipiales, así que regresó de Europa; **La Dictadura Perpetua**, su famosa y encendida réplica de 1874 al "Star and Herald" de Panamá, que patrocinaba la reelección del poderoso mandatario ecuatoriano, habían dado su fruto. Y pudo entonces exclamar el fiero combatiente: "Mi pluma le mató".

Desaparecido el déspota siguió empero su sombra gobernando al Ecuador, en la administración infortunada de don Antonio Borrero. De nuevo en Quito, puede advertir don Juan que no habrá reformas a la Constitución teocrática de García Moreno, y que no será posible obtener leyes y procedimientos efectivamente liberales, hondamente humanos, civilizadores, como fruto de tan amargas experiencias y de tantos y tan dolorosos sacrificios.

Establece a continuación **El Regenerador**. Vigoriza con su propaganda y con su prestigio el movimiento contra la ineptitud manifiesta de Borrero. Se vale del sarcasmo y de la ironía para combatir a funcionarios mediocres, con pretensiones nobiliarias. Señala otra vez la complicidad de la mitra y sus acólitos con aquel estado de cosas, hasta que empieza a desmoronarse el régimen ante el empuje de la revolución liberal.

Mas he aquí que de la caída de Borrero, se aprovecha el anteriormente citado general Ignacio Veintimilla, militar audaz e ignorante, del brazo del ex-Presidente José María Urbina. El golpe se ha dado en Guayaquil a mediados de septiembre de 1876. Urbina trata de atraerse a Montalvo, pero el gran rebelde, tras de reñir a injurias con el viejo político, abandona el aposento en que se reúnen. Veintimilla, temeroso de tan irreductible adversario, le hace tomar preso y manda que lo embarquen con rumbo al norte. El barco lo deja en Panamá, sin un centavo, sin amigos, expuesto a sufrir de nuevo privaciones y miserias. Colabora mientras tanto en algunos periódicos, recibe algún auxilio de sus familiares, abogan por su retorno a la patria tres o cuatro liberales influyentes, entre ellos el futuro e inmoldado caudillo Eloy Alfaro, quien por esos días se encuentra en Guayaquil.

Regresa entonces Montalvo, pero no se queda en Quito ni espera proposición ninguna del régimen de Veintimilla. No puede aceptar nada del hombre cuyas costumbres disolutas había conocido en Europa; y que al cabo de los años más se tuerce que endereza. Para darse idea de cómo anda la democracia en el Ecuador a esa fecha, de cómo se tiene respeto por la libertad del prójimo, dirá Montalvo en su clásico estilo que "a quienes concitan la ojeriza del tiranuelo, éste los manda moler a palos dejándolos por muertos". Y se retira nuevamente a su viejo refugio de Ambato, al silencio imponente y augusto de los Andes.

Pero como en el transcurso de 1877 y en los primeros meses del 78 pareciera haber propósitos de enmienda, con anuncios de asamblea constituyente, elecciones populares y respeto al sufragio público, resuelve Montalvo salir otra vez a la brega con **El**

**Regenerador.** Pide en sus columnas "hombres de luces y de virtudes, de juicio recto, espíritu elevado, ánimo vigoroso, temperamento firme, que sepan a lo menos cuál es su encargo y cuáles sus deberes en la asamblea; hombres de bien, aunque no hábiles en la elocuencia; y aunque no sabios y filósofos, dueños por lo menos de los conocimientos indispensables para el objeto con que se han reunido".

Aclara, respecto a la elocuencia: "Hemos dado en la flor de atribuir la palma de la elocuencia a cualquier representante o histrión que echa los bofes con los gritos, y se vuelve pedazos por hacerse admirar del auditorio. El que nada sabe acerca de una materia, ¿cómo ha de hablar de ella? Le faltan las ideas, y donde no hay ideas no ocurren las palabras. Palabras sin fundamento, sin razón, sin sentido, son necedades o locuras. Los insensatos no dejan de hablar; los tontos hablan también, mas esto no es hoja de servicios suficiente para que les hagamos senadores o representantes de la razón".

No obstante que los viejos conservadores de García Moreno, los llamados liberales de Veintimilla y las autoridades eclesiásticas están en contra suya, se sostiene don Juan en la lucha hasta su nueva y definitiva expatriación en 1879. Rechaza el cargo de diputado por la provincia de Esmeraldas, porque está convencido de que la corrupción y el despotismo dominan en la legislatura y en los demás organismos del Gobierno. Cerrado **El Regenerador** en agosto del 78, publica todavía varios trabajos filosóficos y algunos panfletos, entre ellos el que defiende a Eloy Alfaro, queriendo contrarrestar en esa forma la ya inevitable perpetuación del nuevo dictador en el poder. Comprende, sin embargo, que todo es inútil, y así lo hará saber en esta frase:

"Despechado no, pero si me voy desconsolado y triste. De la tiranía hemos caído en la barbarie, de la sangre en las tinieblas; para el hombre de pundonor, no hay patria donde reine la servidumbre con todos sus vicios". Ya bullen en su cerebro las **Catilinarias**, que ha empezado a escribir oculto en Baños y en otros lugares de la cordillera, y que seguirá esbozando en la finca de



algunos de los familiares que aún le quedan en Guano, la lejana población en que radicó su abuelo y donde nació su padre.

De un lado para otro, vigilado y perseguido por los soldados de Veintimilla, van transcurriendo los meses. Se acercan los últimos días de 1879. "En la casa que perteneció al difunto Marcos Montalvo —escribe Gustavo Vásquez Hurtado, cuya biografía del ilustre ecuatoriano me ha dado tanta luz como las páginas de Oscar Efrén Reyes, Agustín Yerovi, Gonzalo Zaldumbide y el epistolario que publicó Isaac J. Barrera—, se nota una agitación inesperada. Los sirvientes transportan las maletas y arreglan los correajes de las faltriqueras, mientras las cabalgaduras esperan impacientes en el patio empedrado. Pero aparece envuelta en la penumbra la silueta de Juan Montalvo, quien se aleja esta vez y para siempre a su destierro. Algunos amigos y los miembros de su familia han venido a despedirle. Tiende el brazo a sus sobrinos y deja las últimas advertencias a los pocos adictos que le quedan.

"Si Pancho llega a ser hostilizado —dice a César Montalvo— dile a tu madre que no haga empeños para solicitar su libertad. Mi padre y mi hermano primogénito fueron leones, y no debe ponerse en contingencia nuestro fundado orgullo".

Uno de sus sobrinos, Ricardo Flores Montalvo, se le acerca pesaroso y le entrega un paquete.

—Mamá se lo manda —le dice—. Montalvo lo abre. Es una bolsa que contiene monedas de oro.

—No las acepto, hijo mío —exclama—. Dios cuidará de mi viaje. Tu pobre madre necesita más que yo ese dinero.

"Protegido por la obscuridad monta en su cabalgadura. El camino que le espera es largo y pedregoso; pero le acompaña su amigo Juan Rumazo. Toman el rumbo del norte, pues se encaminan a Ipiales. Atrás van quedando las sombras alargadas de los árboles, las siluetas de las montañas onduladas, la vega calurosa con sus huertos y sus frutas. Atrás quedan también las tierras de Ficoa, en cuyos recónditos parajes alimentó sus amores, ambiciones y recuerdos".

\* \* \*

La peor de las revoluciones llamará Montalvo a la de 1876, que sirvió para que Veintimilla se quedara en la presidencia durante siete años. Y no tendrá inconveniente en proclamar: "Para lo que ha sucedido en el Ecuador después de la muerte de García Moreno, yo de buena gana le hubiera dejado la vida al gran tirano".

En la segunda de sus **Catilinarias**, que con extraordinario éxito literario y financiero dió a la publicidad en Panamá en 1880, gracias al general Alfaro y a su socio José Miguel Macay, escribió de nuevo Montalvo a propósito de García Moreno, comparándole con Veintimilla: "Don Gabriel García Moreno fue tirano: inteligencia, audacia, ímpetu; sus acciones atroces fueron siempre consumadas con admirable franqueza; adoraba al verdugo, pero aborrecía al asesino. Ignacio Veintimilla no ha sido ni será jamás tirano: la mengua de su cerebro es tal, que no va gran trecho de él a un bruto. Su corazón no late, se revuelve en un montón de cieno. Sus pasiones son las bajas, las insanas; sus ímpetus, los de la materia corrompida".

En subsiguientes entregas de las **Catilinarias** seguirá refiriéndose a su antiguo compañero de destierro en esta forma: "Los bajos, los ruines, pero criminales, pero ladrones, pero traidores, pero asesinos, pero infames como Ignacio Veintimilla, no son ni tiranuelos; son malhechores con quienes tiene que hacer el verdugo, y nada más". "El primero soberbia, el segundo avaricia, el tercero lujuria, el cuarto ira, el quinto gula, el sexto envidia, el séptimo pereza: ésta es la caparazón de esa carne que se llama Ignacio Veintimilla". "En casa del fondista Bonnefoi, en París, pedí una vez albaricoques. Ignacio Veintimilla me estaba tratando de bruto con los ojos. "Hombre —dijo al cabo de su admiración—, usted nunca ha de ser nada"; y pidió estofado de liebre por postres. Había comido res, carnero, gallina, pata, pavo, conejo; raya,

salmón, corvina, ostiones, ostras, cangrejo, y de postres pide liebre; ¿hay animal estráfalario?"

Del general Urbina escribe lo siguiente: "El talento de Urbina ha sido flor venenosa. Ha sido porque ya no existe: libertinaje, embriaguez, prostitución de mil maneras y en mil formas, la marchitaron tiempo ha, la echaron al suelo. Sin Urbina, sin la traición a la patria y al partido liberal, sin su falange de leprosos antiguos, Ignacio Veintimilla, cargado de una fanega de cebada, estaría yendo al molino cada día". "Urbina no robó cuando fue Presidente, y se ha arrepentido de su probidad pasada: hoy roba por hoy, por ayer y por mañana. Roba con descaro, con torpeza, pues su jefe y cómplice, para robar sin miedo él mismo, deja robar a todos".

Acerca del ex-Presidente Borrero: "Todo en él es ridículo. Hizo acto posesivo de su empleo con más de diez revolcones por el camino, en tanto que llegaba a la capital de la República. Montaba, y eso a yegua; la primera vez que le fue preciso apretar entre las piernas un alazán brioso, se vino al suelo de narices". "El decoro nos salva de la ridiculez. Julio César, cosido a puñaladas, no piensa sino en morir decorosamente; estira la esquina de su manto, se cubre como rey, y va a caer en postura decente a los pies de la estatua de Pompeyo. ¡Así procuraran cubrirse todos los que ruedan por el suelo a los embates de la suerte, y no mostraron, como adrede, las reservas del cuerpo, para que su derrumbamiento cause risa! Un presidente de los nuestros no es un emperador romano, mas no por esto se ha de poner a dar zapatetas en el aire, de medio abajo desnudo y de medio arriba vestido".

Cuando alguien se quejaba diciendo: "Ya molestan tantos insultos", dijo el escritor en su octava **Catilinaria**: "Tras el que parece insulto, el lector contemplativo no descubre sino el crimen acosado, el vicio escarnecido, la moral triunfante, las leyes divinas y humanas puestas en cobro y adoradas por su belleza y santidad. La ironía delicada es para culpables delicados. Alcides se va tras Caco, y alcanzádole no le da a entender, con finos circunloquios, que es ladrón; levanta su clava y le fracasa el cráneo. Para un malhechor ordinario, más que ordinario, bestial, sería

fuera de tiempo y lugar la sal ática con que el dulce Andocides pudiera zaherir al brillante Alcibiades. Yo también, si las hubiera con Napoleón el grande, procurara gastar la pimienta de Horacio: para irme sobre jayanes y ladrones, el lenguaje de Teseo”.

Como hasta su destierro de Ipiales le llegaran amenazas y libelos, hechos publicar en contra suya, comentaba: “He desollado verdugos, he desollado pícaros, he desollado ladrones, he desollado traidores, he desollado agiotistas, he desollado indignos, he desollado tantos mal intencionados y, gracias a Dios, a justo título **soy un monstruo**. A mí también me han desollado, con mano torpe, inhábil; pero yo no dejo mi piel; me la echo al hombro y, como San Bartolomé, salgo muy fresco, porque un rocío celestial me baña en lo vivo y destruye los ardores de esa inmensa llaga”.

\* \* \*

En contraste con el estilo del fustigador, hay en las obras de Montalvo un alto espíritu de conmiseración hacia los humildes y los explotados, que complementa su crítica justificada a la falsedad religiosa; y tratándose de comidas frailunas, frases rebosante de clásico humorismo. Sirvan de modelo las siguientes selecciones:

“Entrando adonde molían la caña quedé aterrado: los negros, medio desnudos, estaban todos con mordaza. Debí de haberme puesto pálido: pregunté allí qué significaba eso, y vine a oír que era para que no chupasen una caña; una caña de los mares de esa planta que ellos regaban con el sudor de su frente. El estómago vacío y sediento, el pecho encendido con el fuego del clima, la naturaleza estaba exigiendo vivamente un bocado de aquel zumo bienhechor; y refrigerio tan abundante, tan fácil, imposible para esos desdichados. ¡Gran Dios! ¿son hombres, son fieras los ricos?”

Más adelante: "La desigualdad de las clases sociales, a despecho de la Revolución Francesa, es todavía clamorosa en todo el mundo. El hambre del espíritu, la desnudez de la inteligencia son desdichas tan grandes, por lo menos, como el hambre y desnudez del cuerpo. Que todos sepan leer y escribir es tan necesario, como el que todos tengan un plato de comida y un trapo con qué cubrirse. Esta, esta igualdad es la que deseamos, y la que hará la felicidad de los hombres algún día".

Sobre los falsos religiosos del gran mundo reaccionario: "Guardan abstinencia de viandas en tómporas y vigiliás, pero no de mujeres ajenas; pagan diezmos y primicias a la Iglesia de Dios, y despluman al prójimo a la vuelta de una esquina, o dejan en la calle a la viuda sin amparo; oyen misa cabizbajos, ojicerrados y están pensando en el enredo con que se proponen desnudar al huérfano; confiesan y comulgan jueves y domingo, y se hartan lunes y martes de difamación y calumnia; acompañan al Santísimo, con un farol en la mano, y acaban de matar al moribundo con una mirada llena de mala intención a la alcoba de su esposa".

Refiriéndose al yantar de un tonsurado: "¿Es mala, por ventura, la vida que se da el hijo de la catedral? Su primera refacción es un buen porqué de caldo de gallina, en cuya superficie están yendo y viniendo esos ojos dorados que acreditan la pingüedad del ave doméstica. Tal cual desportillón de pechuga nada de una parte a otra, a manera de restos de un naufragio, y choca por ahí con la molleja que le sale al paso como torpedo alevoso. Esto no le aterrera a su señoría; antes con buen talante y ánimo varonil alza el recipiente de su café de gallina, y con soberbio desdén por la cuchara, da buena cuenta de su contenido. La circunferencia de la taza no es la del cráter del Vesubio; mas si será como el disco de la luna llena; y no tan profunda que no puedan bucear en ella dos o tres dedos del santo hombre, si a dicha sucede que se va a pique la pata del pollo, que le gusta más que la capucha del pescuezo".

\* \* \*

Por tercera vez en Europa, a principios de 1881, inicia los arreglos para publicar sus **Siete Tratados**, que aparecen a la postre en 1883, cuidadosamente impresos por el editor M. Jacquin, de Besanzón. En esta obra había trabajado Montalvo en su retiro del campo y en Ipiales, con empeño y dedicación de verdadero artífice, sin textos, sin diccionarios, sin libros de consulta. Habría de ser su obra maestra, en la que puso tan amoroso cuidado como en los **Capítulos que se le olvidaron a Cervantes**.

He querido hacer estas referencias para que se comprenda hasta qué punto sentía don Juan —siendo un consumado literato— la necesidad de darse por entero al movimiento revolucionario de su patria. En ese mismo año de 1883, cuando ya los originales estaban en la imprenta, recibe informes de que Veintimilla se desmorona, al empuje de la rebelión liberal, encabezada por Eloy Alfaro y por otros jefes dignos de tal nombre. Piensa entonces en su regreso inmediato al Ecuador, y escribe sin demora a su amigo Rafael Portilla:

“Felizmente he podido hacer un arreglo con el impresor, quien conviene en esperar; pero quedan inconclusos los **Siete Tratados**. Queden, pues, como quiera; nada es antes que la suerte de la República. Ojalá llegara yo a tiempo para coger allí al malhechor; la horca quedaría de ejemplo para los malvados de su linaje”. Pero no recibe el dinero que esperaba de su financiador don Miguel Macay, y sus amigos no hacen esfuerzo alguno para facilitar su viaje, preocupados como están con la revolución y la política. Esta falta de interés por su regreso, esta indiferencia o este olvido, producirán una nueva decepción en el espíritu sensible del luchador sin fatiga, que ha dedicado lo mejor de varios lustros a la libertad ecuatoriana.

Meses antes varios admiradores suyos habían puesto en ma-

nos de don Eloy Alfaro —por quién guardó siempre Montalvo excepcional estimación—, los fondos necesarios para que el ya célebre escritor pudiera editar en Francia sus obras literarias. El señor Alfaro —según escribe Vásconez Hurtado— por la urgencia de recursos para emprender sin demora la campaña contra Veintemilla, no tuvo más remedio que disponer de aquel dinero. Cuando Montalvo se informó de lo acaecido, no tuvo gesto ninguno de desaprobación ni de inquietud por la suerte de sus obras. Contestó, sencillamente: “Yo aplaudí ese noble gesto. La libertad primero que la literatura”.

Si en periódicos de Chile, Colombia, Venezuela y el Perú encomiábase la labor del estilista y del patriota; si Miguel Antonio Caro, Rufino José Cuervo, Jorge Isaacs, Adriano Páez y otros varones esclarecidos de diversas repúblicas americanas, lo enaltecían fervorosamente en este lado del Atlántico; si ya en años anteriores Lamartine y Víctor Hugo no le habían escatimado elogios, en cartas personales o en públicos escritos, tan pronto los **Siete Tratados** se comenzaron a distribuir y saborear, Campoamor, Núñez de Arce, don Juan Valera, doña Emilia Pardo Bazán, Emilio Castelar, Leopoldo Alas, rindieron a Montalvo los homenajes que merecía por esa magna obra, mientras desde Italia Edmundo d’Amicis lo saludaba con emoción, y el historiador César Cantú le escribía para decirle “honra de su patria y del género humano”.

Sobre los **Capítulos que se le olvidaron a Cervantes**, publicados después de la muerte del genial autor, Rodó asegura que ese libro extraordinario “es la más durable estatua de Cervantes, labrada con la unción que un artífice devoto pondría en cincelar una imagen sagrada”. Allí la lengua de Castilla en todo su esplendor arcaico; y como en los **Siete Tratados**, sobria elegancia, impecable dominio de frases y vocablos, clasicismo el más puro y sabroso en cada página.

\* \* \*

Sin embargo de ser los **Siete Tratados** alta y generosa obra, ética y estéticamente hablando, que no se hubieran negado a firmar los más preclaros ingenios católicos de cualquier país de nuestro idioma, el Arzobispo de Quito, Monseñor Ignacio Ordóñez, lanzó contra el libro y contra Montalvo rencorosa pastoral, que debería leerse desde el púlpito en todas las iglesias, porque ese volumen no era otra cosa que "nidada de víboras en cesto de flores"; y porque Montalvo, según Ordóñez, "dobla la rodilla ante nuestro adorable Redentor, pero es para darle sacrílegas bofetadas en su rostro divino".

Fuera de sí por la tremenda injusticia de aquella execración, escribió don Juan desde París su fulminante **Mercurial Eclesiástica**, en la que el intransigente mitrado se vino a ver —como diría el propio Montalvo— "de medio abajo desnudo, dando zapatetas en el aire".

No había razón, en realidad, para que el Arzobispo de Quito pretendiera inferirle agravio a uno de los más ilustres y celebrados pensadores de su patria, menos aún señalándolo como enemigo de la ideología cristiana. En los **Siete Tratados** se habla de diversos tipos de mujer, con especial delicadeza y devoción hacia las de diversas capitales de nuestra América; hace Montalvo un encendido elogio de la nobleza, en su sentido intrínseco; se refiere a las características del genio; exalta la memoria de los héroes, dedicándole a Bolívar frases inmortales; ofrece interesantes comentarios acerca de reuniones y convites, en lo que él tituda "Los banquetes de los filósofos"; escribe, por fin, aparte de muchos otros temas, sobre la belleza en el género humano; y aun cuando es verdad que aparece en esas páginas la "Réplica a un sofista pseudo-católico", en cuyo final da su merecido a un siervo de Dios impío, que negó cristiana sepultura a su hermano Carlos Montalvo, también es cierto que hay otros episodios bellísimos del escritor, como **El Cura de Santa Engracia**, en donde podrá verse cómo la misma pluma "hereje" que pintó con merecidos colores al clero anticristiano, supo enaltecer al sacerdote bueno, evangélico, limpio



de cuerpo y alma, pobre y humilde como el santo de Asís:

“¡Señor cura, señor cura!” —dice al de Santa Engracia una mujer atribulada: “anoche han botado este niño en mi casa; yo no puedo criarle: voy a echarle en la calle”.

“¡Bárbara!, en la calle... ¿Sabes lo que dices? Yo tengo madre: ella le tomará a su cargo: déjamelos”. Y apoderándose de la inerme criatura corrió para adentro gritando: “Señora, señora madre, Dios nos envía un huésped. Los niños son bendición del cielo: criémele vuestra merced como me crió a mí mismo”.

\* \* \*

Un día se entró por las puertas del cura una pobre mujer bañada en lágrimas: “Señor cura, mi marido se muere; ni sé qué hacerle, ni tengo para un medicamento; favorézcame”. El cura tomó su capa, su bastón nudoso, y salió con la mujer. ‘Don Pedro, dijo, inclinándose sobre el moribundo, ¿qué tiene?’.

“Me muero, señor cura, me muero; confesión, misericordia”. Confesóle el párroco, y una vez absuelto el agonizante, dijo: “El alma está segura: ahora tratemos de salvar el cuerpo”. Salió volando, tomó de su botiquín las drogas que le parecieron venir al caso, propinólas en persona, y se estuvo a esperar el efecto de ellas. Como no hubiese mejoría, pasó la noche a la cabecera del paciente, el cual expiró por la madrugada.

“Señora Rosa, dijo a la mujer, yo sé que ustedes no tienen nada: el Señor es misericordioso; ocúpese usted en llorar a su marido; lo demás corre de mi cuenta”. Y fué así: mortaja, ataúd, entierro, todo lo dió y lo hizo. Al otro día, misa fúnebre, con cuanta solemnidad pudieran ofrecer los paramentos y arbitrios de la aldea.

“Mientras dura lo intenso del dolor, señora, no tendrá usted ánimo para buscar el pan de sus hijos; gaste estos reales; si le fal-

tan, venga al convento". Iba a salir, y volviéndose de la puerta, pregunta: "¿Los niños siguen frecuentando la escuela?" — "Dos meses antes de la enfermedad de su padre, respondió la viuda, ya no iban: nos llegó a faltar la mesada". — "Que vuelvan, señora Rosa; yo la pagaré". Y salió y se fué, llevando un santo dolor en el corazón.

---

"Señor cura, vengo a concertar los derechos: mi suegra murió esta mañana". — "Ustedes no son pobres, respondió el cura: ¿puedes ceñirte al arancel?" — "Una rebajita, señor cura". — "Dalo que quieras, hijo; yo no busco sino el pan de cada día".

\* \* \*

Después de su réplica al Arzobispo Ordóñez, y de algunos nuevos ensayos que le solicitaban periódicos de América y Europa, dió todavía a la estampa **Geometría Moral** y varias entregas de **El Espectador**, revista personal suya que redactaba en París, recordando las que tuvo en Quito. Estas fueron las últimas producciones de don Juan Montalvo, cuya vida se extinguió el 27 de enero de 1889, vestido de etiqueta, en un pequeño cuarto piso de la capital francesa.

Quería flores, quería sol, y la nieve azotaba las ventanas. Un pobre ramillete le llevaron, claveles y rosas de invernadero. ¡Cómo pensaría entonces en sus jardines de Ambato! ¡Y cómo, aún despierto, antes de cerrar los ojos para siempre, soñaría en aquel triste aposento con la luz ardorosa de los trópicos y con las montañas gigantescas de su lejana patria!

En **Los Proscritos** había trazado estas dolientes líneas: "¿Cuándo volveré? ¿he de morir en el destierro? ¿una sepultura prestada

ha de recibir mis huesos?" ¡Sepultura prestada recibió sus huesos, que durante varios años reposaron en suelo francés, hasta que fueron llevados a la heroica ciudad liberal de Guayaquil.

Posteriormente, en el primer centenario de su natalicio, el pueblo y el gobierno ecuatorianos rindieron tributo emocionante a los despojos de Montalvo, reverenciados en las más importantes ciudades del país. Podría afirmarse que se pagó una deuda, que se hizo un homenaje-desagravio al Montalvo que escribió como Cervantes, pero también, y sobre todo, al hombre que supo vivir y bregar, en su tierra y fuera de ella, como todo un señor don Quijote de carne y hueso. Desde esa fecha histórica, desde el 13 de abril de 1933, descansan sus cenizas en Ambato, que recibió y guarda en su fecunda entraña al hijo crecido y forjado al pie del Tungurahua.

Pero ya no es cuestión de que nos inclinemos en América ante lo corruptible material de nuestros grandes muertos. Lo importante, lo trascendental, lo imprescindible es que su obra se difunda, que sus ideales se mantengan, que su espíritu siga iluminando a nuestros pueblos.

Puede dudarse tan apropiados como la figura de este infatigable luchador, a ciento catorce años de su cuna y cincuenta y siete de reposo—aunque la distancia en el tiempo nos divida—, para que en la magna confusión que sufre el mundo, en estos años trágicos de la post guerra, tenga buen modelo a seguir la juventud del Continente.

Puede ejemplar como el suyo en esta hora difícil, por lo que Montalvo significó, por lo que fué y sigue siendo en la historia luminosa del pensamiento americano, puesto al servicio de lo que hoy suele llamarse democracia, cuatro libertades, dignidad del hombre.

¡Dignidad del hombre! He aquí la idea central del gran escritor ecuatoriano. Por esa dignidad luchó en su vida. Y por esa dignidad operó a la muerte en traje de etiqueta, con un ramo de flores en la que invirtió, tal vez, sus últimos centavos de patriota en el exilio.

No concebía Montalvo que el hombre culto fuese indigno. Menos aún el de letras. Pudo así contestar: "Mi pluma no es cuchara", a quien pasándole la mano por la espalda, con ánimo de llevarlo por donde él no estaba dispuesto a transitar, en cierta ocasión le susurró al oído que su talento de escritor era un tesoro.

Todo un carácter pintado en cinco vocablos, que ojalá hubiesen sido escudo y bandera de nuestra clase intelectual: "Mi pluma no es cuchara".

¡Ni cuchara para beneficio de los poderosos! ¡Ni cuchara para provecho de menguados intereses! ¡Ni cuchara para el propio medro! ¡Ni cuchara, en suma, para los amos y los cómplices criollos del capital monopolista extranjero, que inmisericamente han hecho tabla rasa en las repúblicas hispanoamericanas!

Sea esa, por lo menos, la lección de Montalvo. Y por seguirlo, volvamos a hombres de su talla; al **pensamiento intelectual** —si cabe la expresión— y al **pensamiento moral** de nuestros próceres, a su conciencia insobornable; a su profundo sentido de la dignidad humana.

Volver a ellos como modelo y como guía, es armarnos y fortalecernos para no sucumbir en el caos que remueve otra vez los viejos odios, las ambiciones, el afán de conquista de los poderosos, después de una hecatombe indescriptible de horror y de barbarie.

Comprenderlos e imitarlos será lo único que nos eleve, hoy y mañana, a un sitio de excepción en la monstruosa historia de la humanidad del siglo veinte. ¡Trágica historia, degradante, dolorosa, escrita con la sangre de millones de cuerpos aplastados y de vísceras deshechas!

¡¡Que en la tortura contemporánea de la raza humana, en la violación de los tratados; en el desconocimiento de lo que hace poco se ofrecía y se predicaba, como señuelo de libertad y de justicia; en lo que estamos viendo y en lo que más adelante pueda suceder; en el crimen, el atropello y la matanza de una nueva guerra —con la inspiración de nuestros altos valores ejemplares—, no acepte ni ocupe lugar la América Española!!

# EL MUY MAGNIFICO SEÑOR DON GONZALO PIZARRO

Por GABRIEL PINO YCAZA

La conquista hispánica de las islas y tierras firmes del Mar Océano, especialmente de los imperios azteca e incásico, cuya existencia no llegó a intuir aquel febril visionario, protegido de Isabel La Católica, es la más grandiosa de las epopeyas que registra la historia de todos los tiempos, desde las más remotas edades, que se pierden en la nebulosa de la leyenda, hasta la era contemporánea. Ningún pueblo ha realizado, jamás, una gesta de la magnitud e importancia de la exploración, conquista y colonización de este Nuevo Mundo, que surgió del seno de los mares por el empeinado don Cristóbal Colón y por la precisa e indeclinable voluntad de doña Isabel de Castilla.

El afán de Castilla y de Roma para el triunfo universal de la fe cristiana y su propagación por las tierras desconocidas, motivo principal para que la Sede Romana hiciera donación de ellas, y el espíritu bélico, místico, aventurero, evangélico y ambicioso de hijosdalgo, clérigos, gañanes, perdonavidas y fascinerosos forjaron el más extenso imperio colonial, que llegó a su máxima expansión territorial con don Carlos V, el más cosmopolita y el menos his-

pánico de los Reyes de España, y a su poderosa homogeneidad política con don Felipe II, el taciturno y fanático monarca.

La conquista del mundo nuevo y desconocido fué cruel, áspera y humanamente cruel; pero no pudo ser de otro modo, dado el ánimo de quienes la ejecutaron y la época en que ésta se realizó; cuando acababa de cumplirse la Reconquista, después de ocho siglos de intermitente guerrear, que había exaltado la marcialidad y la religiosidad de los españoles, sedientos de gloria, de riqueza y de poder y que se supieron, inesperada e impensadamente, prepotentes y opulentos con el milagro de Colón. La lucha secular de la Reconquista imprimió determinadas características a la innata tendencia pendenciera de los peninsulares; modalidades que los prepararon y capacitaron para las exploraciones y conquistas de las tierras nuevas, desconocidas y fabulosas; expediciones que se iniciaron cuando llegó a su triste ocaso la fama del genovés, víctima propicia del sentimiento nacionalista español, pujante y consagrado con la rendición de Boabdil y la toma de Granada, que permitieron la definitiva reestructuración de España; empresa que iniciara, siglos atrás, don Pelayo en la agresta Covadonga. Colón personificó la era de los grandes descubrimientos geográficos y su vida constituye una de las apasionantes leyendas de la historia y hoy se rechazan las infames versiones con las que, sus gratuitos detractores, trataron y lograron mancillar su reputación. Colón poseyó las cualidades requeridas para ser descubridor: audacia, dureza, vigor y fuerza, como que empapó su espíritu de la savia renacentista de su época. Antes de que tuvieran lugar los viajes y los descubrimientos, Europa era un pequeño promontorio separado del resto del mundo por las infranqueables vallas de la ignorancia y de la implacabilidad religiosa y sólo la infatigable e irresistible energía luso-hispana derribó esas murallas e hizo crecer inconmensurablemente, espiritual y materialmente, a la pequeña Europa. Los Españoles, para batirse con éxito; dada su inferioridad numérica frente al detentador musulmán, mejor armado, nutrido y equipado, dividieron sus limitados contingentes

de hombres de armas en grupos que crearon por necesidad, y con sobrada astucia, una nueva estrategia. Estas pandillas atacaron por sorpresa al enemigo, aprovechándose de toda clase de ardides, aún de aquellos que la muy relativa ética de ese entonces condenaba, pero que eran indispensables de realizar para equiparse, hasta lo posible, el reducido número de guerreros y la escasez de armas. Por esos motivos rara vez presentaron combate en campo abierto; pero, cuando así lo hicieron, por temeridad o por fuerza de las circunstancias, se cubrieron de gloria, vencedores o vencidos. La táctica de la guerrilla, en la que eran experimentados, la emplearon en la conquista y ella permitió a un puñado de hombres adueñarse, en medio siglo, de casi todo el nuevo continente y dominar, más por la astucia que por la fuerza, a millones de hombres. En la Reconquista las breñas fueron, a la vez, sus inexpugnables refugios, sus atalayas y sus fortalezas; se apertrecharon de los despojos que sus enemigos abandonaban en los desfiladores y en las encrucijadas, en que se internaban persiguiendo a los adversarios que, maliciosamente, los atraían allí y donde eran diezmados con saña inmisericorde. Desvalijaron a pacíficos viajeros y ricos mercaderes, saquearon poblados y arrasaron sementeras, ora por necesidad de alimentos, ora para reducir las reservas del contrincante. Del musulmán aprendieron, voluntariamente, las artes y las bellas letras; pero no pudieron sustraerse a la influencia de su política, generalmente tortuosa, y de sus maneras despóticas y de sus costumbres sanguinarias.

Los suplicios que los conquistadores infligieron a los aborígenes americanos, como los crímenes cometidos en sus compañeros de armas y de aventuras, durante las guerras civiles, fueron los que ellos vieron ejecutar a la morisma, tanto en sus luchas con los cristianos como en sus desavenencias intestinas, por concupiscencia de poder político o por codicia de bienes; aún en la época del glorioso apogeo del Califato de Córdoba

Los asesinatos de Guatimozín y de Atahualpa, que no otra cosa fueron los simulacros de juicio que se siguieron contra estos

emperadores y de resulta de los cuales fueron sentenciados a la última pena, no tienen justificación alguna, desde un punto de vista estrictamente moral, sin embargo, son explicable, políticamente considerados, pues se cometieron en función de la razón de estado. La conquista no se habría podido realizar o habría sido más cruel e inhumana si se hubiera dejado con vida a los monarcas azteca e incásico. Su presencia habría dado ánimo a sus súbditos para continuas rebeliones y sucesivos levantamientos que habrían causado mayor número de víctimas que la que costó la rápida y efectiva dominación. Fueron muertes necesarias y, hasta cierto punto, útiles; ellas ahorraron muchas otras que, fatalmente, habrían ocurrido de haberse tolerado y respetado sus existencias. Los dichos asesinatos fueron males indispensables.

Las relaciones y crónicas de la conquista, por una parte, y, por otra, los memoriales que, en defensa de los naturales, elevaron a la corona contados frailes, dieron pábulo para que se desfigurara la verdad, exagerándola, en un sentido o en otro, sobre el carácter de los conquistadores. Efectivamente, un estudio comparativo de las narraciones de los cronistas de la conquista hace resaltar la diferencia de hechos, de conceptos y de criterios que existieron entre los que asistieron e intervinieron en la magna empresa, como compañeros de armas de Cortés, de Pizarro y de tantos otros Adelantados, y los que llegaron con posterioridad y durante las guerras civiles. Los primeros ajenos de emulación, pero influenciados por la vigorosa personalidad de los dirigentes y conductores de las expediciones, describieron lo que, según su parecer, ocurrió; desde luego los ensalzaron en demasía y pretendieron justificar todos y cada uno de sus actos; los segundos se cebaron en la desgracia de aquellos hombres que realizaron la epopeya y su mezquindad espiritual, proclive al adulo y al servilismo, les incitó a desvirtuar, disminuyéndola, su recia individualidad, desfigurando y abultando hasta lo inverosímil, su violento proceder. Por su parte, los muy pocos sinceros evangelizadores, que concurrieron a la conquista con la firme determinación de ejercer su apostolado de propagar la



fe cristiana, tal como lo estipulaba y ordenaba la bula "Alejandrina"; y que vieron restringida su acción por la de los guerreros, criticaban la conducta y el modo de ser de éstos; crítica pormenorizada y justa en gran parte, pero sin embargo, abstracta, pues dejaba de apreciar las circunstancias específicas en las que se desarrollaba la lucha por la dominación de las naciones aborígenes. Los conquistadores no fueron ni lo que sus parciales proclamaron ni lo que sus émulos censuraron: ni semidioses ni vulgares criminales de pasiones desenfrenadas; fueron hombres de su ambiente y de su tiempo, cuando España recién se estructuraba como estado y en toda Europa imperaba el régimen feudal, en absoluto poderío y esplendor. De allí que todo juicio, sobre los procedimientos empleados en la conquista, debe emitirse después de estudiar y de considerar al español en relación y en función con los factores que influyeron determinantemente en su psicología.

Los gastos del descubrimiento del nuevo mundo fueron sufragados por Isabel La Católica y por este motivo, en un principio, se reservó para Castilla el privilegio de los nuevos descubrimientos y exploraciones. Los extremeños, feudatarios de Castilla, fueron de los primeros aventureros. Eran de zona cálida, que acentuaba su propensión a la violencia, pero fueron los rigores de ese clima que los capacitaron a resistir las inclemencias de las regiones tórridas en cuyo descubrimiento y conquista intervinieron; además se trataba de gentes adiestradas, por siglos, en las luchas de guerrillas que les iba a imponer la naturaleza en las tierras desconocidas y misteriosas. El árabe fué maestro del español, pero el discípulo lo aventajó en osadía, en atrevimiento y en implacabilidad. Combatió con fiereza, con inferioridad de condiciones, y cobró caro su triunfo, haciéndose pago con el despojo y el crimen; no en vano había recibido lecciones de crueldad y de rapiña.

La conquista no habría sido posible y el coloniaje estéril, si el carácter despiadado y el procedimiento arbitrario hubieran perdurado, como características generales e inmutables y como factores exclusivos que alentaran a aquéllas. El poder de las au-

mas habría sido insuficiente para sojuzgar a los indios y asimilarlos, por la fuerza y contra su voluntad, a una estructura social distinta, cuando no opuesta fundamentalmente, a aquella en que habían nacido y se habían desarrollado y que formaba el acervo de su cultura ancestral. Fué necesario algo más que el despotismo para decidir a los vencidos de la conveniencia de la vida en común, sujeta a nuevas modalidades, hasta entonces desconocidas para ellos. Este imperativo, este factor que morigeró el carácter agresivo del que vió a sus dioses menospreciados, del que presenció el saqueo de sus templos, del que sufrió con la prisión y la muerte ignominiosa de sus emperadores, del que conoció la orfandad política y se sintió en el más completo abandono espiritual y material y apreció el derrumbamiento de todo cuanto había considerado inmutable y eterno; este bálsamo que cicatrizó tan cruentas y numerosas heridas fué el amor. La conquista se completó con este decisivo e insustituible factor; las pasiones desenfrenadas se corrigieron por la comprensiva ternura del amor, que fecundizó la conquista y por la cual se unieron los aventureros con las hijas y hermanas de los vencidos; unión de ardoroso abrazo, voluntario en la mayoría de los casos, por la curiosidad que sentían las mujeres por estos hombres nuevos, que habían destrozado el sistema que las sometía, de por vida, al yugo espiritual del culto o a la esclavitud del hogar. Y en las entrañas indias —magnífico crisol— se fundieron dos linajes y, desde entonces, la sangre española tuvo latido americano y así fué, es y continuará siendo, para orgullo de la raza, por los siglos de los siglos. Estas uniones, desde luego, también obedecieron al afán de la satisfacción del instinto y se buscaron para beneficio material y aprovechamiento político, cuando se realizaron con mujeres que, por su linaje, ejercían ascendiente, por razones de casta, sobre los naturales. Mancebías y matrimonios dieron a los conquistadores las muchas riquezas que sus mujeres tenían y el respeto, estima y consideración de los vencidos y los hijos de estos acoplamientos de mujeres cobrizas y de hombres blancos y barbudos se arrullaron con la melodía de dos

idiomas que, pronunciados al unísono, parecían el susurro amoroso con que se miman las palomas. Estos hijos fueron herederos de nombre, blasón y hacienda, cuando los hubo, de fama cuando ésta se había ganado y del simple derecho a ser cuando no se tuvo otra cosa; y al correr de los tiempos, los hijos de sus hijos formaron la legión criolla que cobró, sin venganza perdurable, pero con arrojo, coraje y denuedo, la deuda contraída por los conquistadores, que trajeron a estas tierras la Cruz de Cristo y el Pendón de Castilla, como símbolos de amor y poderío.

La conquista tuvo una finalidad espiritual; no se trató, exclusivamente, de saciar la codicia de riquezas ni de dilatar el dominio político de un estado; la conquista tenía que cumplir, principalmente, una misión de carácter superior: la prédica y la difusión de la fe cristiana entre los pueblos bárbaros que habitaban los territorios descubiertos y por descubrirse. Por eso el fraile fué compañero inseparable del guerrero y desempeñó funciones de igual importancia, sino mayor, a las del Tesorero real, que recaudaba "el quinto del Rey" y a las del Escribano, que daba fe pública de todo lo actuado, cuya documentación, según quién y cómo se la empleaba, atraía honores, riquezas y preeminencias o causaba enjuiciamiento, condena, desgracia y miseria. Así como el Conquistador, el Tesorero y el Escribano eran la representación del poder temporal y del trono, en cuyo nombre se realizaba la conquista, el fraile era el representante de la Sede Romana, que había hecho la donación gratuita de las islas y tierras firmes, con la expresa condición de que en ellas se evangelizara a los que vivían sumidos en la idolatría.

El misionero cumplió, como pudo y como su mayor o menor grado de instrucción se lo permitió, el cometido que se le había impuesto, sin reparar en la idoneidad de los medios empleados para ello. Su ortodoxia le impidió discriminar; creyó de buena fe, que era grato a los ojos de Dios el suplicio de los infieles, imaginó que el martirio purificaba sus almas de pecados y que éstas, limpias de toda mancha, gozarían del Reino de los Cielos. El

religioso, cuando no se unió al conquistador en sus crueldades, aprobó aquellas que, según su deficiente y leal saber y entender, limitado por su exagerado fanatismo, contribuían a la mayor gloria del Altísimo y al predominio de la religión católica y, en algunas ocasiones, censuró oponiéndose sin resultado, las que trajó la concupiscencia desaforada y la codicia excesiva. La indisoluble unión en que, por voluntad pontifical y mandato real, tuvieron que vivir los conquistadores y los misioneros produjo la lógica acción de los unos sobre los otros; los frailes se contagiaron del desaprensivo modo de ser de los conquistadores y éstos, a su vez, sintieron un influjo espiritual de los primeros, que apaciguó levemente sus instintos y moderó sus costumbres. Si los religiosos no realizaron su misión, en el modo y en la forma que les fué ordenada, seduciendo con dulzura a los naturales y conduciéndolos, por el convencimiento de la prédica, hacia el conocimiento de la verdad dogmática y de la fe incommovible, lograron, sin embargo, contener algo del desenfreno de los conquistadores. Fué el hombre de cogulla el que se dolió de la mísera condición a que había sido reducido el indio; fué él quien calmó los ánimos exasperados de los vencidos y el que penetró en territorios inhóspitos y entre tribus irreductibles, que no permitieron la invasión de los guerreros, atacando y destruyendo sus fuertes, sin perdonar sus vidas, pero que toleraron que el misionero construyera su humilde capilla que constituyó el núcleo de la futura célula social. El guerrero y el religioso se complementaron abriendo y cediéndose mutuamente el camino para expansión del dominio hispánico y para la propaganda catequística; así redujeron pueblos a la obediencia, domoñaron a turbulentos y a salvajes con la cruz y la espada y se convirtieron, por decirlo así, en las piedras sillares del más poderoso imperio que el orbe ha conocido.

La conquista fué, además, cruel porque tenía que reformar, como en efecto lo hizo, sustancialmente, la estructura político social de las naciones que dominó, causando lógicas y consecuentes dislocaciones y alteraciones como resultados de su acción drástica;

pero, sin embargo, no destruyó por placer. Lo que España despojó y obtuvo lo compartió, de grado o por fuerza, con la humanidad entera, pues el oro del pillaje dió riqueza al mundo y sus descubrimientos de nuevos alimentos nutrió a todos los hombres, sin distinción alguno. Cada galeón que regresaba a España llevaba carga de nuevos materiales, de otros sabores ricos y desconocidos bagajes de ideas extrañas. Y así se supo de variadas tinturas que mejoraron la industria textil, se conocieron maderas de inestimable valor, se aspiró el deleitoso olor del tabaco, se paladearon maíz, cacao y patatas y se abrieron nuevos horizontes para las ideas y España le dió a Indias una nueva cultura, humanamente superior a la que allí existía, llevó el trigo e introdujo los animales domésticos para el servicio del hombre. Los españoles, tanto guerreros como religiosos, tenían el sincero e íntimo convencimiento de que procedían bien al arrebatar a los espíritus la idolatría para reemplazarla con la religión cristiana, lamentablemente sin reparar en los medios empleados; derribaron santuarios, en los que se realizaban sacrificios humanos, y los sustituyeron con magníficas iglesias para el ejercicio del nuevo culto, fábricas en las que quedó indeleblemente el espíritu artístico del aborígen, que labró y talló la piedra esculpiendo motivos indígenas en su ornamentación; sobre los cimientos de los templos saqueados y destruidos, cuyos elevados muros guardaron celosamente sacerdotisas y vírgenes, se erigieron hospitales y universidades; la institución del Santo Oficio de la Inquisición, que subyugaba el espíritu y que Isabel La Católica cometió el irreparable error de introducir en España, que luego se implantó en América, tuvo como paliativo la Legislación de Indias con la que se pretendió, sinceramente, aunque sin utilidad práctica, proteger a los indios de los abusos de los conquistadores y de los misioneros.

Vitoria y Las Casas, defensores de los naturales, a cuyas teorías y exigencias se debió la estéril Legislación proteccionista, fueron los precursores del guayaquileño Olmedo y del quiteño Mejía. Los primeros, durante la conquista, combatieron la institución de

“la encomienda”, por cuanto su loable finalidad de protección, de evangelización y de culturización de los pueblos bárbaros había sido mistificada y desvirtuada por la práctica; los segundos, en las Cortes de Cádiz, lucharon con éxito y consiguieron la abolición de “la Mita”, “práctica de servidumbre y de muerte”, según dramática, pero justa expresión de Olmedo.

Es cierto que los españoles se embriagaron con el triunfo y se convirtieron en señores de horca y cuchillo, calderas y pendón; pero estos hechos tienen la explicación de la época en que se produjeron. La creación de la “encomienda” originó una nueva casta, una aristocracia ultramarina, conceptuada favorable y graciosamente por el Trono, ya que a su esfuerzo, denuedo, arrojo y valor se debió la conquista de los fabulosos territorios, de donde salían los metales preciosos y las mercancías de riquezas incalculables que, en cantidades inagotables, afluían, hasta colmar las arcas reales, enriqueciendo a la aristocracia peninsular, que no cruzó la Mar Océano ni, terció en la gran aventura pero que, ayudando a dilapidar estos tesoros en guerras de hegemonía política y dogmática, empapaba con su sangre los campos de Flandes y de Italia, defendiendo la supremacía espiritual del Pontífice frente al Reformador de Wittemberg o perecía con la Invencible Armada, que destruyeron y desbarataron las embravecidas olas cuando se dirigía a castigar a la “Reina Virgen”, la híbrida y asexual Isabel de Inglaterra, quien, al igual que su morbosos progenitor, había osado desconocer la máxima autoridad del Vicario de Cristo, acogiendo favorablemente, protegiendo y entronizando oficialmente las apostasías de Martín Lutero. Y el desastre de la Armada fué el más terrible golpe asestado al Imperio español porque los elementos y el cetro de los mares pasó a manos inglesas y el cambio permitió la “ocupación” de la costa oriental y Norte del Nuevo Mundo y los sajones llegaron con su genio de empresa y sus fanáticas creencias.

La conquista española fué la más audaz y temeraria investigación que revolucionó la geografía del mundo de ese entonces, apor-

tando, incesantemente, nuevos descubrimientos para desvelo y trabajo de cosmógrafos y humanistas. Los expedicionarios regresaban narrando historia de distintas clases de hombres y de países, en los que se adoraban otros dioses y se vivía bajo otras formas de sociedad. Y los cosmógrafos levantaron mapas, por meras referencias al comienzo, aventurándose, luego, en peligrosos viajes que ampliaron sus conocimientos, y los humanistas fueron forzados a revisar conceptos y sistemas anacrónicos que los nuevos avisos rompían en pedazos. Y por eso, un nuevo sentido de las cosas, relativo y escéptico, se abrió paso en las mentes. Aún en los tiempos presentes sorprende y admira la titánica empresa. Los conquistadores no se arredraron ante los grandes obstáculos que en sus varios caminos puso la naturaleza; pasma de admiración la larga erranza de Sebastián Moyano de Benalcázar desde San Miguel de Tangará hasta la meseta andina en la que luego se fundara Sta. Fe de Bogotá; así como la expedición de ida y de retorno, que desde la ciudad de Loja, realizara Juan de Salinas y Loyola por los ríos Zamora, Santiago, Marañón y Ucayali, hazaña sólo comparable a la emprendida por el Teniente de Gobernador de Santiago de la Culata (Guayaquil) Francisco de Orellana, navegando el río Napo y descubriendo el de las Amazonas; como no son menos dignas de loa, de mención y de fama las exploraciones de Hernando de Soto en las márgenes del río Missisipi, de Ponce de León en las selvas de la Florida, de Alvarado en la Manigua de Guatemala, de Ximénes de Quesada en la cuenca del río Magdalena y los adyacentes altiplanos andinos y las de Almagro y Pedro de Valdivia por los calcinantes desiertos de la Araucanía. Todos estos decididos guerreros sembraron las fecundas semillas de la raza, de la fe cristiana y de la cultura hispánica en el feraz y generoso suelo de las Indias, que regaron con sus lágrimas, como Hernán Cortés en la celeberrima Noche Triste, o con su sangre, como la mayoría de estos esforzados Capitanes, más dignos de la fábula heroica que de la historia, si ellos, con sus actos no hubieran escrito una historia fabulosa. Estos hombres fueron insensi-

bles al viento cortante y helado de los páramos y a la malsana y sofocante reverberación de los terrenos pantanosos; navegaron y vadearon ríos impetuosos, de caudal hasta entonces desconocido por el hombre; ascendieron y cruzaron montes de altura incommensurable, que ocultaban sus cúspides en los cielos; pasaron hambre y necesidades y durmieron mal cubiertos en los altiplanos donde el vendaval aullaba en las gargantas de los ventisqueros o en los terrenos cenagosos en los que asechaban alimañas venenosas. Hubieron conquistadores que poseyeron los más bajos y deplorables instintos, a los que aunaron la más condenable mezquindad espiritual que los impelió a cometer toda clase de excesos y desafueros; pero fué, también, grande el número de los que formaron ese magnífico y brillante conjunto que realizó, la genial, inimitable y gloriosa gesta de la conquista. Es injusto generalizar sobre la crueldad de los españoles, cuyas realizaciones parecen haber sido ejecutadas por cíclopes. ¡Es parte de la ruindad humana convertir la excepción en norma!...

Todas las guerras de conquista desde los tiempos más remotos, se llevaron a cabo con crueldad y tuvieron como estimulación el afán de dominio político, de expansionismo territorial y de codicia de riquezas. Aún en los tiempos modernos, cuando era de suponer que el progreso de la cultura y el mejoramiento de las costumbres habían variado sustancialmente los procedimientos, han tenido lugar guerras de finalidad imperialista en las que se hizo ostentación de una barbarie sin precedentes. ¿Es posible entonces, criticar la conquista española, realizada hace cuatro siglos, cuando las costumbres y la idiosincrasia de los conquistadores que nacieron durante el último período de la guerra de la Reconquista y que, lógicamente, fueron influenciados por el medio ambiente, los conducía fatalmente, por el camino de la crueldad?

La visión de la nueva tierra prometida atrajo a los pueblos del Viejo Mundo y, de manera especial, a los ingleses, franceses y holandeses. Inglaterra envió a Cabote a explorar la costa del hemisferio norte, Francia despachó a Verrazano, Cartier, Champlain,



La Salle y Marquette y atrás siguieron los holandeses y todos "ocuparon" una angosta franja de tierra entre los ríos San Lorenzo y Hudson. El deseo de enriquecimiento fué su único incentivo; estos pueblos no tenían la finalidad espiritual que llevaba el español, sólo los animaba un irrefrenable instinto concupiscente y, para obtener riquezas, emplearon medidas más condenables aún que las practicadas por los españoles. En un principio sólo pretendieron oro, carecían de interés por colonizar y no deseaban correr riesgo alguno que tal labor traía consigo. Preferían despojar a España, cuando ésta había realizado la ímproba tarea de explorar y de conquistar; así florecieron el corso y la piratería. Corsarios y piratas, bestias sanguinarias y rapaces, fueron honrados en sus países de origen, de acuerdo con la cuantía de sus depredaciones, sin averiguar cual había sido el precio de éstas en vidas de españoles y en asaltos, en saqueos y en incendios de ciudades, y, sin embargo, se debió a ellos, en gran parte, la introducción clandestina y continua, durante tres siglos, de la "literatura herética", que dejaban a cambio de informes y de avisos de traición o del monto de sus saqueos. Estas obras modelaron lentamente, a través de generaciones, la mentalidad criolla, que se influenció en enciclopedismo y que preparó el ambiente para las guerras de la independencia. Mientras España colonizaba, sus enemigos, también llevados por su insaciable codicia, trataban de borrar hasta las huellas de la obra creadora que aquella aportaba a la cultura del mundo. Por otra parte, cuando Inglaterra, Holanda y Francia se decidieron a explorar y colonizar en América, en terrenos que arrebataron a España, sus hombres procedieron aún con mayor dureza, encubriendo sus actos con una aparente sobriedad de costumbres. Así, las "ocupaciones" francesas, inglesas y holandesas de parte muy pequeña por cierto, en un principio, de la costa oriental del hemisferio norte de las nuevas tierras, marcaron un desarrollo de acuerdo con un criterio puritano, pleno de hipocresía. Los "peregrinos" del Mayflower llegaron al mundo nuevo huyendo de la fanática y espiritual tiranía de

Cronwell; fundaron su colonia sustrayéndose de todo contacto con los naturales y su deseo de aislamiento, influenciado por una mística egotista, los llevó al extremo de rechazar la colaboración pacífica que les brindó el habitante de esas comarcas, escasamente pobladas por tribus sedentarias, ajenas a una recia estructuración política y dedicadas a las rudimentarias labores agrícolas. Sin embargo, cuando el progreso hizo necesaria la expansión, batieron al piel-roja y lo diezmaron, hasta su casi total exterminio; despojaron y expulsaron a los escasos sobrevivientes de aquellos lugares en que nacieron y donde habían vivido, sin desear, un sólo momento, adaptarlos a su cultura, mucho menos inculcarle su fé. El criterio ortodoxo, de los que buscaron en las nuevas tierras un refugio de libertad para sus creencias, no se avino a convivir con los aborígenes. Los "peregrinos" se hubieran sentido ofendidos de pensarse iguales a los indios. De igual manera procedieron los mercaderes de Amsterdam y los navegantes franceses. Cuando las colonias inglesas, francesas y holandesas prosperaron y afluyó a ellas la corriente inmigratoria de las metrópolis; el clero protestante y el católico llegaron a esa parte de América e iniciaron la propaganda de las reformas luteranas o de la fé cristiana entre los muy retirados naturales, pero su obra careció de hondo y exclusivo sentido espiritual. El sacerdote se convirtió en agente viajero del mercachifle; enseñó al aborígen del pecado de la desnudez y de la manera de remediarlo cubriéndose con el producto de las hilanderías de Manchester, de Lyon y de Rotterdam y predicaron "no matarás" temiendo la venganza y la retaliación. Jamás enseñaron que todos los hombres eran hermanos. En América hispana se violó la ley divina por causa del temperamento ardiente de conquistadores y conquistados; en la América Sajona se estableció públicamente una religión que autorizaba o imponía la bigamia. Los españoles sabían de su delito espiritual, arrepintiéndose o no; los segundos le dieron al suyo forma legal y le ampararon. El español fué franco y abierto en todos los actos de su vida; el sajón y el francés cuáquero, mormón, presbiteriano, refor-

mista, hugonote y católico fueron pocos en apariencia pero hicieron peores cosas. En resumen el sacerdote español católico, bien o mal, representó o trató de representar a Dios; los demás sólo ejercieron la representación del imperialismo industrial inglés, francés y holandés. Los españoles a quienes se critica por haber privado de su libertad a todos los pueblos que vencieron, conduciéndolos a la servidumbre, estimaron que sus vencidos eran seres humanos como ellos. La palabra escrita y admonitiva de Alejandro VI estableció que los aborígenes americanos eran iguales a los europeos y que, como éstos, poseían alma racional y condición humana, aseveración que se hizo convencimiento en los conquistadores que actuaron en consonancia. Por eso el español se ayuntó con la India, suavizando así las asperezas, crueldades y miserias que toda conquista lleva en sí. El español se adjudicó los territorios con los naturales que en ellos vivían y con cuyas mujeres se fundieron; pero los indios no se sintieron despojados ni tiranizados, pues el derecho de propiedad individual de la mujer y de la tierra no se ejercía de manera absoluta, particular que los mantuvo indiferentes ante la nueva adjudicación. El indio siguió labrando la parcela con su esfuerzo; para él sólo había cambiado el amo; a su despótico señor había sucedido el señor Encomendero. Para el piel-roja si fué un cambio verse expulsado de su región, a la que no podía regresar so pena de su vida. El destierro fué más cruel, pues produjo una nueva situación en el aborígen; más suave, si cabe decirlo así, fué el mantenimiento de un régimen de tiranía que no alteró, en mayor grado, el vivir del natural.

Con excepción de los viajes de Colón, costeados por Isabel de Castilla, con el gasto de 16.000 ducados, la más acertada y productiva de las inversiones imperialistas, los descubrimientos, exploraciones y conquistas fueron de cargo y de riesgo exclusivo de los propios expedicionarios. Las capitulaciones, que para estos fines, se firmaron con los Reyes de España fueron especiales contratos de sociedad, a los que la Corona aportó solamente su derecho, escrito y teórico, sobre los territorios debidos a la munificencia, es-

príritu cristiano y sentimiento genuinamente hispánico del Papa Borja, los aventureros contribuyeron con los medios económicos para la realización de las empresas. El trono español nada arriesgaba, los gastos de la expedición eran de cuenta de los interesados; las remuneraciones, soldadas y rentas para la administración de las futuras colonias deberían cobrarse y pagarse, deduciendo "el quinto del Rey", el beneficio del socio dueño de lo desconocido, de lo que produjeran las mismas tierras conquistadas. Los expedicionarios, para la realización de las empresas, vendían o gravaban su hacienda y aún se comprometían con mercaderes, cambistas y usureros, arriesgando honra y libertad. Estas duras y cicateras condiciones de las capitulaciones, aumentaron y estimaron el innato y humano instinto de codicia de los que tanto arriesgaban. Creyeron natural y justo resarcirse y esto los condujo al saqueo y al suplicio de hombres en procura del oro, a la apropiación de tierras y a la tiranía sobre los aborígenes, de quienes se "encomendaron". Estos abusos no pudieron remediarse con las Ordenanzas Reales, que obtuvo Las Casas en defensa de los indios. Fué una legislación justa y sabia, considerando la época en que fué promulgada. Los atropellos continuaron, no obstante las reales y benévolas disposiciones, que no rigieron por las rebeldías de "los encomenderos", a que ellas dieron lugar; la violencia y la arbitrariedad persistieron, sancionadas por la ley y por la costumbre. También llegó su tiempo en que esta legislación reconoció lo inevitable de los abusos y se limitó a reglamentarlos, justificándolos íntegramente.

Las capitulaciones que don Francisco Pizarro celebró con doña Juana de Castilla no traspasaron los lineamientos generales que el trono había adoptado y establecido como pauta y norma. Así, Francisco Pizarro y sus hermanos, como ya lo habían hecho anteriormente, para las primeras exploraciones, Diego de Almagro y Hernando de Luque, aportaron dinero para el aparejo de la expedición, vendiendo o gravando sus escasos y muy contados bienes. Sus deudos y amigos concurrieron al levantamiento de fon-

dos, a medida de sus posibilidades, para flotar la descomunal empresa que les daría gloria, poder y riquezas.

Indudablemente, fué don Gonzalo Pizarro la figura más interesante de todas las que tomaron parte en la exploración y conquista del imperio de Atahualpa y su personalidad y proceder de los más discutidos. Los Cronistas de las Indias, algunos de ellos contemporáneos suyos y otros que escribieron sobre él, con posterioridad a su desgraciado e innecesario fin, no lograron unificar criterios acerca de la conducta del personaje. Para unos fué un dechado de virtudes y para otros un pozo de maldad y de ignominia. Tanto los elogios como los vituperios tienen fundamento razonable, pues don Gonzalo Pizarro tuvo encomiásticas cualidades y censurables defectos; pero, positivamente, más de lo primero que de lo segundo, que dejó un balance a favor suyo. La condición humana excluye toda lo absoluto; no se es ni se puede ser íntegramente bueno o malo; se es, más o menos, lo uno o lo otro. San Francisco de Borja y San Ignacio de Loyola fueron tan grandes pecadores como Martín Lutero; para los católicos los dos primeros merecieron ser elevados a los altares y el último recibió el justo castigo de su eterna condenación por apóstata y, sin embargo, los protestantes estiman que Lutero fué un hombre virtuoso y bien intencionado. Sea de ello que fuere, don Gonzalo Pizarro hizo época en el período de la conquista del Inca, como ningún otro de sus compañeros; aun, tal vez más que su propio hermano don Francisco. Este fué el del admirable esfuerzo del descubrimiento, la exploración y la conquista, el guerrero que dominó por las fuerzas de las armas. A Gonzalo le cupo una tarea más ardua; fué el político, por excelencia, que le tocó gobernar cuando terminada la lucha contra los aborígenes, que aseguró el dominio de la tierra, advino la tarea de organizar y administrar. Don Gonzalo Pizarro fué el eslabón entre la conquista y la colonia; su vida política dió la experiencia, con sus aciertos y fracasos, y la fórmula a la que sujetáronse, después, para administrar, los burócratas que

vinieron de la metrópoli a usufructuar de la obra que otros más valientes y decididos que ellos dejaron hecha.

Como guerrero fué don Gonzalo Pizarro, según aseveración de sus conmlitones, uno de los muy principales, manejaba la lanza con singular destreza, tenía precisa puntería con el arcabuz y era jinete de reconocida habilidad y maestría; como soldado, observante y exigente de la más estricta disciplina, era tan inflexible como severo, de lo cual dió prueba inequívoca cuando la expedición al país de la Canela, en la que, por venturosa fuerza de las circunstancias, fué dejado de su deudo y lugarteniente Francisco de Orellana, a quien la casualidad determinista le concedió la honra y la gloria de ser el descubridor y primer navegante del río de las Amazonas. Fué don Gonzalo decidido en sus resoluciones, tomadas con más pasión que buen juicio, que lo precipitaron a cometer funestos errores y equivocaciones fundamentales, como su desobediencia al Rey y la guerra que emprendió contra el Virrey Núñez de Vela, portador de las Ordenanzas Reales y que daban por terminadas las gollerías de los encomenderos; fué sereno ante el peligro y la adversidad, de lo que dió fehaciente testimonio cuando 200.000 indios cercaban la imperial ciudad del Cuzco, levantados contra los conquistadores, alentados por la proclamación Manco-Inca, que puso en peligro de muerte a los sitiados, circunstancia en la que demostró su valor y su capacidad de guerrero; altanero y empecinado no quiso reconocer su error al persistir en la rebeldía, mantúvose en ella y desechó los ofrecimientos de perdón, más aparentes que reales, que le hicieron a nombre del Rey. Su tranquilidad y calma quedaron ampliamente comprobadas cuando, abandonado de sus partidarios rindióse al Licenciado La Gasca que le sentenció a muerte. Recibió el fallo con espíritu y ánimo tranquilos, los que no le abandonaron en el cadalso, al que subió dueño absoluto de sus nervios.

Gonzalo Pizarro fué víctima de múltiples contradicciones, dada la complejidad de su carácter. Se reveló contra su Rey y Señor Natural, negándose a acatar su voluntad soberana, contenida

en las Ordenanzas Reales que abolían "las encomiendas" y rehabilitaban a los indios, sustrayéndoles del dominio de los conquistadores, levantándoles de la servidumbre y de la abyección en que habían caído y, sin embargo, se mantuvo leal al Monarca en sus momentos de apogeo y poderío políticos, con fidelidad sincera y respetuosa, desoyendo "los consejos de su Maese de Campo Francisco de Carvajal. Este, incitándolo a la insurgencia y a permanecer en ella, le escribió: "Debéis declararos Rey de esta tierra conquistada por vuestras armas y la de vuestros hermanos. Harto mejores son vuestros títulos que el de los Reyes de España. ¿En qué cláusula de su testamento les legó Adán el imperio de los Incas? No os intimidéis porque hablillas vulgares os acusen de deslealtad. Ninguno que llegó a ser Rey tuvo jamás el nombre de traidor. Los gobiernos que creó la fuerza, el tiempo los hace legítimos. Reinad y seréis honrado". No obstante cierto sentido de verdad, que encerraban los rebeldes e imprudentes pareceres de su único fiel amigo, cuyo avanzado criterio político no era común en ese siglo, Gonzalo Pizarro se resistió a seguirlo y, si se mantuvo rebelde hasta la hora de su muerte, fué por cuanto consideró que aquello por lo que luchaba le era debido, o sean sus derechos a la gobernación, por haberlo estipulado así la propia voluntad real en las capitulaciones que firmó su hermano Francisco. Hasta sus últimos momentos estimó que su reclamación y su proceder habían sido justos y ceñidos a la ley y que el Rey había maliciosamente informado sobre estos particulares; así lo dejó entrever en su respuesta a La Gasca, cuando éste lo inculpara por su rebeldía y lo tachara de ingrato, a pesar de que, en esa réplica, se pudo notar el despecho, al ver el fin de su osadía, debido, talvez, a no haber seguido los dictámenes de Carvajal, a quien los acontecimientos dieron razón sobrada. En la misma altiva contestación dió muestra de su orgullo por la pureza de su sangre y de su hidalgo linaje.

Don Gonzalo fué cruel, fieramente cruel, con los vencidos, más por razones políticas que por impulsos de su temperamento: cas-

tigó a aquellos que se negaron a obedecerle, negativa que interpretó como duda, cuando menos, sobre los derechos de que se creía y se sentía asistido y que defendía con empeño y con celo; sin embargo era de naturaleza clemente y concedía el perdón, olvidando los agravios recibidos, cuando ello se le solicitaba en nombre de la Madre de Dios, de la que era extremadamente devoto, como correspondía a un cristiano practicante, como probó serlo en todas las oportunidades que le permitió su vida aventurera. Cuando vencido en Sacsay-Huamán, más por la cobardía y la deserción de sus parciales, alentados por las intrigas de La Gasca, que por el empuje y arrestos de sus adversarios, Juan de Acosta le aconsejó a arremeter contra las fuerzas que comandaba Centeno y morir heroicamente, como lo hacían los guerreros romanos de tiempos pretéritos, Gonzalo Pizarro le hizo notar lo inútil de la lucha y lo fútil del gesto, respondiéndole: "Mejor es morir como cristiano". Gonzalo Pizarro comprendió que, de seguir el impremeditado parecer de Acosta, era segura la muerte inmediata sin haber confesado sus culpas y haber pedido y obtenido el perdón de ellas. El, creyente ortodoxo, como lo fueron los conquistadores, en su gran mayoría, tenía horror a las terribles penas del infierno y aspiraba a la eterna bienaventuranza celestial. Como todos sus deudos, amigos, compañeros y contemporáneos fué codicioso; como encomendero de Porco sometió a la servidumbre más abyecta a los indios que trabajaban en las minas de las que le había hecho dádiva su hermano Francisco, que sentía por él especial predilección. El dinero que obtenía no lo atesoró jamás; lo gastó, por el contrario, con prodigalidad, con tanta o mayor facilidad de la que lo recibía; exquisito en sus modales y refinado en sus costumbres fué amante de la pompa, del lujo y del boato. Aficionado a la vida galante, sin embargo, condenó el escándalo. Recatado en los asuntos íntimos de su vida, nada se sabe, con certeza, respecto de ella. No se unió en mancebía de notoria publicidad y general conocimiento, por lo menos, ni contrajo matrimonio. No fueron éstos medios de su agrado para obtener oro o poder, como fué lo usual entre los



conquistadores. Cuando, rebelado contra el Rey, entró en la Ciudad de Los Reyes, su Cabildo, en sesión ampliada, le dió el título de "Muy Magnífico Señor" y le nombró Gobernador, en sustitución de su hermano Francisco, a quien Carlos V le concedió la facultad de nombrar su sucesor y de la que no pudo hacer uso por sobrevenirle la muerte inesperadamente de mano de los parciales de Almagro el Mozo. Los pizarristas, para justificarse ante el Rey, ya que no ante su conciencia, alegaron que la designación de don Gonzalo, como sucesor de don Francisco, había sido tácitamente hecha por éste, cuando, en virtud de cédula real (ratificación de las capitulaciones, por las que tenía derecho a la gobernación por dos vidas) tuvo la facultad de designar sucesor y la ejercía, a medias, nombrando a su hermano Gonzalo Gobernador del Reino de Quito. Explicación casuística que no satisfizo el Rey de España que consideró a Gonzalo rebelde y traidor. Cuando Gonzalo Pizarro, estando, entonces, en el cenit de su poder fué aconsejado de tomar por mujer a una 'coya' princesa de la familia de los Incas y de proclamarse Rey; rechazó la sugerencia porque no estaba en sus deseos de ser desleal al Trono ni entraba en sus cálculos servirse de mujer alguna para asegurarse predominio político y mayores riquezas que las que él ya tenía y que había conseguido por sí mismo. Tuvo dos hijos en mujeres indias; Fernando, que murió de edad temprana en España, e Inés, que vanamente gestionó que la cabeza de su ajusticiado padre fuera retirada de la picota de la Plaza Mayor de la Ciudad de los Reyes, donde se exhibía en jaula de hierro al escarnio público, como muda pero elocuente advertencia para los temperamentos díscolos y turbulentos que abundaban entonces.

No se conocieron las mujeres en quién hubo estos hijos; su existencia es un secreto que guardó celosamente y que se llevó con él a la tumba; pero es lógico presumir que fueron indias de linaje y elevada alcurnia, como aquellas con quienes se ayuntaron sus hermanos y deudos. No pudo ser de otra manera; Gonzalo Pizarro, adornado de atributos de todo género, tanto físicos como es-

pirituales, poseyó una personalidad cautivante y seductora, pero amó en secreto, con sigilo y prudencia, pensando, probablemente, que el verdadero amor sólo prospera en la penumbra, y en el misterio mantiene su encanto y, como los exquisitos perfumes del oriente milianochesco, debe conservarse en hermético encierro para evitar su desvanecimiento.

En sus relaciones de familia fué afectuoso, considerado, consecuente, afable, respetuoso y adicto. Todo esto le valió el entrañable cariño de los suyos, especialmente de sus hermanos Francisco y Juan, quienes le dieron pruebas substanciales de ello. El primero hizo renuncia, espontánea y voluntaria, a su favor, de la Gobernación del Reino de Quito, en virtud de la autorización que le diera la Cesárea y Católica Magestad de Carlos V; facultad para dividir la administración, mejorando su eficacia, compartiéndola con uno de sus hermanos, Hernando o Juan (a quienes mencionaba la cédula real o "al que de ellos vos más quisiéreis"). Pese a que la voluntad real no hizo referencia especial a Gonzalo Pizarro, su hermano Francisco, acogiéndose al texto del documento, en que aquella constaba, nombró a Gonzalo por considerar, no sólo que éste era de su predilección, sino, también, porque lo había ayudado "a conquistar y sostener toda esta tierra haciendo a su magestad muy señalado servicio como capitán y persona a quien ha encargado en muchas partes la conquista de ellas". Su hermano Juan, no obstante que al morir dejó una hija, a quien le correspondía, por derecho natural, los bienes de su padre; instituyó como su heredero universal a su hermano Gonzalo.

La figura del Gobernador del Reino de Quito está inseparablemente unida a la de Francisco de Carvajal, su maese de Campo, su consejero político, su Secretario de secretos de toda índole, su alterego, su representante y fidelísimo amigo, y a la del Licenciado Pedro de La Gasca, su adversario. No es posible explicar la personalidad de Gonzalo Pizarro, ni comprender sus contradicciones, ni apreciar su carácter, sin conocer, aunque sea someramente, la psiquis de aquellos que influyeron en su vida: el

guerrero sanguinario y el fraile burócrata, quienes rivalizaron en talento, sagacidad, astucia, simulación y picardía, sin poderse establecer cual aventajó al otro. Carvajal hizo uso de ellas con valentía y La Gasca las empleó como escudo de su cobardía. Anverso y reverso de la misma moneda: España feudal y monárquica. Carvajal y La Gasca fueron un par de taimados; el primero audaz y temerario y el segundo prudente y hábil negociador. Despotas y vengativos los dos; Carvajal imponiéndose por la fuerza, sin perdonar ni dar cuartel al enemigo, que sabía bien lo que le ocurriría de ser vencido; La Gasca parlamentando y obteniendo la sumisión del adversario, con quien se mostraba inflexible, cuando el incauto deponía su actitud béligera. La conducta de Carvajal fué igual a la de los comuneros de Castilla, al defender, secundando a Gonzalo Pizarro, la causa de los encomenderos, apoteosis del feudalismo que había cumplido su ciclo. El proceder de La Gasca fué de identificación absoluta con la monarquía que, como nuevo sistema y modalidad, advenía poderosa; Carvajal fué un desaprensivo creyente con ribetes de filósofo cínico; La Gasca era un estricto escolástico y un inquisidor fanático. Carvajal estimuló el valor con sus campañas militares; La Gasca incitó a la traición con sus epístolas zalameras y engañosas. Carvajal empleó la bazarria para imponerse y dominar; La Gasca tomó a la insidia por aliada para lograr igual finalidad. Carvajal hacía gala y se enorgullecía de sus pasiones; La Gasca las tuvo, sin duda alguna, por su naturaleza de hombre, pero las ocultó hábilmente y fué impenetrable en ese aspecto. Carvajal tuvo el criterio de que la espada era el mejor argumento que podía esgrimirse; La Gasca demostró que la pluma era mejor espada. Carvajal fué de la opinión que las negociaciones traían una lamentable pérdida de tiempo; La Gasca enseñó que las defecciones eran un salvoconducto y la rebeldía traía la pérdida de la existencia. Carvajal estimó que la honra y la hacienda había que defenderlas con la vida; La Gasca hizo ver que la segunda se conservaba usando de viveza y que, en cuanto a la primera, más valía parecer que ser. Carvajal fué

un amigo fiel, por gratitud a quien tanto debía; La Gasca fué un gratuito enemigo, que careció de la imparcialidad a que, como juez, estaba obligado. En resumen, la personalidad de Gonzalo Pizarro, pese a sus múltiples defectos, opacados por sus innegables atributos, se elevó sobre la de La Gasca realzada por la de Carvajal que le sirvió de pedestal. Gonzalo Pizarro fué un caudillo, Carvajal un fiel seide y La Gasca un verdugo apasionado.

El desarrollo y el progreso humano sólo han sido posibles con la intervención, en la eterna trayectoria del camino de la vida y su comedia, de los diferentes caracteres que forman la sociedad.

Todos contribuyen, cumpliendo las funciones que fatalmente les corresponden o que escojan voluntariamente, para la realización de la historia, que es conjunto de hechos, productos del determinismo del libre arbitrio, según el criterio de cada cual. Las tesis excelsas no serían tales sino coexistieran con ellas las antitesis ínfimas; las virtudes no tendrían, por sí solas, valor alguno de no haber los vicios; lo bueno no podría ser sin lo malo. Es la conjunción de elementos disímiles lo que crea la relación y establece la diferencia.

Se necesitó de la intervención de Carvajal y de La Gasca en la vida de Gonzalo Pizarro para que ésta adquiriera fama y nombradía. La temeridad gigantesca y admirable de la conquista no habría sido tal de no haber tenido parte en ella visionarios como Colón, apóstoles como Las Casas, valientes como Balboa, villanos como Pedrarias, osados y ambiciosos como Hernán Cortés y Francisco Pizarro, ingenuos como Almagro, decididos como Bilaléaxar, Jiménez de Quesada y Valdivia, audaces como Francisco de Orellana y Juan de Salinas y Loyola, nobles de alma como Hernando de Soto, generosos de espíritu como Gonzalo Pizarro, aventureros como Francisco de Carvajal e intrigantes astutos como La Gasca. Sus caracteres diferentes y, a veces, contrapuestos produjeron la serie de hechos, buenos y malos, que formaron la grandeza de España con la conquista del mundo de Colón.

# POESIA

Dos poemas de CARLOS DRUMMOND DE ANDRADE

CANTO AL HOMBRE DEL PUEBLO,  
CHARLIE CHAPLIN

I

Era preciso que un poeta brasileño,  
no de los mayores y, por tanto, de los más expuestos a la alegría,  
viviendo un poco en tu atmósfera o en ella tratando de habitar  
como en la poética y esencial atmósfera de los sueños lúcidos,

era preciso que ese pequeño cantor obstinado,  
de ritmos elementales, que viene de una ciudadela del interior  
donde no siempre se usa corbata pero donde todos son extremada-  
mente pulidos,  
y la opresión es detestada, si bien el heroísmo se baña en ironía,

era preciso que un antiguo rapaz de veinte años,  
atado a tu pantomima por filamentos de ternura y risa dispersos  
en el tiempo,

viniera a recomponerlos y, hombre maduro, te visitara para decirte algunas cosas en forma de poema.

Para decirte cómo te aman los brasileños  
y que en eso, como en todo lo demás, nuestra gente se parece  
a cualquier gente del mundo —incluso a los pequeños judíos  
de bastoncito y tongo, zapatos largos y ojos melancólicos:  
vagabundos que el mundo repelió, pero que zumban y viven  
en los films, en las calles torcidas con auncios: Fábrica, Barbería,  
Policía,  
y vencen al hambre, eluden la brutalidad, prolongan el amor  
como un secreto dicho al oído de un hombre del pueblo caído en  
la calle.

Bien sé que el discurso, arrullo burgués, no te envanece,  
y que acostumbras dormir mientras los vehementes inauguran la  
estatua,  
y entre tantas palabras que como carros recorren las calles,  
sólo las más humildes, las de afrenta o de beso, te penetran.

No es el saludo de los devotos ni de los partidarios el que te ofrezco,  
ellos no existen, sino el de los hombres comunes en una ciudad co-  
mún,  
ni hago mucha cuestión de la materia de mi canto, ahora en torno a  
tí,  
como un ramo de flores absurdas enviado por vía postal al inven-  
tor de los jardines.

Hablan por mí los que estaban enfermos de tristeza y feroz disgus-  
to de todo,  
que entraron al cine, con aflicción de ratas, huyendo de la vida;  
son dos horas de anestesia: oímos un poco de música,  
visitamos en la sombra las imágenes — y te descubrieron y se sal-  
varon.

Hablan por mí los abandonados de la justicia, los simples de cora-  
zón,  
los parias, los desfallecidos, los mutilados, los deficientes, los in-  
confesos,  
los carcomidos, los solitarios, los indecisos, los líricos, los pensati-  
vos,  
los pueriles, los irresponsables, los cariñosos, los locos y los paté-  
ticos.

Y hablan las flores que tanto amas cuando son pisoteadas,  
hablan los trozos de vela que comes en la extrema penuria, hablan  
la mesa, los botones,  
las herramientas del oficio y las mil cosas aparentemente calladas:  
cada palo, cada objeto del sótano, mientras más oscuros, más ha-  
blan.

## II

La noche baña tu ropa.  
Mal la disfrazas en el chaleco moteado,  
en la helada pechera de baile,  
de un imposible baile sin orquídeas.  
Estás condenado a lo negro. Tus pantalones  
se confunden con la tiniebla. Tus zapatos  
hinchados, en la sombra del callejón,  
son hongos taciturnos. Tu sombrero,  
como un negro sol sin rayos, lo cubre todo.  
Así, nocturno ciudadano de una república  
enlutada, surges a nuestros ojos  
pesimistas, que te escrutan y meditan:  
he ahí al tenebroso, al viudo, al inconsolado,  
al cuervo, al nunca más, al llegado muy tarde  
a un mundo muy viejo.





Y la luna se posa  
en tu rostro. Pálido, blanqueado de muerte,  
evocas sepulcros, pero también algas  
submarinas y frías, y espejos  
y lirios que el tirano desechó; y haces  
amortajados en harina. El bigote negro,  
negro, crece en tí como un aviso  
y luego se interrumpe. Es negro, corto,  
espeso, oh rostro blanco, de lunar materia,  
faz recortada en lienzo, arruga en la pared,  
cuaderno de infancia, apenas imagen,  
mientras que los ojos son profundos y la boca viene  
de lejos, sola, llena de experiencia; callada viene la boca  
a sonreír, aurora, para todos.

Y ya no sentimos la noche,  
y la muerte nos evita, y empequeñecemos  
como si al contacto de tu bastón mágico volviéramos  
al país secreto donde duermen los niños.  
Ya no es el escritorio de mil fichas,  
ni el garage, la universidad, la alarma:  
es realmente la calle abolida, con tiendas repletas,  
y vamos contigo a quebrar vitrinas,  
y en la persona humana vamos a redescubrir  
aquel lugar —cuidado!— que atrae los puntapiés: sentencias  
de una justicia no oficial.

## III

Lleno de sugerencias alimenticias, matas el hambre  
de los que no fueron convidados a la cena celeste  
o industrial. Hay huesos, hay tortas  
de gelatina y cereza y chocolate y nubes  
en los pliegues de tu saco. Están guardados  
para un niño o un perro. Porque bien coñoces  
la importancia de la comida, el gusto de la carne,  
el olor de la sopa, la amarilla macicez de la patata,  
y sabes el arte sutil de transformar en macarrones  
el humilde cordón de tus zapatos.  
Pero una vez comiste: ¡la vida es buena!  
¡Cabe un cigarrillo!; y lo tomas  
de la lata de sardinas.

No hay muchas comidas en el mundo, ya lo sabías,  
y los más hermosos pollos  
están protegidos, en platos de porcelana, por vidrios espesos.  
Hay siempre el vidrio, y no se quiebra,  
hay el acero, el amianto, la ley,  
hay milicias enteras protegiendo al pollo,  
y hay hambre que viene del Canadá, un viento,  
una voz glacial, un soplo de invierno, una hoja  
que baila indecisa y se posa en tu hombro: mensaje pálido  
que mal descifras. Entre el pollo y el hambre,  
el cristal irrompible. Entre las manos y el hambre,  
las trincheras de la ley, las leguas. Entonces te transformas  
tú mismo en el gran pollo asado que oscila,  
sobre todas las hambres, en el aire: pollo de oro  
y llama, comida general  
para el día general, que tarda.

## IV

El propio Año Nuevo tarda. Y con él, las amadas.  
En el festín solitario tus dones se aguzan:  
eres espiritual y danzarín y fluido,  
pero nadie irá allá a saber cómo amas,  
con fervor de diamante y delicadezas de alba,  
ni cómo, por tus manos, la cabaña se hace luna.  
Mundo de nieve y sal, de gramófonos roncacos  
rugiendo a lo lejos el gozo del que no participas.  
Mundo cerrado que aprisiona a las amadas  
y todo deseo, en la noche, de comunicación.  
Tu palacio se desvanece, el sueño te lame;  
nadie te quiso, todos son propietarios,  
trataste de darlo todo, y no te lo aceptaron.

Entonces caminas en el hielo y rondas el bullicio.  
Pero no tienes gula de fiesta, ni orgullo,  
ni herida, ni rabia, ni malicia.  
Eres el propio Año Nuevo que te detienes. La casa pasa  
corriendo, los vasos vuelan,  
los cuerpos saltan; rápido, las amadas  
te buscan en la noche... y no te ven,  
tú pequeño,  
tú simple, tú cualquiera.

Ser tan desesperadamente solo en medio de tantos hombres,  
andar a los mil cuerpos en uno sólo, delgado,  
y tener brazos enormes sobre las casas,  
y tener un pie en México, otro en América,  
hablar así al chino, al marañense,  
al ruso, al negro: ser uno solo, de todos,

sin palabras, sin filtro,  
sin ópalo:  
hay una ciudad en tí, que ignoramos.

Una ciega te ama. Los ojos se le abren:  
no, no te ama. Un rico, bajo alcohol,  
es tu amigo y lúcido ignora  
tu riqueza. La confusión es nuestra que olvidamos  
lo que hay de agua, de aliento y de inocencia  
en el fondo de cada uno de nosotros, terrestres. Pero, oh mitos  
falsos que cultivamos: flores pardas,  
ángeles desleales, cofres redondos, jadeos  
poéticos académicos: convencionalismos  
del blanco, del azul, del rojo; máquinas,  
telegramas en serie, y fábricas y fábricas  
y fábricas de lámparas, prohibiciones y auroras.

No fuiste más allá de obrero  
ordenado por la voz colérica del megáfono.  
Eres tornillo, gesto, burla.  
Recojo tus pedazos: todavía vibran,  
lagarto mutilado.

Cojo tus pedazos. Unidad  
extraña es la tuya, en un mundo así pulverizado.  
Nosotros, que a cada paso nos escondemos  
y nos despedimos y nos enmascaramos,  
mal retenemos en tí al mismo hombre,  
aprendiz ..  
bombero  
cajero  
dulcero  
emigrante  
forzado

maquinista  
novio  
patinador  
soldado  
músico  
peregrino  
artista de circo  
marqués  
marinero/  
cargador de piano  
y, en tanto, siempre eres solamente tu mismo,  
el inconforme pero tierno,  
el incapaz de propiedad, el pie  
errante, la carretera  
huyendo, el amigo  
que desearíamos retener  
en la lluvia, en el espejo, en la memoria  
y que perdemos todavía.

## V

Ya no pienso en tí. Pienso en el oficio  
a que te entregas. Extraño relojero,  
huelas a pieza desmontada: los engranajes se unen  
y el tiempo anda. Eres vidriero.  
Barres la calle. No importa  
que el deseo de partir te roa, y que la esquina  
haga de tí otro hombre; y que la lógica  
te aparte de sus fríos privilegios.  
El trabajo está en tí, pero caprichoso,  
pero benigno,  
pero de él surgen artes no burguesas,  
productos de aire y lágrimas, vestidos

que nos dan alas o pétalos, y trenes  
 y navíos sin acero, donde los amigos  
 hacen rueda y viajan por el tiempo,  
 donde los libros se animan, los cuadros conversan entre sí,  
 y donde todo libertado se resuelve  
 en una efusión de amor sin paga, y risa, y sol.

El oficio es el oficio  
 que así te pone en medio de todos nosotros,  
 vagabundo entre dos horarios; mano sabia  
 en golpear, en cortar, en desflecar, en revocar;  
 el pie insiste en llevarte por el mundo,  
 pero la mano agarra la herramienta: es una navaja,  
 y al compás de Brahms haces la barba  
 en este salón desmemoriado, en el centro del mundo oprimido  
 donde al final de tanto silencio y vacío te recobramos.

Fué mejor que callaras:  
 meditabas en la sombra de las llaves,  
 de las corrientes, de las ropas arrugadas, de las cercas de alambre,  
 juntabas palabras duras, piedras, cemento, bombas, injurias,  
 anotabas con lápiz secreto la muerte de mil, la boca ensangrentada  
 de mil, los brazos cruzados de mil.

Y nada decías. Y un pastel, un bocado  
 formándose... Y las palabras ascendiendo.

Oh palabras desmoralizadas, aunque salvas, dichas de nuevo.  
 Poder de la voz humana inventando nuevos vocablos y dando  
 aliento a los exhaustos.

Dignidad de la boca, abierta en ira justa y amor profundo,  
 crispación del ser humano, árbol irritado contra la miseria y la  
 furia de los dictadores,  
 oh Carlitos, amigo mío y nuestro, tus zapatos y tu bigote caminan  
 por una carretera de polvo y esperanza.

## NUESTRO TIEMPO

Este es tiempo de lo partido,  
tiempo de hombres partidos.

En vano recorreremos volúmenes,  
viajamos y nos coloreamos.  
La hora presentida desmigájase a polvo en la calle.  
Los hombres piden carne. Fuego. Zapatos.  
Las leyes no bastan. Los lirios no nacen  
de la léy. Mi nombre es tumulto, y se escribe  
en la piedra.

Visito los hechos, no te encuentro.  
¿Dónde te ocultas, precaria síntesis,  
garantía de mi sueño, luz  
dejada encendida en la baranda?  
Mudas certezas de préstamo, ningún beso  
sube al hombre para contarme  
de la ciudad de los hombres completos.

Callo, espero, descifro.  
Las cosas tal vez mejoren.  
¡Son tan fuertes las cosas!

Pero yo no soy las cosas y me rebelo.  
Tengo en mí palabras buscando cauce,  
son roncacas y duras,  
irritadas, enérgicas,  
comprimidas hace tanto tiempo,  
perdieron el sentido y apenas quieren estallar.

Este es tiempo de divisas,  
tiempo de gente cortada.  
De manos viajando sin brazos,  
obscenos gestos esparcidos.

Se mudó a la calle de la infancia.  
Y el vestido rojo  
rojo  
cubre a la desnudez del amor,  
del relente, en el valle.

Símbolos oscuros se multiplican.  
¿Guerra, verdad, flores?  
De los laboratorios platónicos movilizados  
viene un viento que marchita las mejillas  
y disipa, en la playa, las palabras.

La oscuridad se extiende pero no elimina  
el vestigio de la estrella en las manos.  
Ciertas partes de nosotros, cómo brillan! Son uñas,  
anillos, perlas, cigarrillos, linternas,  
son partes más íntimas,  
una pulsación, un acezo,





Es tiempo de medio silencio,  
de boca helada y suspiro,  
de palabra indirecta, aviso  
en la esquina. Tiempo de cinco sentidos  
en uno sólo. El espía come con nosotros.

Es tiempo de cortinas pardas,  
de cielo neutro, de política  
en la masa, en lo santo, en el gozo,  
amor y desamor, cólera  
blanda, gin con agua tónica,  
ojos pintados.  
dientes de vidrio,  
grotesca lengua torcida.  
A esto llamamos: balance.

En el callejón,  
apenas un muro,  
sobre él la policía.  
En el cielo de la propaganda  
aves anuncian  
la gloria.  
En la habitación,  
ironía y tres cuellos sucios.

Escucha la hora formidable del almuerzo  
en la ciudad. Los escritorios, de pronto, se vacían.  
Las bocas absorben un río de carne, legumbres y tortas vitaminosas  
Salta a prisa del mar la bandeja de peces plateados!  
Los subterráneos de hambre lloran jugo de sopa,  
ojos líquidos de perro, a través del vidrio, devoran tu hueso!  
Come, brazo mecánico, aliméntate, mano de papel, es tiempo de co  
(mida  
más tarde será de amor.

Lentamente los escritorios se recuperan, y los negocios, forma in-  
(decisa, evolucionan.

El espléndido negocio se insinúa en el tránsito.  
Multitudes que lo cruzan no lo ven. Es sin color y no huele.  
Está disimulado en el tranvía, tras de la brisa del sur,  
viene en la arena, en el teléfono, en la batalla de aviones,  
toma cuenta de tu alma y de ella extrae un porcentaje.

Escucha la hora desperdiciada del regreso.  
Hombre tras hombre, mujer, niño, hombre,  
ropa, cigarrillo, sombrero, ropa, ropa, ropa,  
hombre, hombre, mujer, hombre, mujer, ropa, hombre,  
se imaginan que esperan cualquier cosa,  
y se quedan mudos, se escurren paso a paso, se sientan,  
últimos siervos del negocio, se imaginan volver a casa,  
ya de noche, entre muros apagados, en una ciudad supuesta, se i-  
(maginan.

Escucha la pequeña hora nocturna de compensación, lectura, apela-  
(ción al casino, paseo en la playa,  
el cuerpo junto al cuerpo, finalmente extendido,  
con los pantalones se quita de sí su incómoda conciencia de esclavo;  
escucha al cuerpo rechinar, enlazar, refluir,  
errar en objetos remotos y bajo ellos enterrado sin dolor,  
confiarse al qué me importa  
del sueño.

Escucha el horrible empleo del día  
en todos los países de habla humana,  
la falsificación de las palabras goteando en los periódicos,  
el mundo irreal de los registros donde la propiedad es un pastel  
(con flores,  
los Bancos triturando suavemente el cuello del azúcar,  
la constelación de los hormigas y de los usureros,  
el mal poema, la novela mala,

los débiles que se entregan a la protección del basilisco,  
 el hombre feo, de mortal fealdad,  
 paseando en bote,  
 en un siniestro crepúsculo de sábado.

En los subterráneos de la familia  
 orquídeas y opciones  
 de compra y desquite.  
 La gravidez eléctrica  
 ya no trae espasmos.  
 Criaturas alérgicas  
 cambian, se transforman.  
 Hay una implacable  
 guerra a las cucarachas.  
 Se cuentan historias  
 por correspondencia.  
 La mesa reúne  
 un vaso, un cuchillo,  
 y la cama devora  
 una soledad.  
 Se salva la honra  
 y la herencia del ganado.

O no se salva, y es lo mismo. Hay soluciones, hay bálsamos  
 para cada hora y cada dolor. Hay fuertes bálsamos,  
 dolores de clase, de sangrienta furia  
 y plácido rostro. Y hay mínimos  
 bálsamos, inconfesos dolores innobles,  
 lesiones que ningún gobierno autoriza  
 y que, no obstante, duelen,  
 melancolías insobornables,  
 ira, reprobación, disgusto  
 por ese sombrero viejo, por la calle lodosa, por el Estado.  
 Hay llanto en el teatro,  
 ¿en el escenario? en el público? en las butacas?

hay, sobre todo, llanto en el teatro,  
ya tarde, ya confuso;  
él empaña las luces, se engolfa en el linóleo.  
va a manar de los almacenes, de los callejones coloniales donde pa-  
(sean ratones nocturnos,  
va a mojar, en los sembríos maduros, el maíz ondulante,  
y a secarse al sol en poza amarga.  
Y en medio del llanto mi faz burlona,  
mi ojo que ríe y que desprecia,  
mi repugnancia total por vuestro lirismo deteriorado  
que corroe la esencia misma de los diamantes.

El poeta  
declina toda responsabilidad  
en la marcha del mundo capitalista  
y con sus palabras, intuiciones, símbolos y otras armas  
promete ayudar  
a destruirlo  
como una roca, un bosque,  
un gusano.

**Traducción de Jorge Enrique ADOUM**

# NUUESTRA MESA DE LIBROS

**"MANGLAR".—JOAQUÍN GUTIERREZ. — Editorial Nascimento.—Santiago de Chile.**

En un largo comentario de hace dos años, y muchas veces personalmente a Joaquín Gutiérrez, señalaba yo cómo el aspecto más importante de su "Manglar" era el de que abría una puerta al callejón sin salida en que parece estar la novela latinoamericana, considerada en su conjunto. Después de esta etapa de realismo primitivo, de novelas pobladas de hombres de ubicación extrema —el siervo, indio o esclavo, y el gamonal, Presidente o sacerdote—, en las que los individuos actúan mecánicamente, como movidos por el autor, sin personalidad ellos mismos, en las que el hombre no piensa ni puede pensar, "Manglar" abría una nueva posibilidad, en esta América, que ya no es ni ha sido nunca novedad en otras lenguas: la utilización de dos técnicas paralelas, una realista, objetiva, siguiendo la gran tradición de la gran literatura latinoamericana, y otra de inmersión en el hombre —la mujer en este caso—, en sus problemas y conflictos, siguiendo la gran escuela de los maestros Joyce, Faulkner y Malraux. Especialmente de este último, Joaquín Gutiérrez ha tomado un tono de voz reconocible en el monólogo, en el diálogo y en la descripción.

Hay que señalar que ésta es la primera novela de su autor, escrita a los 28 años. Pero la experiencia humana y artística del mismo se advierte en sus páginas, indicando al hombre de gran

dominio de la ciencia literaria. Y comedes Guzmán, que hace el su to prólogo impreso en las solapas ñala con acierto que no siempre primera obra supone falta de m rez. (Acaso la talla gigante de Joa determine en él también una gig estatura por adentro).

"Manglar" es la historia de un encuentro: el encuentro del camino la posición humana frente a los s sos de la vida, que encuentra una jer tipo de su clase. Agobiada por cuerdos de familia, por costumbres familia, de lugar y de época, ella la, por su esfuerzo y por circun cias ocasionales, ha de encontrar llega a la liberación cuando hac de nuevo sus maletas para volv pueblo humilde en donde es ma de escuela, "reconstruyó sus ojos espejo. Y sostuvo la mirada". El glar está en la intrincada masa d ras sociales, en la impenetrable n de aquéllas que el grupo o el cl que pertenecemos nos ha imp desde antes de nacer.

Cecilia, el personaje central, re do de alma entera, va obstaculi la realidad objetiva con sus mc gos entrecortados. Y es Grajales caso el personaje que con menc ginas de vida cobra más vigor y tencia que cualquier otro— el q presenta el contrapunto: no mor ni piensa. Maestra y alumno, el viduo culto y el elemental, urb campesino, pudorosa y deslenq la que defiende su sexo y el c desea, al final Grajales, como tipo bién, de su conglomerado primi

sano, es el que se gana a Cecilia y lo asimila a sí. El conocimiento del pueblo a través de los niños a quienes enseña, el conocimiento de su clase descompuesta a través de sus padres, y del cura, y el conocimiento de los que sostienen una revuelta pura, la intervención de ella en la trastienda de la batalla, determinan súbitamente su entrada a lo opuesto y lo prohibido. Y tay también la posesión, líricamente determinada, y descarnadamente realista, en la que alguien creía encontrar el único móvil que lleva esta mujer de clase media de provincia, hacia el pueblo.

Pero, insistimos, es la técnica del relato, es la combinación de sistemas como sustancias, es la fuerza descriptiva y poética del autor, lo que más exige el aplauso.

Ilustró la obra Max Jiménez, desaparecido a poco de entregar sus admirables dibujos para "Manglar". En tres renglones previos, Joaquín le agradece de nuevo.—Y le agradecemos nosotros.—J. E. A.

**BARTOLOME GALINDEZ. — "POESIAS". — Ediciones Resumen.— Buenos Aires.—1948.**

Bartolomé Galindez, autor de este selecto poemario, nos ofrece frutos aislados que el lirida cultivara entre los años de 1918 y 36.

Bartolomé Galindez nació en la ciudad de Buenos Aires, en las postrimerías del siglo pasado, pero a pesar de la distancia que los años extienden en-

tre él y nosotros, un milagro de frescura y gracia ha preservado su obra del olvido o la postergación. Al contrario, sus poemas —los de ayer como los últimos— parece que tuvieron el secreto de la perenne juventud. Por esto, muchísimos trabajos suyos decurren vivos y palpitantes por los límpidos canales del habla francesa, se deslizan entre la frondosidad de la inglesa y latan en los de la danesa.

El tomo del que nos ocupamos contiene una selección, realizada con la mejor sensibilidad, de las canciones que figuran en sus trece obras poéticas: POEMAS MODERNOS Y EXOTICOS", "LA VENECIA DORADA", "HUMANIDAD", "EL CANTO BLANCO", "NATURALEZA", "SOL DE OTOÑO", "LAS TRES ANFORAS", "POEMAS DE LA TIRANIA", "UNA ROSA EN EL MAR", "DIOSES HOMBRÉS Y BESTIAS", "EL LIBRO DE RUFI" y "PERFUMES DE LUNA".

Además de poesía, Bartolomé Galindez, ha cultivado con indiscutible acierto, el cuento, la novela, el ensayo, la biografía, la crítica, la historia y la legislación.

El presente libro titulado "Poesías", contiene esa belleza que encerraban ciertas ánforas encantadas: una gradación de diversos aromas que no llegaban a mezclarse ni a perder su luminosidad, y que, al mismo tiempo, podían exhalar cada cual el suyo, componiendo una armonía embriagadora.

En los poemas del año 18, el autor prefiere entregarnos aquellos que hablan de las viejas consejas líricas, pobladas de torreones románticos, casti-



illos misteriosos y lagos nocturnos.— En los del año 22, la armonía formal inerva la mayor parte de los poemas, aquella armonía rubendariana que convida al ensueño espiritual.—En los cantos espigados por los años comprendidos entre los del 23 y el 27, tienen unos de línea breve y ágil, pero nobiliaria, de los antiguos camafeos; otros, la lenta y callada nostalgia de la clepsidra; sobre élla:

“Inclinamos al conjuro  
del destino la pálida cabeza  
y vemos sólo el fondo oscuro”.

Nuevas canciones de este ciclo rehuyen los temas subjetivos y las graves consideraciones abstractas. Estas, no cantan la balada agreste, el madrigal aldeano, la silva de la fecundidad. Pero, a poco, reaparecen los temas evanescentes del amor huidizo, de la debilitante tristeza y el olvido. Estos motivos le obligan a prorrumpir: versos de una inimitable tristeza purificada, casi éterea.

Vienen a continuación “Los poemas de la Tiranía” en los que con vaga nostalgia y con amenidad y gracia en las descripciones, evoca el Buenos Aires del 40, de casas chatas, patios granadinos, y rejas andaluzas. Asoma el respetable fantasma del Cabildo de Mayo, el Socorro, La Catedral.

Luego, al fondo, en el paisaje: las tropas de carretas, cargadas de mieces, las lentas hileras de boyeros; las traqueteantes diligencias que vienen de Cuyo, del Norte. Y, en el cuadro siniestro de la noche, los serenos con

sus linternas frilentas y transnochadas. Por último, en las fiestas de Julio y de Mayo, se abren los açogedores y brillantes salones de la bella señora Mandeville... El poeta entrecierra los ojos y suspira. Las muchachas de antes...

En el “Libro de Ruffi” (1931), el autor hace gala de una finura de artifice renacentista, apasionado de la delicada sustancia de sus obras y de la sabia labranza de las mismas.

Finalmente, nos ofrece una primicia de su libro inédito, “El Tren Rosado”. Aquí, el poeta, desde su alto mirador desolado, contempla el panorama del mundo actual, cubierto de escombros, sepulcros y buitres, y clama hacia lo invisible por la resurrección de las hadas, de los hombres y las cosas, “porque lo eterno está en el alma, como antes”.

C. D. A.

**EMETERIO S. SANTOVENIA.**  
—“LINCOLN”. — Editorial Americana. — Buenos Aires.

El autor reconoce en el prólogo la dificultad que existe de decir algo nuevo sobre Lincoln y, al mismo tiempo, que cada libro recién aparecido sobre el “humilde Abe” descubre un filión desconocido de su personalidad. Y acomete la tarea de estudiar su vida, paralelamente a la de las pequeñas naciones de América Latina, que nacen a la historia colonial, junto con él, y tienen juntos su adolescencia y su madurez de independencia y rebe-

lión. Santovenia, que se ha dedicado a estudiar los problemas de nuestro continente --recuérdense sus libros sobre Cuba, sobre Cuba y el Ecuador, sus biografías de Maceo y Eloy Alfaro, entre otros-- pone especial interés en sostener un contrapunto entre la existencia del hombre y la de estos pueblos, alternando un capítulo con los incidentes de su infancia o de su plenitud con uno sobre las colonias españolas. Y así, ofrece un panorama permanente, un paisaje popular, latino o anglo-americano, sobre cuyo fondo actúan los personajes, movidos en él y a consecuencia de las fuerzas contradictorias de la época. El libro es frío, abundante en detalles, copioso en documentos. No tiene ningún sentimiento de su autor: no es ni siquiera la imparcialidad sino la frigididad, aumentada por las citas de una extensa bibliografía, como es la de Lincoln. Aún en los momentos de su vida que están llenos de un contenido dramático o heroico --la guerra de secesión, la proclama de abolición de la esclavitud, la muerte durante la representación de una obra de teatro mediocre-- Santovenia permanece impassible, relatando los hechos sin incluirse entre los hombres, esclavos o libertos. Ni aún cuando toca a Cuba se agita.

El libro es útil para el hallazgo de datos, desconocidos o pasados anteriormente por alto. Desde los diarios de la época, nos presenta personajes de su vida íntima, hombres y mujeres que pasaron junto a ella un instante. El nombre del joven médico que lo aten-

dió a la salida de su palco, herido definitivamente. La mujer que estuvo con él. El humilde que prestó su habitación para la curación de urgencia. Y es útil, después de haber leído tantas biografías escritas con el criterio simplista de los norteamericanos, siempre nacionalistas o turistas en potencia, que se aferran a Lincoln conscientes de la grandeza de él y de las escasez de hombres de su estatura en su territorio, leer un libro escrito por un latinoamericano, ciudadano de una semicolonias yanqui, poblada de negros, para quien --en realidad-- cobra mayor importancia la figura y la obra del gran Presidente del Norte.

El poeta Carl Sandburg, con "Tormenta sobre la Tierra" escribió una de sus obras más altas, al comprender a Abraham Lincoln desde el doble punto de vista irrevocable: el hombre y el político, colocado en su medio y en su época. Pero el bosque de países, Congresos, individuos y fechas, han impedido a Santovenia mirar al hombre, hasta adentro y hasta abajo. Y así, al final nos resume la gigante personalidad del gigante de las praderas, con las opiniones de sus célebres contemporáneos: Marx y Víctor Hugo, Juárez y Sarmiento... Y nos llega, más actual que en su época, sobre todo mirando a su propio país en donde se le erigen monumentos, se hacen films sobre su vida, se escriben y leen sus biografías, pero donde la cacería del negro continúa.

J. E. A.

**CONCEPTOS SOBRE EDUCACION, POR ALAIN (EMILIO CHARTIER).—** Editorial Kapelusz y Cia.—Buenos Aires.—República Argentina.

Pertenece este libro al tomo X de la Biblioteca de Cultura Pedagógica que dirige la destacada escritora y maestra argentina, doctora Clotilde Guillén de Rezzano.

La Editorial Kapelusz y Cia., especializada en la publicación de textos y libros de enseñanza de indiscutible utilidad técnica y notoria valía cultural, con la edición del libro de Alain, cuyas ideas están lejos de simpatizar con los sistemas de la nueva educación, ha querido ofrecer a los maestros los pensamientos de un viejo colega, que no dejarán de tener interés en el ejercicio de su función magisterial, a la vez que constituirán, no lo dudamos, un espacio amable en sus tareas cotidianas.

No hay duda que Alain es un reconcentrado humorista y un paradójico escritor que imprime amabilidad a sus razonamientos. Tales características hacen que su libro, fuera de prestar utilidad a los profesores, sea divertido y alcecionador, a su manera.

Pero de todas las reflexiones de Alain es posible extraer algunas enseñanzas y consejos aprovechables en mucho para el ejercicio docente.

El autor de "CONCEPTOS SOBRE EDUCACION" no deja de expresar sus ideas con una incontenible ironía. En las primeras páginas de su libro se lee, por ejemplo: "Cierta vez me ví en

el caso de responder a una encuesta sobre pedagogía. Lo que no es sino dar un buen puntapié al sistema de instruir divirtiendo. Siento tener que perturbar a hombres muy buenos y eminentemente razonables. Pero ¿qué? Los pedagogos son niños prudentes; desconocen el poder de las pasiones. El hombre es un animal; y el hombre superior es tal vez más animal que cualquier otro; noto en él una fuerza que está disciplinada, pero que no deja de ser fuerza. Esto me hace comprender que es el animal el que piensa, condición que ninguno puede evitar. En compensación, los grandes modelos permiten apreciar también la inmensa distancia entre el animal y el hombre".

Se podría afirmar, sin temor a equivocarse, que cualquiera sea la página del libro que indistintamente se abra, se encuentran siempre frases, observaciones y análisis que necesariamente han de conducir al lector a la meditación. Hay tanta verdad en muchas de ellas.

Infinidad de casos y aspectos corrientes en la vida escolar, son recordados por el anciano maestro. Y de ese enfoque retrospectivo, en la mayor parte de las veces, la imaginación del lector hilvana escenas de inestimable patetismo y de insospechable veracidad.

Alain no se preocupa de rodear de aliños a sus palabras, las dice escuetamente, pero con todas sus letras, con mucha crueldad en ocasiones, porque desea que traduzcan fielmente sus pensamientos. De tan desnuda costumbre

de decir las cosas, ha brotado esta sincera observación: "... como un pesador de oro, que no se deja defraudar; como un ensayador de aleaciones, que le dice la cantidad de oro y de cobre con la aproximación de un grano. Así, todo hombre y toda mujer es maestro y profesor de moral, desde su nacimiento hasta su muerte, sin equivocarse nunca".

De su grande experiencia profesional manan recuerdos, anécdotas o simples citas llenas de saludable interés para la generalidad de las gentes, y muy particularmente para quienes tienen sobre sus hombros la dura pero noble tarea de la enseñanza.

No son escasas las líneas que en distintas oportunidades dedica a la evocación de la primera guerra mundial de 1914-18. Como que ella dejó en muchos espíritus sensibles, sobre todo de los habitantes de Europa, huellas indelebles y heridas de dolorosa perennidad.

Al término casi de su libro, Alain consigna, al referirse al predominio del miedo y a la escuela laica, algunas ideas que bien merecen toda consideración y —acaso, podría afirmarse— el asentimiento de innumerables hombres, así no pertenezcan a las filas del magisterio. Hélas aquí: "...El miedo se adquiere como una enfermedad. Más tarde, la compañía de hombres sin miedo, me curó del miedo, sin ningún discurso.—Las cosas son más simples

de lo que se cree. Conocí a un incrédulo que tenía miedo del infierno. Lo que él niño encuentra en la escuela laica es una vida del mundo sin tragedia y, por el contrario, un espíritu de audacia, de prudencia y de industria ante las cosas; las cosas que no piensan nada, que no quieren nada, que no son ni buenas ni malas. Ese primer sentimiento de curiosidad, sin ningún temor, es el fondo mismo del espíritu humano. Purificado de superstición, es decir, del miedo a ciegas, el espíritu pensará bien acerca de todo; el espíritu sabrá ignorar, dudar, conjeturar, inventar, juzgar; que vaya más o menos lejos, siempre será el espíritu; y el espíritu, como el lenguaje común lo hace entender, es siempre la parte del hombre que sabe reír, la parte que no tiene miedo. Se ha realizado un gran cambio, por la escuela laica, tan grande que apenas si podemos juzgarlo. Un pueblo al que no se conduce ya por el miedo, es algo de tal modo nuevo en la historia, que ha asustado a los políticos; pero paciencia; veo aparecer una generación de políticos que no tendrán miedo de no producir más miedo y se verá otra metafísica sin miedo, por completo poética, y por completo buena".

"CONCEPTOS SOBRE EDUCACION" es un libro juicioso y severo, a la vez que entretenido y de fácil y agradable lectura.

H. A.

# CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA

QUITO-ECUADOR

1948

CASILLA 67

Dr. PIO JARAMILLO ALVARADO,  
Presidente.

Dr. JORGE ESCUDERO  
Vicepresidente.

HUMBERTO MATA MARTINEZ,  
Secretario General.

## SECCIONES:

### Literatura y Bellas Artes

Representante por la Crítica Literaria:  
Dr. Benjamin Carrón

Representantes por la Novela:  
Sr. Jorge Icaza  
Sr. Enrique Gil Gilbert

Representante por la Poesía:  
Lic. Alejandra Carrón

Representante por las Artes Dramáticas:  
Sr. Pedro Jorge Vera

Representante por el Periodismo:  
Lic. Leopoldo Benito Vinuesa

Representante Profesional por las Artes Plásticas:  
Sr. Eduardo Kingman

Representante por las Artes Musicales:  
Sr. Belisario Peña

### Ciencias Jurídicas y Sociales

Representantes por las Ciencias Sociales y Políticas:  
Dr. Pio Jaramillo Alvarado  
D. Angel Modesto Paredes

Representante por los Estudios Internacionales:  
Gonzalo Zaldumbide

Representantes por las Ciencias Económicas:  
Lic. Angel F. Rojas  
Dr. Eduardo Rofrío Villagómez

Representante por las Ciencias Jurídicas:  
Dr. Alfredo Pérez Guerrero

### Ciencias Filosóficas y de la Educación

Representantes por las Ciencias Filosóficas:  
Dr. José Rafael Bustamante  
Sr. Jaime Chaves Grijón

Representantes por las Ciencias de la Educación:  
Lic. Jorge Bolívar Flor  
Dr. Carlos Cueva Tamariz

### Ciencias Histórico-Geográficas

Representante por la Arqueología y Etnología:  
Sr. Carlos Zavallos Menéndez

Representante por la Investigación Histórica:  
Sr. Abel Romero Castillo

Representante por la Geografía:  
Rvdo. P. Juan Morales y Eloy S. S.

Representante por la Historia Propiamente Dicha:  
Sr. Isaac J. Barrera

### Ciencias Biológicas

Representantes:  
Dr. Jorge Escudero  
Dr. Julio Endara

### Ciencias Físico-Químicas y Matemáticas

Representantes:  
Dr. Julio Aráuz  
Ing. Jorge Casares  
Rvdo. P. Alberto Semanate O. P.

**\$ 5,00**



**R0600**

**Hemeroteca (Año 1948 Núm.7)  
PP 0-0001**